

RICARDO J. GÓMEZ

**Neoliberalismo,
fin de la historia y después**



PUNTOS ENCUENTRO

Gómez, Ricardo F.

Neoliberalismo, fin de la historia y después. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Punto de Encuentro, 2014.

188 p. ; 22x15 cm.

ISBN 978-987-1567-29-4

1. Historia Económica. I. Título
CDD 330.9

© Punto de Encuentro 2014
Av. Entre Ríos 1071
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
(54-11) 4304-1637
Buenos Aires, Argentina

Corrección: Luz Azcona
Diagramación de interior y tapa: Cutral servicios editoriales

www.puntoed.com.ar

ISBN 978-987-1567-29-4

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723
Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler, transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito de la editorial.

*Siempre hay lugar para la filosofía.
Siempre.*

PRÓLOGO

Siempre, al emprender la tarea de escribir un libro, debemos preguntarnos el por qué y el para qué de tal intento, mucho más en casos como el nuestro, pues ya hemos escrito acerca del neoliberalismo en más de una ocasión a lo largo de los últimos veinte años.

Nuestra respuesta es la más directa y obvia: así lo requiere la realidad. En especial nuestra realidad política, en la que 'nuestra' abarca desde las más inmediatas circunstancias argentinas y latinoamericanas hasta la totalidad de la realidad política de todo el orbe.

Tal realidad ha mostrado una y otra vez los fracasos de las políticas neoliberales y la adopción, como respuesta a dichos fracasos, sobre todo en Latinoamérica, de versiones económico-políticas alternativas. Tales fracasos culminaron en el desastre-crisis del capitalismo neoliberal de 2008, cuando la primera medida, para paliar la horrible sensación de encontrar al capitalismo al borde de su abismo, fue tomada por los Papes de la geopolítica con sede en Washington. La misma consistió en la mayor interferencia en el mercado jamás perpetrada en la historia del capitalismo, lo que dio lugar a la mayor contradicción interna en su sistema: para salvar al libre mercado hubo que restringir su libertad. Sin duda esto se hizo para ayudar a sus propios sostenes económicos —léase a los detentores del gran capital— pero ello no le quita relevancia histórica al macro-ejemplo de que incluso la supervivencia del capitalismo requirió de una contradicción en el núcleo más tenaz del mismo, la sacrosanta libertad del mercado.

Mis libros anteriores eran previos a la hecatombe del 2008. De modo que en ellos no hubo posibilidad de reflexionar ni sobre lo sucedido posteriormente a dicha hecatombe ni sobre las medidas tomadas para salir de las crisis. Estas medidas pulularon en todos los países que participaban de las supuestas ventajas de la globalización de las políticas neoliberales.

Sin embargo, lo que constituye la motivación mayor para emprender esta reiterada tarea de criticar al neoliberalismo, ha sido la realidad casi lindante con lo irracional de que, ante la crisis del neoliberalismo, la solución propuesta desde los centros de poder fue 'más de lo mismo', o sea más neoliberalismo. El resultado fue 'más desastre', con la emergencia de otro hecho: aquellos que evitaron seguir el consejo del Poder, sobrevivieron en mejores condiciones de vida que los del Centro de todas las periferias y sus seguidores más inmediatos. Tanto es así que muchos políticos e intelectuales, hasta bien entrado el siglo XXI, irónicamente denostaban a los países latinoamericanos y sus políticas por no ser rigurosamente neoliberales. Yo sufrí en conferencias las risitas de superioridad de aquellos que nos llamaban 'sudacas', y que hoy se hacen los desentendidos y llegan hasta a hacer cola en nuestros consulados, no en uno sino en varios países, especialmente europeos, para emigrar de lo que era el Edén económico-político.

Hay más. Previo al 2007 los epígonos intelectuales del Sistema entronizaban al capitalismo democrático neoliberal como 'el fin de la historia', es decir como aquel sistema político-económico que iba a permanecer por siempre pues iba a ser capaz de resolver todos los problemas que irían surgiendo a lo largo de los siglos. Lo notable era que tamaño dislate había sido intelectualmente legitimado por la obra de los pensadores más ilustres de la corriente neoliberal, el premio Nobel F. Hayek, su más extremo seguidor Milton Friedman y por el más funcional de los filósofos a las ideas de ambos, Sir Karl Popper. Además, tal Buena Nueva había sido popularizada por el empleado del Departamento de Estado (USA) Francis Fukuyama en sus trabajos de 1989 y 1992, en los que desde sus títulos pregonaba que la historia había llegado a su fin.

Los seis años que transcurrieron desde la gran crisis del 2008 no impidieron seguir recomendando las mismas medidas –ahora *in extremis*– que habían llevado al desastre. Tampoco desalentaron a Fukuyama de volver a escribir sobre la cuestión, ni a los mayores responsables de la enseñanza de teoría económica en todo el mundo de seguir predicando las mismas supuestas e incambiables verdades sobre la que sigue siendo para todos la única alternativa, porque siguen afirmando que es la mejor y que además, ‘no hay otra’.

Nuestra obligación como docentes universitarios y como ciudadanos latinoamericanos del siglo XXI es renovar nuestras críticas a Hayek, Friedman y Popper; mostrar que, aunque Fukuyama ya no hable del fin de la historia sino de su futuro, su ‘nuevo’ discurso es solo una movida cosmético-retórica pues continúa creyendo en lo que Hayek y Popper sintetizaron en la expresión “el capitalismo es insuperable”, lo que les llevó a proponer “ninguna libertad para los enemigos de la libertad”, algo que Friedman, asesor personal de Pinochet, parece haber susurrado varias veces al oído del trasandino genocida.

Pretender la incambiabilidad eterna de algo en el mundo político-económico-social parece contra-natura y contra toda la evidencia acumulada por siglos, lo que ha sido desacreditado también por el ‘todo fluye’ heracliteano. Ahora se nos dice que si bien todo puede cambiar hay algo que va a permanecer por siempre, la estructura económica capitalista. Mediante las reflexiones expuestas en los capítulos que siguen, trataremos de probar que todos estos argumentos están plagados de errores, falacias y contradicciones. Pero, además, trataremos de hacer plausible la tesis de que las limitaciones del capitalismo liberal lo condenan a no resolver el problema cúspide que el mismo liberalismo económico ha generado, la crisis ecológica global. Su solución exige cambios radicales en nuestro modo de pensar y actuar respecto de la naturaleza y nuestros congéneres. En síntesis, se hace necesaria una nueva filosofía funcional a dichos cambios.

Trataremos de sintetizar nuestras críticas, tesis y argumentos de modo claro, sistemático y breve. El propósito es demostrar la necesidad

de renovar la crítica y proponer el marco para pensar alternativas a esta suerte de ‘plaga’ que, al decir de Derrida, ha penetrado globalmente hasta corroer los cimientos de lo mejor de nuestra cultura y de nuestra humanidad, predicando el egoísmo, la competencia, la ley de los ganadores y la no responsabilidad ante los perdedores o excluidos, y ha reducido el ser al tener.

Mi colega, compañero y amigo de siempre Mario Casalla se ha animado a recomendar la publicación de estas páginas. A él mi más sincero agradecimiento. A mi ‘otra mitad’ Lola Proaño, lo mejor de mí, le agradezco su meticulosa y sutil lectura que ha transformado lo escrito en algo más legible y atractivo.

Todo sea en aras de desterrar tanto aquello de “ninguna libertad para los enemigos de la libertad”, así como la recomendación de Friedman que estatuye que “el fin justifica los medios” y la propuesta de Stalin, adoptada por muchísimos stalinistas “la ciencia y la tecnología han de resolver todos los problemas humanos”.

Colaboraremos así a evitar la Barbarie.

Ricardo J. Gómez

CAPÍTULO I

LAS PLAGAS DEL NEOLIBERALISMO GLOBALIZADO

Nada mejor que empezar con mi propia traducción de la propuesta de Carlos Fuentes, el escritor mexicano por todos conocido, de un mini-modelo o analogía maravillosa que, entre otras cosas, resume con agudeza las consecuencias finales para nuestro planeta tierra de la globalización del neoliberalismo: “La tierra en un modelo reducido: si pudiéramos reducir la población de la Tierra a un pueblo de solo 100 personas, con todas las proporciones humanas existentes que son permanentes en el mundo, veríamos algo como lo siguiente: habría 57 asiáticos, 8 africanos, 21 europeos, 14 del hemisferio occidental, norte y sur, 52 serían mujeres, 48 serían hombres, 70 serían no blancos, 89 serían heterosexuales, habría 11 homosexuales. Seis personas, todas de los Estados Unidos, poseerían el 59% de la riqueza del mundo entero, 80 de cada 100 en el mundo vivirían en refugios para los pobres, 70 serían incapaces de leer, 50 estarían desnutridas, una tendría una educación universitaria, y una –solo una– tendría un ordenador. Si usted tiene comida en la nevera, ropa en su armario y un lugar para alojarse y dormir, entonces usted es más rico que el 75% de la población mundial. Si tiene dinero en el banco, en el bolsillo o en el cenicero de su automóvil, entonces usted está entre el 8% de la población mundial más rica. Si puede leer este mensaje, es una de esas personas afortunadas que tienen la suerte de no pertenecer a los dos mil millones de personas en el mundo que no pueden leer en absoluto”. Esta cita lo dice todo. Carlos Fuentes está hablando de un mundo cada vez más globalizado, el resultado del intento de la expansión del neoliberalismo

a nivel internacional. Y explica sin rodeos por qué decimos que el neoliberalismo ha sido refutado empíricamente y que llevó a una debacle ética. Pero, seamos un poco más precisos.

1. Sobre la globalización

La globalización tiene las siguientes características: temporalmente hablando, se trata de un fenómeno reciente, bastante nuevo. Ideológicamente hablando, podemos ubicar sus orígenes después de la Segunda Guerra Mundial, según la producción intelectual de F. Hayek y sus seguidores, sobre todo M. Friedman. Políticamente hablando, en la ejecución forzosa de la economía neoliberal de Reagan y Thatcher. Nosotros, los latinoamericanos, no debemos olvidar que el primer experimento político de los conservadores estadounidenses tuvo lugar en Chile en 1973, y también hay que recordar que el principal asesor económico de Pinochet fue el propio Hayek. El proceso se acelera con la caída del Muro de Berlín, el desmembramiento de la Unión Soviética y del bloque del este. Constitutivamente hablando, la globalización se caracteriza por las siguientes notas:

1. La universalización de la ideología económica del mercado. Esto implica:

(a) La eliminación de todas las barreras al comercio, lo que hace que el mercado se expanda a todo el mundo, convirtiéndolo en el principal mecanismo para la asignación de recursos y el establecimiento de precios.

(b) La apertura radical de los mercados internos para las empresas transnacionales. En otras palabras, los mercados internos están totalmente liberalizados.

(c) El trabajo, como nunca antes, se convirtió en una simple mercancía. Esto quedó demostrado por todas las medidas adoptadas contra la legislación establecida, incluso aquella ya vigente para la protección de los trabajadores. La ideología neoliberal aplicada por el FMI y el BM requiere la flexibilización total del mercado de trabajo, así como una

profunda reforma del sistema de seguridad social. Esto redefine la distribución del poder entre el capital y el trabajo.

(d) La privatización radical de todas las empresas estatales y demás empresas. Los Estados pasan a ser parte del mercado mundial. Su funcionamiento interno se asimila entonces a las estrategias y políticas del mercado.

2. La expansión Comercial. Esto tiene una característica fundamental: su ritmo de expansión es mayor que el de la producción, lo que genera un aumento en el peso relativo de las exportaciones. Todo esto se ve favorecido por (b), con la particularidad de que se exige que el tratamiento a las empresas transnacionales se iguale al de las empresas nacionales. Un corolario es que a los gobiernos se les impide la promoción de cualquier desarrollo favoreciendo a empresas nacionales. Las políticas económicas de cada Estado pierden su carácter nacional.

3. La internacionalización de los procesos productivos. Esto se lleva a cabo principalmente dentro de cada empresa transnacional. A principios de los años '80 había alrededor de 39.000 empresas transnacionales en el mundo, hoy en día tenemos alrededor de 270.000. Este aumento se produjo principalmente por el crecimiento en las diferentes ramas de cada corporación transnacional. Esto tiene lugar debido a que es una de las maneras de reducir los costos.

4. El gran casino. La apuesta financiera es fundamentalmente una apuesta a corto plazo. El gran casino es no reinvertir, sino volar a donde se encuentra la tarifa más ventajosa de lucro. El resultado: una situación de terror en todos los estados nacionales que tienen miedo de perder fuertes inversiones financieras. La principal consecuencia: una dependencia total de la voluntad de los que hacen las inversiones a punto de hacer concesiones inadmisibles desde el punto de vista de la soberanía nacional. Esto es favorecido por la revolución cibernética, que hace que la comunicación y las transacciones sean más rápidas que nunca. El

capital financiero se ha desregulado a nivel mundial. Hace veinte años, el 90% del capital era para las inversiones y el 10% para la especulación financiera; ya en 1990 esas cifras se han invertido.

5. Como consecuencia de ello, asistimos a una expansión sin precedentes del capitalismo, basada principalmente en una movilización rápida y gratuita de capitales a escala global. Esta globalización del flujo de capital no tiene su paralelo en la misma medida en la libre movilidad de la fuerza laboral. Esto se planeó desde los centros de poder económico y político, lo que genera y favorece la libre movilidad de los capitales, si no permite frenar e incluso detener la libre movilidad de la mano de obra cuando es conveniente para dichos centros de poder. La política de EE.UU. con los llamados inmigrantes ilegales es un ejemplo paradigmático de ello. Es la misma lógica del capital la que requiere que la globalización no sea un multidireccional uno. Para evitar el malestar social extremo, el centro de poder no puede permitir el acceso de mano de obra barata al propio centro. Por ende, la llamada 'globalización expansiva' es culpable de una contradicción interna en tanto requiere de ciertas formas de proteccionismo. El resultado es un mercado global imperfecto que siempre será eso, imperfecto.

6. El proceso de desmantelamiento del Estado-nación. La primera nota es una dependencia cada vez mayor de los países que fueron llamados 'países colonizados' respecto de los centros de poder económico y político. Por supuesto, esto ha provocado todas las formas de lucha y reacciones nacionales. No hay duda de que el gran aumento de las reacciones violentas en todas partes a escala nacional son reacciones y mecanismos de defensa de las diferentes naciones al intento de homogeneizarlas. Sin embargo, esto no debe ocultar el siguiente hecho fundamental.

7. La existencia de una nueva forma de imperialismo. Esto significa la recomposición de la hegemonía del mundo público y privado de los Estados Unidos con la ayuda de foros como Bilderberg Conferencias

(1954), Comisión Trilateral (1976), el Grupo de los Siete (Davos). Esto, a su vez, ha provocado:

8. Un gobierno mundial de facto con una forma totalizadora, sin precedentes, de control global. Todas las notas anteriores son coherentes con la economía neoliberal y su aplicación a escala mundial, por lo general por la presión política y, si es necesario, como sucedió en América Latina, por una intervención militar. Entonces, podemos afirmar la nota final.

9. El neoliberalismo globalizado o la lógica económica de un nuevo imperialismo globalizado no están casados por necesidad con la democracia sino, a lo sumo, por conveniencia. Ahora, vamos a considerar los costos reales que la expansión genera a la mayoría de la población mundial.

2. La refutación empírica del neoliberalismo globalizado

Hayek afirma (*Los Fundamentos de la Libertad*) que la forma liberal del orden social es aquella en la que el bienestar de los más pobres es probable que aumente más. Popper, el mentor epistemológico del neoliberalismo y la contraparte filosófica de Hayek, afirmó que la teoría neoliberal ya había recomendado en 1956 las políticas económicas que eventualmente resolverían el desempleo masivo, la pobreza, la falta de oportunidades y las diferencias rígidas entre las clases. Los siguientes datos empíricos demuestran enfáticamente que la visión que Hayek y Popper tenían de las expectativas neoliberales ha sido fuertemente refutada.

Comencemos con datos globales con el fin de concentrarnos más tarde en América Latina, y sobre todo en Argentina, que fue considerado durante muchos años, hasta el desastre económico, social y político del 2001, el ejemplo paradigmático preferido de las ventajas de la implementación profunda y exhaustiva de las reformas neoliberales. Ya en 1992, una quinta parte de la población mundial más rica –el 20% más rico– recibió 82.7% del ingreso total mundial. Más claramente, solo

una quinta parte de la población mundial ha recibido el 4/5 de la renta mundial. La clase media recibió solo el 2.3% de la renta mundial poniendo de relieve su desaparición estructural gradual. Más trágicamente, el quinto más pobre de la población tiene un poco más del 1% de la renta global. Aquí tenemos la manifestación estadística de la globalización de la desigualdad y la exclusión.

En 1999 los datos actualizados son todavía más tristemente impresionantes: en 1960, la diferencia de ingresos económicos entre el 20% más rico de la población mundial y el 20% más pobre era de 30 a 1, mientras que en 1994 esa relación era de 78 a 1. En 1996, el valor neto de la riqueza de las diez personas más ricas del mundo fue 1.5 veces mayor que el ingreso nacional total de todos los países subdesarrollados. De 1978 a 1996 el número de multimillonarios aumentó de 145 a 447. En 1998, mil millones de personas carecían de vivienda adecuada, y 800 millones no tenían acceso a servicios de salud. Casi dos mil millones de personas vivían bajo la línea de la pobreza, y casi mil millones habían tenido que sobrevivir ganando un dólar al día. No es de extrañar que incluso Derrida, que no es precisamente de extrema izquierda, hable de las plagas mundiales del neoliberalismo.

Argentina, en América Latina, es el caso de la falsación más paradigmática de las políticas económicas neoliberales. Como es bien sabido, el primer intento de aplicarlas se llevaba a cabo por la Junta Militar desde 1973 hasta 1983. Fue un fracaso total que llevó a la crisis económica 1979-1980 y empobreció a la clase media, generando un gran aumento en el número de desempleados y, por consiguiente, haciendo que el número de pobres argentinos creciera. Sin embargo, la aplicación sistemática de la economía neoliberal tuvo lugar durante las presidencias de Menem, entre 1989 y 1998. En esos diez años hubo un aumento del 98.8% de los parados y casi un 90% de sub-empleados. Alrededor del 2003 más del 20% de toda la población estaba sin trabajo. Mientras que en 1970 la participación de las personas empleadas en la renta nacional era del 46%, entonces es menos del 20%. Tal vez lo más conmovedor es que a mediados del

2003 el 51% de la población de Argentina vivía bajo la línea de pobreza, y alrededor de 30.5% –casi uno de cada tres argentinos– sobrevivía en un estado de indigencia. No es de extrañar que uno de cada tres ancianos –más de 60 años de edad– fuera pobre.

Las diferencias de clase aumentaron dramáticamente. Alrededor de Buenos Aires, el 20% más rico recibía el 54% de la renta nacional total. Eso significa que de cada diez personas, dos recibían más que las otras ocho. Y –recuérdese que estamos hablando de la zona más rica de la nación–, el 60% de la población total ganaba menos de \$200 al mes. En 1970, la brecha entre los más ricos y los más pobres era de 12 a 1, y en el 2003 era de 40 a 1.

A veces suena como una obra maestra de cinismo hipócrita cuando la gente pregunta por qué hay violencia social en América Latina. Bueno, escuche con atención los números citados más arriba y tiene la respuesta. El milagro difícil de explicar es por qué no hay más que eso, más exactamente, por qué no había ni hay ningún tipo serio y perdurable de erupción social en Argentina. Por otra parte, una vez que se sabe que más del 80% de los colombianos son pobres, todos los que hablan culpando al narcotráfico de todos los males parece que emplearan una estrategia política engañosa para desviar la atención de las causas estructurales de la situación. Muchas veces, incluso los latinoamericanos se preguntan si tan desventajosa situación se debe a razones de raza, estilo de vida, desapego al trabajo y otras insultantes y discriminatorias excusas. Esta línea degradante de pensamiento, sobre todo apoyada por los conservadores y los miembros de las clases altas, también es refutada por los datos empíricos.

En 1998, en Estados Unidos el salario mínimo compraba menos que en 1968, y había alrededor de 47 millones de personas sin seguro de salud. En el mismo año, una quinta parte de las personas mayores y un cuarto de los niños vivía bajo la línea de pobreza. Después de más de diez años de reaganismo y bushismo, en 1992 el 20% de los propietarios de la vivienda en los EE.UU. obtuvo más ingresos que el 20% de los que ganan los ingresos más bajos. Pero lo más importante es que la diferencia en el ingreso fue de 7.5 más que en 1969. El efecto global es que el

45% del producto nacional neto se distribuyó entre el 20% de la población con ingresos más alto –el más alto después de la Segunda Guerra Mundial–. En Gran Bretaña, la diferencia entre ricos y pobres durante el gobierno de M. Thatcher también aumentó de manera relevante. En 1977 los ingresos del 20% más rico eran 4 veces mayores que los del 20% más pobre. Diez años más tarde (en 1987) la diferencia fue de 7 a 1.

La gran mentira: el derrame de la olla

No hay tal derrame contra la gran excusa del liberalismo económico, según la cual las desigualdades, con el creciente enriquecimiento de los ricos, producirá a la larga mayor inversión, mayor número de empleos y, en consecuencia, mayores oportunidades de trabajo para todos disminuyendo la pobreza y aumentando el bienestar de las mayorías.

Ello queda hoy desmentido otra vez, en especial después de la crisis de 2007-8, a nivel local, nacional y global. Tomemos como ejemplo los países considerados ‘ejemplares’ del buen liberalismo económico. En usa, el 1% de la población con mayor riqueza tiene dos mil millones de dólares más que el total de la riqueza del 90% más pobre de la población (según los datos de la Oficina del Presupuesto del Congreso). En la comparación entre países, Qatar, el más rico, tiene una renta per cápita 428 veces más alta que Zimbawe, el más pobre. A nivel global, el número de multimillonarios se multiplicó cincuenta veces entre 1967 y 2007. Y la riqueza de las mil personas más ricas del mundo es el doble que la riqueza de los 2500 millones de las personas más pobres. En general, el 1% más rico acumula una cantidad de riqueza casi 2000 veces mayor que la totalidad de la mitad de la población mundial.

Esto es: los beneficios acaban concentrándose en un número menor de personas que ya tenía gran riqueza. La olla jamás se derrama para los que no son ricos sino que toda ella sigue alimentando a los más ricos, y cada vez más. Los ricos son más ricos porque son ricos, y los pobres más pobres porque son pobres. La lógica interna del capitalismo liberal hace que su crecimiento aumente y perpetúe las desigualdades en vivienda, salud, educación y seguridad, generando dos mundos con cada

vez menos puntos de encuentro. La gran estrategia para evitar explosiones populares es el llamado a la paz, la seguridad, la concordia, la no confrontación de expresiones ideológicas que disfrazan la conveniencia para una determinada y minoritaria clase del status quo.

En conclusión: no importa el lugar del mundo; la aplicación de políticas económicas neoliberales incrementó el número de personas pobres y amplió la brecha entre ricos y pobres, refutando tanto las expectativas de Hayek como las de Popper. Por otra parte, los hechos refutativos citados constituyen en sí mismos una especie de debacle ética.

3. La debacle ética: ¿nadie es responsable?

La pobreza y la desigualdad han demostrado ser dos consecuencias inevitables de la economía neoliberal. ¿Por qué inevitable? Sencillamente porque el neoliberalismo presupone algunos supuestos éticos y puntos de vista que ya se encuentran en uno de sus maestros, Hayek (que discutiremos en un próximo capítulo) y que tiene como corolario las siguientes consecuencias éticas desastrosas: (1) la justicia social no tiene sentido, (2) la libertad económica no va de la mano con la igualdad, y (3) nadie, y mucho menos un grupo o la sociedad en su conjunto, es responsable de ser socialmente justo, ayudar a los pobres y reparar las desigualdades. Según Hayek, los seres humanos se han convertido, por un largo proceso de selección social, en radicalmente egoístas. Sus acciones se rigen por una racionalidad instrumental que consiste en siempre tratar de maximizar las posibilidades para el logro de sus preferencias u objetivos. Los seres humanos son también esencialmente libres, y tal libertad es entendida como la inexistencia de cualquier tipo de interferencia, y es máxima, cuando se manifiesta en el libre mercado.

Los agentes en el mercado libre intentan alcanzar el objetivo final, su ganancia o beneficio. Su libertad debe ser preservada manteniendo alejado cualquier factor que pueda interferir con la libertad fundamental materializada en el mercado por el libre flujo de la oferta y la demanda. Entonces, es racional tratar de maximizar las ganancias libremente, y es

parte de la racionalidad en el libre mercado aceptar que habrá ganadores y perdedores –el mercado es un Gran Juego en el que las personas son libres de participar–. Por lo tanto, no hay nadie a quien culpar cuando alguien pierde. Y nadie tiene el compromiso o la obligación de ayudar a los perdedores.

Por otra parte, Hayek asume que el conocimiento humano tiene límites insuperables. Entonces, nunca se tendrá el conocimiento necesario para determinar con precisión los valores de todas las variables que operan en el mercado. La falta de conocimiento global implica la imposibilidad de una planificación total. Y hace carente de sentido la justicia social, ya que, según él, para ser socialmente justos y redistribuir correctamente deberíamos ser capaces de conocer de forma adecuada todas las necesidades, preferencias y metas de toda la gente. En la medida en que esto es imposible, no tiene sentido hablar de ser socialmente justo. Por otra parte, cualquier demanda de justicia tampoco tiene sentido en el contexto de un proceso evolutivo-social a través del cual se llegó a una sociedad estructurada por las leyes del libre mercado, que es básicamente neutral. Además, no se puede definir una escala de valores fuera del mercado, porque no somos omniscientes. Es el propio mercado el que define su jerarquía de valores –así como todos los precios que adapta entre sí con fluidez–. Por lo tanto, no tenemos un sistema externo de valores para evaluar la moralidad del propio mercado. En consecuencia, el mercado no es solo el lugar de suprema racionalidad y de pura e intocable libertad, sino también la entidad suprema que existe más allá de cualquier juicio moral humano.

Las desigualdades también son inevitables, ya que son el resultado de la operación del gran juego. No hay concesiones: la libertad es el valor supremo al que todo lo demás debe ser sacrificado. La existencia de las desigualdades, la pobreza y la injusticia social es el precio a pagar para mantener intacto el valor supremo. Así, la propuesta es totalmente racional si se busca mantener las cosas como están. Tratar de cambiar radicalmente sería el supremo acto irracional, porque sería desafiar la pureza del valor supremo. No es de extrañar que todos los neoliberales

pongan la tradición y su mantenimiento al frente. Cualquier intento de llevar a cabo una revolución estructural profunda sería irracional –legitimación extrema del status quo–. Hayek ya había pues legitimado a nuestros presidentes latinoamericanos cuando gritaban: “no hay otra” –no hay otra alternativa–. Solo es posible –topos–, la sociedad capitalista neoliberal. Cualquier otro sistema está fuera de lugar, es decir, es de utopos. Como muchos políticos, meros servidores del sistema imperante, han repetido mecánicamente: todo lo demás es mera utopía.

Como el mercado es en sí el lugar de la máxima racionalidad y libertad, no debemos nunca, pase lo que pase, y sin importar cuán pobres seamos, perder la fe en él. Sin duda estamos siendo testigos de una nueva teología: la moralidad del mercado. Así como nadie puede entender la voluntad y los futuros designios de Dios, Hayek, análogamente afirma que nadie puede entender el comportamiento, diseño y futuro del mercado. Ningún agente puede juzgarlo, perder su fe en él o entender completamente sus operaciones. Smith había dicho que Dios era el fundamento último del mercado. Hayek dio un paso adelante hacia un nuevo tipo de dogma: el mercado es como Dios.

Ya Adam Smith, con sinceridad estremecedora, ausente en los epígonos del neoliberalismo contemporáneo había afirmado que “donde quiera que hay gran propiedad, hay desigualdad. Por cada hombre rico debe haber por lo menos quinientos pobres”. Para Adam Smith la disposición a admirar idolátricamente a los ricos y poderosos, y a despreciar o, como mínimo, ignorar a las personas de condición humilde es la principal y más extendida causa de corrupción de nuestros sentimientos morales. Keynes, brillante economista y principal opositor de Hayek, por su parte, sostenía que “el amor al dinero es detestable... debemos una vez más valorar a los fines por encima de los medios, y preferir lo que es bueno a lo que es útil”. No hay duda: los grandes teóricos de la economía, más allá de sus diferencias, enfatizaron la dimensión moral constitutiva de la economía.

4. Crítica al anti-humanismo hayekiano

Queremos afirmar que todas esas consecuencias éticas mencionadas solo por ellas mismas condenan al neoliberalismo como anti-humanista. Recordemos que un argumento puede ser notablemente atractivo y hasta lógicamente correcto y no obstante ser inadmisibles por la falsedad de sus premisas. En efecto, las principales premisas de Hayek son inaceptables porque no son ciertas o son muy discutibles.

✓ No es cierto que las sociedades humanas evolucionen como las especies biológicas. El propio Darwin en *El Ascenso del Hombre* (1871) hace hincapié en que hay una paradoja que consiste, según él, en el hecho de que “el principio rector de la evolución es la selección natural e implica la eliminación de los menos aptos en su lucha por la supervivencia, pero en la humanidad se selecciona una forma de vida social que, en su marcha hacia la civilización, tiende cada vez más a excluir los comportamientos eliminatorios a través del juego interrelacionado de la ética y de las instituciones” (1871, p. 68). En otras palabras, sin tal inversión no hay civilización. Entonces, la sociedad humana actual no es en lugar alguno el resultado de un proceso de selección natural. Hayek ha naturalizado, es decir fetichizado un proceso social.

✓ Es incorrecto afirmar, como lo hace Hayek, que la planificación social requiere el conocimiento de todas las variables. Si esto fuera así no solo la planificación social sino cualquier intento serio de dar una ley científica confiable y útil sería imposible. Lo que se requiere en ambos casos es solamente el conocimiento de las variables relevantes suficientes para alcanzar el objetivo en cuestión.

✓ Es burdo e inadecuado afirmar que el mercado es meramente un gran juego al cual todos tienen libre acceso. Por ejemplo, las naciones subdesarrolladas entran en el juego del mercado porque son forzadas, por las superpotencias, a hacerlo bajo todo tipo de amenaza económica y política. Es también rústicamente falso que el juego sea *fair* puesto que no todos los participantes tienen los mismos recursos, riqueza y poder.

Se trata de un gran juego *unfair* en el que ganadores y perdedores son conocidos y predeterminados desde el comienzo.

✓ Tampoco es cierto que la racionalidad humana se reduzca a la racionalidad del mercado, debido a que una auténtica racionalidad integral debe incluir la racionalidad de los fines u objetivos y no solo la de los medios para la consecución de esos objetivos. Sin embargo, esto está fuera de la cuestión para Hayek, así como para los neoliberales y desde cualquier punto de vista empirista de la racionalidad. Es por eso que Popper afirma, y Hayek acepta, que la decisión sobre los objetivos siempre es pre-racional. Nosotros creemos que esto es un reconocimiento explícito de los límites de su propio punto de vista de la racionalidad, uno que explícita e inevitablemente deja fuera el tema más importante de la acción humana, la discusión o elección de sus fines u objetivos.

✓ Su punto de vista de la libertad es también muy estrecho. Se reduce a la libertad negativa, es decir a la falta de interferencia. Sin embargo, los especialistas en ética durante siglos han hecho hincapié en que lo más importante es la libertad positiva, nuestra capacidad de ser autónomos, de dar nuestras propias normas de comportamiento. El neoliberalismo niega esto cuando hace hincapié en que no podemos ni debemos buscar normas morales distintas de las dictadas por el mercado. Pero de nuevo, esto no apunta a una imposibilidad humana sino a una limitación interna a su propia concepción de la libertad.

Si la legitimación de la sociedad neoliberal actual por selección natural debe ser abandonada por incorrecta, también queda fuera la legitimación del sin-sentido de la justicia social. Si podemos y debemos hablar de justicia social es porque el proceso que forma la sociedad humana no es un mero proceso natural, socialmente neutral (Darwin). Además, con el fin de ser socialmente justos no necesitamos tener un conocimiento total de todas las variables que intervienen sino un conocimiento suficientemente adecuado de las variables relevantes. En consecuencia, las desigualdades y la pobreza no son inevitables. Es la ideología neoliberal la que las hace lucir así. Pero eso es lo que estamos denunciando, que

se trata de una mera ideología basada en suposiciones erróneas o muy discutibles, como veremos con mayor amplitud y detalle más adelante.

Por lo tanto, la situación en América Latina previa al 2001 no era el resultado necesario de leyes científicas de hierro, consecuencia de premisas innegables, sino el resultado de decisiones políticas equivocadas y legitimadas por un conjunto de supuestos que no resisten ningún tipo de crítica bien fundamentada y progresivamente orientada. Pero para que la crítica sea más precisa debemos referirnos con detalle a la obra de los mentores supremos del neoliberalismo, Hayek y Friedman, para así descubrir los presupuestos de todo tipo, ontológicos, epistemológicos y éticos que subyacen a su neoliberalismo, a fin de criticarlos y desenmascarar la concepción del mundo, el conocimiento y los valores humanos que constituyen el substrato de sus propuestas económico-políticas.

Entonces, la primera nota de la economía como una ciencia social crítica es empezar a adoptar una ontología, una epistemología y una ética alternativas a la neoliberal. Entre los supuestos éticos que han de cambiarse vale la pena mencionar los siguientes: los seres humanos no son esencialmente egoístas. Su eticidad incluye su solidaridad con los demás. La libertad no es más que negativa, es la libertad 'para' entendida como la capacidad de toda persona a dar sus propias normas para la acción. Intervenir en el mercado no es interferir con la verdadera libertad humana. La justicia social es un compromiso-obligación de la sociedad social, no es negociable. El mercado y la ética no están más allá de todo juicio ético.

El valor supremo de la ética humanista es la reproducción de la vida en plenitud a la que cualquier otro valor debe subsumirse. Esto significa que "cualquier persona que actúa éticamente debe –como obligación– ser responsable de producir, reproducir y desarrollar la vida concreta de cada ser en una comunidad de vida humana teniendo como referencia última a toda la humanidad". Este principio llamado principio universal de la ética material (Dussel) es tal, que a partir de él se puede argumentar de forma convincente contra el cínico (Hayek) que justifica la eliminación de los perdedores en el mercado libre (2000, p. 141). El

principio ético supremo debe ser, según Dussel, un principio de vida y no un principio de muerte.

5. Algunas mentiras, falacias y contradicciones

Por supuesto, los neoliberales tienen algunas respuestas estándar a la afirmación de que la realidad y la ética han refutado su punto de vista. Una de ellas es que a pesar de que las políticas económicas neoliberales no han funcionado hasta ahora, van a tener éxito en el futuro. Esto se asemeja a ciertos avisos que cuelgan del techo en muchas tiendas en América del Sur: 'Hoy no damos crédito, mañana sí'. Aquí somos testigos de lo que Hegel llamaba "una serie de mala infinitud", en tanto que es una secuencia que no converge. En otras palabras, nunca tendremos la orden de que esas políticas tengan éxito. Otra estrategia es la que adopta Friedman: en cualquier momento en que se estén refutando las instancias de una afirmación científica, vamos a acotar los límites de su aplicabilidad. Pero hacer esto de manera sistemática es hacer que el mundo carezca de pertinencia para la aceptación de nuestras afirmaciones. En el caso de la hipótesis de la economía política, significa la desaparición de la misma como una ciencia y su transformación en un dogma metafísico.

Hay un gran número de contradicciones que permean la economía política neoliberal. Una de ellas es la que se da, por ejemplo, entre la exigencia de un mercado libre sin ningún tipo de interferencia y la apelación a las barreras proteccionistas de algunos gobiernos. De hecho, el neoliberalismo no es verdaderamente liberal, sino una forma de un fuerte intervencionismo estatal con un bonus: la intervención es siempre a favor de las pocas personas más ricas y poderosas. Otra contradicción importante es la que existe entre la demanda de intervención no estatal para ayudar a los pobres y corregir las desigualdades y el hecho de pedir al Estado que intervenga con dinero para el pago de las fuerzas más represivas —policía, ejército, paramilitares—. Cuando Popper habla de "ninguna libertad para los enemigos de la libertad", no hace falta decir que los enemigos de la libertad son, para él, los que se oponen al

libre mercado. Es exactamente esta línea de pensamiento la que Hayek utiliza para legitimar la dictadura de Pinochet. No hay duda: incluso la libertad política y la voluntad de la mayoría debe y se sacrifica en el altar de la libertad de mercado. En resumen: el neoliberalismo no solo empeora la situación mundial humana con el aumento de la pobreza y las desigualdades sociales, sino que también reduce y distorsiona conceptos fundamentales como la humanidad, la libertad, el conocimiento y sobre todo, lo que es racional y bueno.

Al contrario de lo que dice la famosa frase que Hayek pronunció al recibir el Premio Nobel, el capitalismo neoliberal no nos ha enviado al Cielo sino al infierno. Y para tratar de cambiarlo radicalmente nos seguirá enviando al infierno. En América Latina, y ahora en muchos otros lugares del mundo, las personas ya están en el infierno. No hay nada peor que quedarse en él. Por lo menos en América Latina, parece que estamos adquiriendo conciencia clara de quién es el verdadero responsable de esta situación. Y nosotros, aunque de forma lenta y gradual, empezamos a tomar algunas medidas para salir de las llamas. Estos son reales Buenas Nuevas.

¿Fin de la Historia? Absolutamente no. Nosotros estamos moviendo su rueda de nuevo.

CAPÍTULO II

HAYEK, LA LEGITIMACIÓN DEL MERCADO Y LA DEMONIZACIÓN DE ALTERNATIVAS

Hayek pertenece a lo que muchos consideran desde el punto de vista científico como la escuela más rigurosa en el ámbito de la economía, la escuela austríaca, que estuvo compuesta no solo por notables economistas, sino también por brillantes matemáticos. Por ejemplo, no podemos olvidar que uno de los fundadores de esta Escuela fue von Mises, uno de los principales desarrolladores en el siglo xx del cálculo de probabilidades y la estadística.

La escuela austríaca, en relación con la economía, pretende asignarle a la misma un rigor científico que todavía no ha adquirido. Ese rigor científico requiere del cumplimiento de ciertas pautas. Una de las primeras es la de la 'matematización' hasta el límite de lo posible. La segunda es la 'neutralidad valorativa'. Esta pauta va a ser importantísima y tiene que ver con la obsesión que tiene Hayek con dicha neutralidad. La tercera pauta es el descubrimiento y establecimiento de 'regularidades', para algunos autores leyes, para otros tendencias, que nos permitan —otra vez con variantes según los autores— en la medida de lo posible la anticipación del funcionamiento de las conductas económicas, en particular la anticipación —de nuevo dentro de lo posible— del funcionamiento del mercado. Ellos van a hablar aproximadamente de esta manera: no podemos predecir los precios, pero podemos predecir fluctuaciones entre precios; podemos anticipar precios dentro de ciertas variaciones. No podemos hacer predicciones singulares. Podemos predecir patrones, y en especial patrones de cambio.

2.1. Radicalización de Smith y Hume: los temas centrales

En el caso particular de Hayek, uno podría decir que en él hay influencias obvias como la de Hume, el empirista inglés y, desde el punto de vista económico, de la obra de Adam Smith, especialmente de la relación que hay, para Smith, entre moralidad y mercado.

No solo hay una influencia sino que se puede afirmar que hay una radicalización de ambos, tanto de Smith como de Hume. ¿Quién es en esta radicalización el enemigo? Políticamente hablando, los enemigos son los dos extremos, los mismos enemigos de Popper, el marxismo y el nazismo. Económicamente hablando el enemigo es el Estado de Bienestar keynesiano. La argumentación económica es, en Hayek, muy clara contra Keynes y el keynesianismo. Epistemológicamente hablando, el enemigo es lo que él llama ‘constructivismo racionalista’. Hayek, habla de tipos de racionalismo, y aclara que no es anti-racionalista. Él se opone a los que llama racionalistas sin límites. Dos ejemplos, para él arquetípicos, son Descartes y el positivismo lógico.

En el caso de Descartes, Hayek se opone a suponer que hay una facultad –la razón– que, bien guiada y luego de someterla a todo el procedimiento del análisis de la duda, nos permite arribar a primeras certezas que están más allá de toda duda, y de las cuales podemos derivar otras certezas que se concretizan en ciencias particulares. Hayek propone justamente el programa opuesto porque, según él, no tenemos acceso a certeza alguna. La razón es, a lo sumo, deliberativa. La razón no es generadora de certeza, no permite construir verdades de las cuales podamos estar seguros. Al mismo tiempo, Hayek, en cierto sentido, se opone al proyecto de que estas certezas sean trasladables al ámbito de lo social y lo económico, como caso particular de lo anterior. Es decir, la razón no tiene poder para organizar la sociedad. Las sociedades no se organizan a través de un proceso racional, deliberativo. Las sociedades son el resultado ‘espontáneo’ de largos procesos históricos, que van generando una suerte de tradición según la cual las sociedades se organizan, y dentro de la cual se constituyen las instituciones pertinentes.

Por otro lado, el positivismo lógico supone que hay un cierto método que permite justificar, más allá de toda duda, la aceptación o el rechazo de nuestras propuestas científicas, y supone a su vez para las leyes científicas una predictibilidad que, para Hayek, es utópica, inalcanzable. La actividad racional es, en Hayek como en Smith, la actividad de elegir los mejores medios para alcanzar determinados fines. Los límites de tales logros hay que discutirlos y la posibilidad de planificar esa actividad racional es también discutible.

2.1.1. Los tres temas de Hayek: formación de las sociedades modernas, el orden social y la supervivencia de la sociedad

Podría decirse que hay tres temas centrales en Hayek. El primero es el tema de cómo se constituye la sociedad moderna hasta arribar a la sociedad de mercado. Para Hayek, ello es el resultado de una evolución que él cree de corte darwiniano en el ámbito social. Es decir, Hayek hace lo que nunca hizo Marx, trasladar automáticamente lo que se da en el ámbito natural al ámbito social. Hay cartas de Engels a Marx en las que aquel le pregunta abiertamente sobre lo que Marx piensa de la evolución darwiniana, y Marx le aclara que es escéptico acerca de su valor en el ámbito de lo social. Al principio Marx se mostró muy entusiasmado con el evolucionismo de Darwin, pero su entusiasmo estaba relacionado con el darwinismo en el ámbito natural.

El segundo tema es el siguiente: una vez que tenemos cierto orden, producto del desarrollo histórico —el orden económico de mercado de la sociedad de 1940-1950—, y lo observamos en un corte sincrónico, nos preguntamos cómo funciona. Lo que se puede explicar son las acciones individuales y las interrelaciones de esas acciones en el ámbito de una institución, pero no se puede explicar totalmente de esta manera el orden mismo de la sociedad como todo. Este orden es el resultado de la coordinación de las consecuencias no intencionadas de las acciones deliberadas de los individuos. Otra vez, como en Smith, el orden global se da en términos de consecuencias no intencionadas.

El tercer gran tema, que también es darwiniano, es la relación entre el mantenimiento de tal orden y la supervivencia de la especie humana. Si no mantenemos este orden, las sociedades humanas tal como las conocemos no sobrevivirían.

2.2. El marco normativo: supuestos ontológicos, epistemológicos y éticos

A las tesis centrales de Hayek, no estrictamente económicas, que consideramos que subyacen a su propuesta económica, las dividiremos en tres tipos: ontológicas, epistemológicas y de moralidad. El conjunto de estas tesis es lo que vamos a llamar el marco normativo de la economía de Hayek o de las propuestas económicas de Hayek. Este marco normativo está internamente interrelacionado, de modo que muchas tesis ontológicas suscitan ciertas tesis epistemológicas, ciertas tesis ontológicas de inmediato dan sentido a propuestas de moralidad, y la adopción de ciertos valores éticos como supremos condiciona el modo de concebir aspectos ontológicos y epistemológicos, que han de proponerse como funcionales a alcanzar tales valores.

La primera tesis ontológica puede enunciarse así: la sociedad moderna es un orden complejo, no homogéneo, diverso y plural, cuyos componentes básicos son los individuos. Esto quiere decir que todos los grupos y la sociedad como un todo son ontológicamente 'secundarios'. No tienen entidad específica. Son meras maneras de hablar acerca de los individuos y sus interrelaciones.

Para aclarar esto hay que tener en cuenta que este orden complejo está compuesto de millones de individuos que, en principio, actúan independientemente unos de otros, pero que sin embargo están relacionados, porque siempre actúan en el ámbito de una sociedad. Toda conducta se explica, en última instancia, en función de los agentes individuales, sus propiedades y sus interrelaciones con otros individuos. Pero dichos agentes están interrelacionados 'anónimamente' por el mero hecho de que cada uno de ellos y todos ellos tratan de satisfacer sus necesidades y deseos.

En consecuencia, como nadie puede conocer los deseos –porque son subjetivos– y necesidades de los otros, nadie puede llegar a un acuerdo acerca de cuáles son las necesidades y deseos comunes. Y puesto que no podemos acceder a los deseos y necesidades de cada uno, no es posible tener acceso a toda la información relevante para conocer lo que interviene en las acciones individuales. De modo que nuestro conocimiento de los agentes individuales es siempre parcial y fragmentario.

2.2.1. Objetivos, preferencias y oportunidades

Toda acción deliberada se da en términos de objetivos que los seres humanos tratan de alcanzar teniendo en cuenta sus ‘preferencias’, y este es un concepto central en Hayek y en toda la economía neoliberal. Tal conocimiento puede ser suficiente, objetivo y relevante para constituir una ciencia económica. Si bien no podemos tener acceso a los deseos, intereses, de cada persona, podemos tener acceso a sus preferencias, pues nos pueden informar acerca de ellas. Podemos evaluar las acciones de los agentes individuales en términos de los ‘objetivos’ explícitos de esas acciones, de las ‘preferencias’ explícitas de acuerdo a las cuales se actúa para alcanzar esos objetivos, y según las ‘oportunidades’ con que cuenta el sujeto individual en cuestión para alcanzar esos objetivos. Disponemos, pues, de tres ingredientes a los que tenemos acceso: los objetivos, las preferencias y las oportunidades.

En el mercado hay un ingrediente adicional importantísimo. Tenemos acceso objetivo a la mejor información de que se pueda disponer: el sistema de precios. Si conocemos los precios, los objetivos de los agentes, la lista de preferencias de los agentes y las oportunidades, podemos describir y explicar las acciones de los agentes individuales o agentes racionales, y podemos establecer: 1) las desviaciones involuntarias de esa conducta y las consecuencias de esas desviaciones, y 2) con toda esa información más las leyes económicas, tendremos oportunidad de corregir, limitar y manipular las consecuencias involuntarias de las acciones individuales.

La ciencia económica en Hayek, y también las ciencias sociales en Popper, tienen tal objetivo, manejar los resultados que surgen de las consecuencias involuntarias de las decisiones deliberadas de los agentes económicos en el mercado. Cuando Hayek discute sobre el tema vital de las preferencias, nos dice que no hay que confundirse. Aquí no les preguntamos a los agentes individuales los motivos o razones de por qué prefieren A sobre B, sino que lo único que les preguntamos es: ¿A sobre B o B sobre A? Las razones por las cuales ellos prefieren una a la otra son irrelevantes para la teoría económica. Y la razón fundamental es, otra vez, que lo subjetivo es desconfiable, está cargado de cuestiones personales, de valores individuales, etcétera.

Empezamos así a ver algo que nos va a seguir en toda la discusión de Hayek: la neutralidad valorativa como garantía de objetividad, sin la cual no hay ciencia y sin la cual no hay economía como ciencia.

2.2.2. La sociedad como un orden espontáneo coordinado y el mercado como un sistema de coordinación de acciones económicas

El segundo presupuesto ontológico es, otra vez, acerca de la sociedad moderna. La sociedad moderna, dice Hayek, es un orden espontáneo, pero 'coordinado' por dos factores cruciales:

1) Un conjunto de actos y modos morales de proceder que son el resultado de un largo proceso histórico y que hoy debemos aceptar, porque son condición de sobrevivencia de la sociedad. Son tan fuertes que si los dejamos de lado el orden colapsa.

2) Un sistema de coordinación de las acciones económicas, al cual él llama mercado. La caracterización de Hayek del mercado es muy diversa. El mercado es un sistema de coordinación de las acciones económicas y un sistema de comunicación generado por la información a través del sistema de precios, sin los cuales no hay mercado.

La función fundamental de este sistema de coordinación es comunicar información, sin la cual no puede haber acción exitosa de los agentes individuales. En una versión ahora puramente económica, si no tenemos información adecuada del sistema de precios, las chances de tener

éxito en cualquier decisión en el mercado tienden a cero. Esto supone en última instancia que el mercado, en lo que concierne al sistema de coordinación, tiene como nódulos ciertos átomos. El mercado es fundamentalmente un sistema de relaciones, en tanto es un sistema de coordinación, pero sobre todo es un sistema de relaciones entre individuos, básicamente de los agentes individuales económicos. Estos tratan de satisfacer sus preferencias, pero como las preferencias y prioridades de cada uno pueden no ser las mismas que las de los otros, los sistemas de preferencias y las acciones correspondientes entran en competencia. De modo que la competencia, para Hayek, es una nota definitoria, esencial, del mercado.

2.2.3. Mercado y competencia: el rol del sistema de precios

Decir mercado, a la Hayek, es decir conjunto coordinado de actividades individuales en competencia. En tal sentido, estos agentes individuales son tan átomos que son, en principio, totalmente independientes de los otros. Esta independencia de cualquier coerción que venga de cualquier agente individual es lo que llama Hayek la libertad natural del mercado, la que también se define a nivel del agente individual y significa –siempre en principio– la independencia de toda coerción de los restantes agentes individuales.

Para Hayek el mercado también es el gran juego. Una vez que entendemos las interrelaciones como en un juego es vital que sepamos o anticipemos cuáles son las preferencias del otro y cuáles son las posibles acciones que el otro puede llevar a cabo y reconocer que el otro hace también lo mismo conmigo. Eso es lo que Habermas llama racionalidad estratégica. La competencia esencial en el mercado de Hayek es, en términos habermasianos, un juego de racionalidad estratégica. No basta lo que Habermas llama la racionalidad instrumental, que siempre es puramente individual, de un átomo individual independiente de los otros. La presencia de la competencia como esencial hace que esta racionalidad instrumental sea estratégica, y como ella requiere de información, se nutre del flujo informacional.

Para Hayek el sistema de precios es el que nos provee toda la información. El mercado genera un sistema de precios mediante el libre juego de la oferta y la demanda. Los precios se acomodan solos; no son el resultado de ninguna decisión voluntaria individual. Hayek agrega que el mercado, debido a que es el único mecanismo de coordinación social, determina lo que se puede lograr en términos de acciones exitosas mediante una actividad calculada. Estos cálculos son hechos siempre bajo incerteza y, consecuentemente, conducen a meras apuestas, a conjeturas que no garantizan en absoluto por adelantado ni ganancias ni pérdidas. Ellos son parte, por lo tanto, de un gran juego. Cada individuo debe tratar de jugarlo tan bien como sea posible. El éxito de cada ajuste individual a las acciones de los otros es medido a corto plazo por el éxito económico de su acción específica; en el largo plazo por la sobrevivencia y el desarrollo de sí mismo, del grupo al que pertenece, digamos de la institución y de la sociedad como un todo.

No podemos anticipar el resultado individual de cada acción, ni mucho menos el resultado de las acciones globales. Lo que sí podemos anticipar es que a largo plazo, debido a que los precios se ajustan mutuamente, habrá una coordinación de las acciones y el mercado va a seguir funcionando como factor coordinador. Este ajuste automático de precios es el sustituto hayekiano de la mano invisible de Smith. Pero al menos en Smith había un sujeto divino que llevaba a cabo la coordinación. En Hayek es una coordinación sin sujeto. Por ello creemos que es más misterioso en Hayek que en Smith. Nos parece más misterioso que nos digan que en lugar de la Providencia el sistema de precios hace que los mismos se ajusten unos a otros por el mero juego de la oferta y la demanda.

¿Cómo se produce este ajuste? ¿Por qué? Todo parece suceder como si hubiera una mano invisible. Es una mano invisible pero no es de Dios, ni de nadie. Todo se dispone como si hubiese sido hecho de acuerdo a un plan único, aunque nadie, en verdad, lo ha planeado. Es que todo lo logra la omnisciencia oculta en el precio. Suena paradójico que Hayek sostenga, por una parte, que no hay omnisciencia humana, pero sí la hay

en los precios. Esto es quizás el colmo de lo misterioso. Más paradójica aun es que, para Hayek, intentar resolver tal misterio es pretender ser omnisciente. Más claramente: la omnisciencia aparece y desaparece en el enfoque de Hayek cuando le conviene. Las leyes de la economía neoliberal presuponen tal ajuste, no lo explican. Por eso estamos hablando de supuestos. Estos son supuestos desde los cuales, y solo si se dan estos supuestos, se cumplen las leyes.

Si el mercado es realmente lo que socializa las acciones individuales, es el ámbito donde se lleva a cabo la acción social, entonces no hay metas u objetivos sociales independientes de lo que resulta del mercado mismo. El mercado, por sí mismo, carece de finalidad. Esto es consistente con el evolucionismo. Por lo tanto, estamos condenados a no saber adónde este orden espontáneo va a ir en el futuro. Más adelante él va a decir que lo que podemos anticipar es su expansión, su globalización, aunque Marx también ya lo había previsto.

2.3. Supuestos epistemológicos

El primer gran supuesto epistemológico es el supuesto de la no omnisciencia, de lo cual ya hablamos. Como no somos omniscientes y como toda decisión deliberada, especialmente en el ámbito socioeconómico, para garantizar éxito y seguridad en el resultado, requiere del conocimiento de un número de variables y de datos que como no somos omniscientes somos incapaces de abarcar, debemos, por lo tanto, desconfiar de los resultados de nuestras acciones deliberadas. En toda la obra de Hayek parecería como si el hombre en general, y en particular el economista que quiere planificar y el político de fuste que quiere tomar una decisión fuerte en política, sufriera una suerte de autoengaño. El autoengaño consiste en lo siguiente: tomar la decisión suponiendo que es segura o tiene enormes chances de no fallar, de tener éxito, cuando en verdad al planificar no se puede tener esa seguridad. Ergo, es imposible la planificación total porque es imposible el conocimiento total.

Pero, ¿quién pretende la planificación total? ¿Qué queremos decir con planificación total? Por ejemplo, cuando el más enloquecido de los jercas de planificación soviética la hacía, por planificación total no entendía la planificación de todos los posibles detalles que intervenían en la economía soviética.

Además, ¿qué tipo de conocimiento se requiere para planificar? ¿Se requiere un conocimiento total de la realidad para la cual se quiere establecer un determinado plan? No tenemos que planificarlo todo. Tenemos meramente que saber qué es lo relevante dentro del todo. Si lo relevante constituye no solo un número infinito de variables sino un número finito o bien un número finito pero difícilmente manipulable de variables, algunas de las cuales están muy interrelacionadas entre sí, lo cual afecta mucho el problema, entonces podría tener visos de verosimilitud que el argumento de la no omnisciencia se tornara importante.

Estamos tratando de decir que cuando uno lee a Hayek, Popper y Friedman, el argumento de la no omnisciencia aparece como barredor de todo y sin ninguna cualificación ulterior se asume que, porque no somos omniscientes, no podemos planificar el todo. Creo que acá hay un uso ambiguo del lenguaje y habría que preguntarse qué queremos significar por planificar todo, de manera que la respuesta no sea trivialmente ridícula. Lo importante es que ya que no somos omniscientes, debemos saber cuáles son los límites de nuestro conocimiento y si esos límites no nos impiden a nosotros planificar a satisfacción. Es aquí donde los dos grandes sistemas económicos difieren. Es aquí donde los economistas soviéticos de la década del '50 y del '60 creían que se podía realizar cierto tipo de planificación, muy global, pero no total en el ridículo sentido hayekiano-popperiano, y el gran problema fue justamente la elección de las variables relevantes y la posible manipulación efectiva de esas variables relevantes.

Pero nos parece que esto es muy distinto al argumento hayekiano-popperiano que se basa en el slogan: no omnisciencia, no planificación total.

2.3.1. Racionalidad e irracionalidad en Hayek

Fuera de este supuesto de la no omnisciencia, quizá el supuesto epistemológico más relevante que tenemos que considerar es el de racionalidad, al que podemos dividir en tres afirmaciones:

a) Actuar racionalmente es actuar tratando de maximizar las chances de lograr nuestros objetivos; en el mercado, maximizando las chances de obtener ganancia.

b) Los agentes individuales económicos en el mercado actúan racionalmente.

c) Como corolario de las dos primeras y del modo en que Hayek entiende el mercado como sistema de coordinación, comportarse racionalmente es comportarse, en última instancia, de acuerdo con las pautas del mercado.

Las tres afirmaciones anteriores ponen de relieve que Hayek está sosteniendo una versión extrema de la racionalidad meramente instrumental. Nadie puede criticar la racionalidad instrumental per se. La racionalidad instrumental es básica en nuestro accionar. Nosotros estamos continuamente operando de acuerdo con ella. Como dice la gente de la Escuela de Frankfurt: nosotros no criticamos la racionalidad instrumental sino la reducción de la razón a racionalidad instrumental. O como dice Heidegger en su trabajo sobre tecnología: el mayor peligro de la tecnología contemporánea es que nos lleva a creer que toda la razón humana es razón medios-fines.

En última instancia, nadie duda de que en la actividad económica, como parte de la actividad humana, y especialmente tal como lo interpreta el liberalismo, en particular Hayek, el agente humano actúa aplicando esta racionalidad instrumental. Lo que le criticamos a este modo de entender la razón humana es la reductibilidad, que en los diversos autores que extremizan la racionalidad instrumental se pone de relieve de distinta manera. En el caso del neoliberalismo, esta reductibilidad de razón humana a razón instrumental destaca en el hecho de que la discusión de los fines mismos queda más allá del ámbito de la discusión racional.

Es decir, los fines no se discuten, no se adoptan dando argumentos; son, como dice Popper, una cuestión 'pre-racional'. Los fines vienen dados por tradición.

Esta manera de proceder transforma toda revolución estructural profunda en irracional. Dicho de otro modo, lo que es irracional es pretender cambiar el juego. Dentro del juego, todo: se pueden hacer innovaciones graduales. Pero no se pueden discutir de forma racional los objetivos del Gran Juego. Los fines se aceptan por tradición, no entran en discusión. Del mismo modo que si yo juego un juego, no discuto las reglas sino que las acepto. O sea, el sistema está más allá de la discusión. Pretender discutirlo es irracional. Ni qué decir de aquella decisión que surja de esa discusión y cuyo corolario sea cambiarlo. Es como si se procediera contra la naturaleza, porque es proceder contra ese proceso darwiniano que terminó en esa tradición.

Hayek sostiene una teoría extrema de la racionalidad instrumental; la palabra clave es 'meramente'. Nadie objeta la actividad racional como una actividad en la que se adecuan los medios a los fines. Lo que se critica es que se limite apriorísticamente la racionalidad humana, operando en ciencias sociales y en economía, a una racionalidad que no puede discutir los fines. No solo que no puede discutirlos sino que 'no debe' hacerlo. ¿Por qué la ganancia por sobre cualquier otro objetivo? ¿Por qué el producto bruto interno y no la igualdad? Eso queda afuera, no se discute.

Según Hayek, lo propio del ser humano no es ser racional —ese es un resultado contingente—, sino ser sociable. Nosotros somos seres sociales, seres que necesitamos del semejante para la supervivencia. Devenimos racional-instrumentales a través de ese proceso. Por lo tanto, la racionalidad en Hayek no es una presuposición a priori. No es como en Aristóteles, para el que es parte de nuestra esencia. El hombre no es esencialmente racional, sino que es el resultado de un desarrollo que desemboca en un sistema de la división social del trabajo que requiere para su mejor funcionamiento de este tipo de actividad guiada por el intento de maximizar la consecución de nuestros objetivos. El mercado deviene, pues,

el locus de la racionalidad medio-fines. Proceder de acuerdo con tal racionalidad posibilita sobrevivir y mejorar; pero no lo garantiza, porque el mercado es un juego en el que, como en todo juego, aun cumpliendo sus reglas, se puede perder.

2.3.2. El mercado como absoluto

El mercado es el *locus* absoluto de la racionalidad. Esto no significa solamente que es el lugar de realización suprema de la racionalidad; significa también que no tiene que darle cuentas a más nadie. O sea, este orden no es relativo a ningún orden superior a él. Es el último sistema de referencia, es 'el' sistema de referencia. No hay nada ulterior a los fines del mercado. Eso es lo que queremos decir con absoluto. Es el último sistema de referencia.

Según Hayek, no hay una teoría de la acción racional que vaya más allá de la racionalidad impuesta por el mercado. Esta es una respuesta que un neoliberal que lee a Hayek le puede dar a la Escuela de Frankfurt: ustedes hacen algo que no necesitamos. Ustedes quieren proponer una teoría de la racionalidad, pero no la necesitamos, más allá de una mera elucidación de cómo opera la acción racional en el mercado. No hay nada más allá de eso. No se necesita una teoría ulterior.

Además de ser el lugar propio del ejercicio de la racionalidad instrumental, el mercado es, (1) sistema de comunicación producido evolutivamente de manera no intencional, (2) orden que se impone al individuo como condición de supervivencia, (3) orden abstracto, invisible e incognoscible en su totalidad y en detalle, por lo que (4) es posible detectar fácilmente en el mismo fenómenos y leyes inexorables. De ahí que Hayek sea escéptico acerca de planteos macroeconómicos; solo la microeconomía puede tener precisión científica y esto con obvias limitaciones.

Entonces, ¿cómo mediremos la racionalidad de cada individuo? La mediremos en términos de su adecuación a la racionalidad del mercado. ¿Cuál es el supremo irracional? El supremo irracional va a ser aquel que discute la racionalidad misma del mercado o que pretende cambiar las reglas de juego.

2.3.3. Gobierno y no intervención en el mercado

En tanto la complejidad del mercado trasciende los límites de nuestra razón, no hay ningún derecho que se pueda abrogar persona o grupo de personas para intervenir en él bajo la promesa de hacerlo exitosamente. La complejidad del mercado trasciende los límites de nuestra razón y, en consecuencia, hace imposible y aun destructivo cualquier intento de intervenir en él. Hayek considera contraproductivo y peligroso cualquier intento de racionalizar lo que está pasando desde una perspectiva exterior a la racionalidad del mercado.

Para Hayek la función fundamental del gobierno es garantizar el mercado mismo, o sea, garantizar que el mercado pueda operar libremente. Para ello tiene que haber no violación de propiedad privada, cumplimiento de los contratos, no interferencias externas.

El gobierno también tiene que intervenir para que se efectivicen aquellas funciones sociales —en especial a través de instituciones— que no sean atractivas a los agentes productivos privados. No hay ninguna diferencia con Adam Smith en esto, salvo de tono. Smith dice: los pobres, a la corta o a la larga, se desilusionan. Se dan cuenta de que sus esfuerzos para progresar, etcétera, tienen límites impasables y se produce una suerte de depresión, de desilusión insuperable. Hayek habla de otro modo. Para Hayek, igual que para Friedman, no existe en principio ninguna barrera para que haya posibilidad de ascenso. Algo que Hayek va a decir y Friedman va a transformar en *leiv motiv* como legitimación de las desigualdades, es que las desigualdades son el mejor instrumento para el ansia de progreso.

2.4. La falacia naturalista

¿Por qué, entonces, no es mejor una sociedad de todos en ascenso social? Ahí la respuesta es nefastamente naturalista: esta sociedad, tal como existe hoy, es lo que se dio. En tanto tal, debe ser aceptado —del plano del ser o lo dado al del deber ser—. Por eso no extraña que Hayek se considere a sí mismo conservador. El mercado y la moralidad funcional al mismo son hechos y, por ende, hay que aceptarlos. Sería

antinatural proceder en contra; por ello los que lo hacen o intentan hacerlo, quedan excluidos. Además, siempre de acuerdo con Hayek, tanto el mercado como su moralidad son los más exitosos entre los conocidos (?), pues han sobrevivido a través de un proceso de selección. Tal éxito logrado evolutivamente hace que tanto el mercado como su moralidad sean, en opinión de Hayek, inevitables.

La falacia naturalista se comete, por ejemplo, cuando una noción ética se funda –o es sustituida por– en términos de conceptos naturales y/o científicos. Hayek es muy consciente de eso y continuamente se cubre afirmando que no comete la falacia naturalista en ninguno de sus argumentos acerca de este tipo de justificaciones. Cuando un economista nos dice: lo bueno en economía es un crecimiento de 2.3% al año, está cometiendo una falacia naturalista. Está identificando una noción ética como ‘lo bueno’ con una noción propuesta desde una cierta disciplina científica. Hay falacia naturalista si hacemos tal identificación y no abrimos la cuestión, o sea, si no discutimos por qué hacemos tal identificación. Sin embargo, esto es lo que se hace usualmente.

La falacia naturalista permea las ciencias sociales. Los economistas son maestros, generalmente inconscientes, en cometer la falacia naturalista. Para ellos tales argumentos están más allá de toda discusión, de toda duda, cuando en verdad son argumentos falaciosos –lucen como si fueran correctos, aunque en verdad no los son–.

Hayek dice explícitamente que él no comete la falacia naturalista porque “no usa las palabras bueno y malo”. Pero usa equivalentes, que juegan el mismo rol evaluativo que las palabras ‘bueno’ y ‘malo’. Si en lugar de decir ‘bueno’ y ‘malo’ decimos ‘superior’ e ‘inferior’, ‘exitoso’ o ‘fracasado’ y definimos en términos naturalistas al éxito y al fracaso, estamos cometiendo la falacia naturalista, pues incurrimos en el salto cualitativo de introducir juicios de valor a partir de juicios de hecho. El riesgo de cometer tal salto se pone en evidencia en el siguiente ejemplo. Es un hecho que los nazis asesinaban a los judíos, por lo tanto, es moralmente aceptable que los nazis asesinaran a los judíos. Pero, aceptar tal tipo de inferencias es abandonar la civilización.

2.5. Supuestos morales: comparación entre Smith y Hayek

La moralidad supuesta y/o explícita en Hayek es la parte que más nos interesa para este libro. La sistematizaré mediante una breve comparación con la postura de Smith al respecto.

(i) En Smith hay una moralidad funcional al mercado. Esto significa: haciendo posible al mercado y, a su vez, siendo ella posible porque existe el mercado. En Hayek tenemos exactamente lo mismo, pero esto –la moralidad del mercado– está legitimado por el proceso evolucionista, desembocando en esa moralidad. Tal moralidad funcional al mercado pone a la tradición como premisa suprema a respetar y que se acepta de modo no deliberado. Es una moralidad natural por ser resultado espontáneo de procesos de selección evolutiva.

(ii) En Smith la división social del trabajo y la división en clases es natural y beneficiosa para el bien general. En Hayek hay que agregarle a todo esto que natural significa spencerianamente legitimado, pero además tanto la división social del trabajo como la división en clases son consistentes con la racionalidad fundamental del mercado.

(iii) Smith pensaba que las desigualdades eran inevitables, y generadoras de corrupción moral. En Hayek tenemos lo mismo, pero hay también una legitimación racional del mercado. El mercado es el *locus* de la racionalidad. El mercado genera desigualdades. Las desigualdades son parte de un proceso racional.

(iv) Para ambos, la libertad individual es el fundamento de todos los otros valores. No es un valor entre los otros valores. Todos los valores tienen sentido porque hay un valor fundante, la libertad individual. Sin embargo, debido al rol omnicompreensivo de la moralidad del mercado, es inevitable que todos los individuos se subordinen a las normas morales dictadas por la tradición. Nuestras acciones serán buenas o malas no dependiendo del fin perseguido, sino del respeto hacia tal moralidad tradicional vigente.

(v) Según Smith los individuos compiten libremente en el mercado, por lo tanto no hay responsabilidad en ayudar a los perdedores, pero

esto tiene ciertas restricciones. En Smith la moralidad del espectador imparcial hace que considere recomendable que el Estado, siempre que no interfiera mayormente con la libertad del mercado, genere políticas de ayuda. Ni en Friedman ni en Hayek esto va a ser explicitado, ni recomendado. Según Hayek lo podemos decir así: los individuos compiten libremente en el mercado. Por lo tanto, no hay responsabilidad en ayudar a los perdedores ni restricciones. Esta es una irresponsabilidad irrestricta.

(vi) Smith no cree que haya responsabilidad moral acerca de la justicia social. Y para Hayek la justicia social carece de sentido, en especial porque “las demandas de justicia son sencillamente incompatibles en cualquier proceso natural de carácter evolutivo”.¹

(vii) De acuerdo con Smith los individuos no pueden evitar la moralidad del mercado. Hayek re-enfatiza esto. No la pueden evitar porque no hay otra y porque, además, la moralidad del mercado es una precondition de sobrevivida en la sociedad contemporánea. Como no somos omniscientes, no podemos definir una escala universal de valores. Solo hay valores instituidos por el mercado. Por supuesto, hay también una moralidad de las relaciones familiares que coexiste con la moralidad del mercado. El ser humano está inevitablemente sometido a tal dicotomía.² En el caso de la moralidad privada, los seres queridos son quienes juzgan las acciones de los individuos. En el caso de la moralidad del mercado, no hay juicio moral en sentido estricto, sino juicio legal por parte de las instituciones.

(viii) Smith no se planta la pregunta de si el mercado está más allá de toda evaluación moral. Hayek se la formula y se la contesta: el mercado está más allá de toda evaluación moral. No hay nada fuera de él, no hay un desde donde, no hay un marco ‘a-mercado desde’.

(ix) En ambos hay dos condiciones para el desarrollo del orden del mercado y las condiciones tienen que ver con el marco valorativo: respeto absoluto a la propiedad privada y a los contratos.

¹ Hayek (1990, p. 128).

² Ibid., 50.

(x) Smith propuso una fundamentación psicologista de la moralidad, atendiendo a las pasiones, los sentimientos, el juego de la razón entre ellas. En Hayek todo psicologismo debe quedar fuera. No interesan los motivos ni las razones de la acción. Basta con la lista objetiva de las preferencias. ¿Por qué se eligen esas preferencias? A Hayek, como economista, no le interesa tal pregunta. En función de esas preferencias y de los objetivos –ambas cosas son supuestamente objetivas– podemos evaluar la racionalidad de la acción, podemos evaluar si la acción era la mejor para, de acuerdo con esas preferencias, alcanzar tales objetivos. La objetividad de las preferencias es funcional al supuesto hayekiano de que la ciencia económica es valorativamente neutra, sin incidencia alguna de valores.

Las ciencias sociales, según Hayek, Friedman y Popper, como cualquier buena ciencia, son valorativamente neutras. Si uno distingue entre contextos de descubrimiento, de prosecución, de justificación y de aplicación, entonces nadie va a negar que haya incidencia fuerte de valores en el contexto de descubrimiento, de prosecución y de aplicación. Cuando se dice que el conocimiento científico es objetivo y valorativamente neutro, lo que se quiere decir es que es valorativamente neutro en el contexto de justificación. Vamos a dedicar parte de un capítulo posterior a criticar ello. En economía, tal neutralidad no existe. Toda la explicitación de los supuestos que hemos estado llevando a cabo, especialmente morales, es para luego mostrar que los mismos inciden en el contexto de justificación. No vamos a defender la tesis de que los hechos no intervienen en la justificación de hipótesis y/o teorías económicas. Lo que vamos a defender es que los hechos por sí solos no deciden. Además nos plantaremos si dichos hechos están o no permeados por valores.

(xi) Según Smith, existe al menos el intento de recuperar una razón evaluativa universal, apelando a la metáfora del espectador imparcial aunque, en última instancia, incluso el espectador imparcial queda subsumido en la moralidad del mercado. El último factor decisivo es la moralidad del mercado. En Hayek no hay ni la más leve referencia a una razón universal distinta a la operatividad del mercado.

(xii) Acerca de la justicia, Smith reconoce que la sociedad comercial no realiza perfectamente la justicia, pero trata de aproximarse a ella. Hayek va a expulsar totalmente el tema de la justicia social del análisis de una sociedad de mercado. El carácter no intencional del sistema automáticamente excluye toda consideración de la justicia. Esta es una de las razones que él señala. Las acciones no intencionales y sus resultados no son justas ni injustas. Por tanto no tiene sentido aplicar la palabra 'justo' e 'injusto' a las acciones no intencionales o a sus resultados.

(xiii) En Smith el *telos*, o sea el objetivo, es el de la felicidad general que finalmente predominará. Igual que en Newton: el orden, la armonía del universo predominará, porque hay una Providencia. En Smith se da lo que podemos llamar una versión optimista del futuro, sin enemigos serios. En Hayek hay reales amenazas a la sociedad capitalista como un todo que van más allá del comunismo y el socialismo. La amenaza seria es el keynesianismo. Ahí están Roosevelt, los economistas del Partido Demócrata, aquellos que piden por los Derechos Civiles, aquellos que claman por salarios mínimos. Hayek se opone afirmando que el mercado fija los salarios. No hay Providencia en Hayek, es decir, el mercado sin interferencias hace toda la tarea. De modo que necesitamos aferrarnos a la sociedad capitalista competitiva para poder sobrevivir. El abandono de la sociedad capitalista competitiva es para Hayek la muerte.

(xiv) Smith propuso que bajo un sistema de mercado una parte de la población permanece excluida de las necesidades básicas para la sobrevivencia. Las primeras víctimas fueron los descendientes de la gente más pobre. La ilusión en el mercado los condujo a tratar de mejorar su condición, pero a través de los años llegaron a percatarse de que sus esfuerzos eran fútiles. Fueron víctimas de una gran ilusión, la ilusión de que iban a mejorar, de que no había límites para mejorar. Sin embargo, el sistema, a pesar de este defecto, garantiza a la mayoría un mayor bienestar que cualquier otra organización social.

Hayek, como de costumbre, es más extremo y unilateral. Él propone que nueve de cada diez personas realizan sus expectativas en una sociedad de mercado. Si entendemos la palabra expectativa en un sentido

lato, esta es la mejor frase como para condenar al neoliberalismo como un fracaso total pues tal afirmación de Hayek está completamente refutada.

(xv) Finalmente, en Smith no hay posibles desviaciones para la historia humana futura. Ha sido puesta en el desarrollo correcto por nuestra naturaleza, porque somos egoístas, insaciables y lo mejor para ello es la sociedad que tenemos. Hayek propone lo mismo con justificación spenceriana. Donde en un caso estaba la Providencia ahora están los mecanismos de selección.

2.5.1. La moralidad del mercado como teología

La moralidad del mercado, como dijimos, está más allá del bien y del mal. Ningún individuo debe juzgar tal moralidad. Pero esto es análogo al hecho de que ningún creyente individual debe juzgar a Dios. Además, la miseria de una persona nunca debe conducir a la misma a perder la fe. Del mismo modo, la miseria de cada uno en el mercado no debe llevar a persona alguna a perder la fe en el mercado. Nadie puede comprender el designio y la voluntad divina. Hayek aclara que nadie puede abarcar ni comprender el designio y hacia dónde va el mercado.

Ningún competidor en el mercado lo juzga, pierde su fe en él, ni puede entender totalmente su funcionamiento. El mercado es, en la versión de Hayek, una entidad que deviene trascendente y no comprensible, tal como la entidad divina en muchas religiones. Dicho de otra manera, en el caso de Smith, Dios era el fundante del mercado; ahora, en Hayek, el mercado es como Dios, especialmente en su relación con los agentes que opera en él.

2.5.2. El mercado, la moralidad, la historia y el fin de las utopías

Una característica compartida por todos los pensadores de corte neoliberal, entre ellos Hayek, Friedman y Popper, es el rechazo de leyes de desarrollo histórico que podríamos caracterizar como leyes transhistóricas, o sea, como leyes que permitan hilar el desarrollo económico,

político y social de distintas etapas históricas; por ejemplo, leyes que recorran los cambios que van desde la sociedad primitiva a la economía antigua, feudal, capitalista, etcétera.

Puede haber, en cambio, leyes que describan, expliquen y permitan predecir, en cierto grado y con ciertas limitaciones, las conductas económicas en un determinado ámbito histórico-cultural. Sin embargo, como no hay leyes transhistóricas, Hayek no acepta forma alguna de determinismo histórico, ni tampoco de teleologismo. Pero este proceso histórico que condujo al capitalismo de mercado competitivo muestra una tendencia hacia el bien. Y anticipa que la historia, en el futuro, va a consistir en acercarse más y más a dicho bien. Es decir que consistirá en la gradual expansión del capitalismo de mercado. Por tanto su globalización es, para Hayek, una consecuencia necesaria del desarrollo histórico.

La historia así concebida por Hayek anuncia el fin de todas las utopías, pues no hay más lugar para algo distinto, debido a que lo único que queda por acaecer es la expansión de este orden actual. Todo otro orden alternativo está fuera del único lugar realmente posible, fuera 'del' lugar (u-topos). No en vano, al recibir el Premio Nobel, Hayek afirmó que alterar tal orden bajo la promesa de traer el cielo a la tierra no sería nada más que el advenimiento del infierno.

2.6. Una crítica desde Darwin al darwinismo social de la ética hayekiana

De acuerdo con Patrick Tort, prestigioso investigador de la obra de Darwin, este no es el padre del darwinismo social sino que, por el contrario, tal darwinismo se opone profundamente a las tesis de Darwin sobre el hombre y la sociedad.³

El darwinismo social es de inspiración spenceriana; la obra de Spencer –ingeniero británico del siglo XIX devenido filósofo generalizador–, cuyo evolucionismo filosófico “brindó un marco ideológico integral al ultra-liberalismo radical de la industria victoriana”, inspiró toda forma

³ P. Tort (1997)

ulterior de darwinismo social, como la ejemplificada por la visión hayekiana de la moralidad.⁴ La ley de evolución en Spencer (1862) postula el pasaje de estados indefinidos, incoherentes y homogéneos a estados definidos, coherentes y heterogéneos mediante un proceso de integración y diferenciación que no solo se da a nivel natural-biológico sino también en el orden socio-cultural, de modo que la sociedad es concebida como un organismo y funciona como tal. La selección opera en todos los órdenes por igual haciendo que los menos adaptados deban ser eliminados.⁵

Pero Darwin siempre rehusó aplicar su teoría evolucionista fuera del ámbito biológico-natural, o sea a la marcha de la sociedad humana. En *La Teoría del Hombre* Darwin enfatiza una paradoja consistente en que “el principio directriz de la evolución que es la selección natural e implica la eliminación del menos apto en su lucha por la vida, en la humanidad selecciona una forma de vida social que en su marcha hacia la civilización tiende cada vez más a excluir los comportamientos eliminatorios, a través del juego entrelazado de la ética y las instituciones”.⁶ Es decir que sin tal reversión –consistente en el cambio hacia la exclusión de los comportamientos eliminatorios– no hay civilización.

Esta es una formidable respuesta del propio Darwin a posturas posteriores como la de Hayek, que hipostasía la moralidad vigente como resultado de una evolución de la sociedad humana que procede por la selección del más apto o fuerte. De acuerdo con Darwin, y en oposición a Hayek, “con la civilización aparece en lugar de la eliminación de los menos aptos, el deber de asistencia que pone en marcha múltiples mecanismos de asistencia y rehabilitación”.⁷ Este ‘deber de asistencia’ desaparece en el salvaje biologismo social antidarwiniano de Hayek. La moral, en Darwin, aunque es un fenómeno indisociable de la evolución, aparece como efecto reversivo de la misma, como forma de vida específica que se opone a las anteriores formas animales y nos permite domi-

⁴ Ibid., p. 65.

⁵ Véase H. Spencer (1891).

⁶ Darwin (1871, p. 68).

⁷ Ibid., p. 69.

narlas a la vez que torna posible nuestra vida en sociedad y también que esta evolucione, posibilitando la civilización.

2.7. Alcances y límites de la ciencia económica

Hayek cree, como Popper, que toda buena teoría científica está constituida por un conjunto de hipótesis deductivamente sistematizadas, ninguna de las cuales puede exhibirse como definitivamente cierta. En tanto organizadas de forma deductiva, dichas hipótesis son de distinto grado de generalidad, o sea, constituyen un sistema hipotético-deductivo. Además, dichos sistemas hipotético-deductivos son empíricos, es decir, pretenden describir, explicar y predecir lo que sucede en aquel ámbito del mundo acerca del cual pretenden informar, y, por lo tanto, han de ser aceptados o rechazados de acuerdo a cómo se comporten respecto del mundo estudiado.

Esto puede decirse más técnicamente como sigue: las teorías científicas son sistemas hipotético-deductivos que se testean con el mundo de modo indirecto a través de aquellos enunciados que la tradición hayekiano-popperiana llama 'básicos', porque son de base empírica, y derivan de las hipótesis de la teoría a través de las cuales testeamos dicha teoría. De modo tal que según qué suceda con tales enunciados básicos, las hipótesis, de las cuales se derivan dichos enunciados básicos y/o en general la teoría como un todo, han de ser aceptadas o rechazadas. Suele decirse en esta versión oficial que en tanto los enunciados básicos, que son consecuencia de las hipótesis de la teoría, no chocan con el mundo, quedan corroborados y por ende, las hipótesis y/o la teoría también. En tanto que cuando dichos enunciados básicos entran en conflicto con el mundo, la hipótesis –y/o la teoría– de la cual dependen queda refutada o falsada.⁸

⁸ Para una versión crítica de todo ello véase Gómez (1995).

2.7 1. Grados de complejidad: falsabilidad y predictibilidad

Hayek cree que los fenómenos tienen distintos grados de complejidad. Según él, pero no para Popper, los fenómenos sociales son más complejos que los fenómenos físicos. Si hay distintos grados de complejidad, al intentar explicar dichos fenómenos ha de pagarse un cierto precio en predictibilidad y falsabilidad. Lo que podremos predecir, según Hayek, no son hechos singulares sino patrones de hechos —*patterns of facts*—. Como corolario, las hipótesis utilizadas devienen menos falsables.

La distinción entre la predicción de la aparición de un patrón de un cierto tipo y la predicción de la aparición de un caso particular de ese tipo es muy importante, en especial en biología y ciencias sociales. En dichas áreas estamos interesados en la recurrencia de ciertos patrones. Si decimos que en los próximos dos años habrá un nuevo ciclo regresivo, este es un enunciado falsable. Si dicho ciclo no acaece en los próximos dos años, el enunciado queda falsado. Sin embargo, no dijimos cuándo tal ciclo empieza y/o termina. Si lo hubiéramos hecho, el enunciado hubiera sido más preciso y, por ende, más susceptible de ser falsado —más falsable—; aunque hubiera un ciclo regresivo en los próximos dos años, pero no comenzando y/o terminando de acuerdo a lo anticipado, el enunciado quedaría falsado, cosa que no hubiera sucedido si no hubiéramos estipulado la fecha del comienzo y/o terminación del ciclo.

Ello está íntimamente vinculado con que el mercado es un juego. Si pudiéramos hacer predicciones singulares, el juego habría terminado y el mercado devendría un reloj. Dejaría de ser un conjunto de apuestas para transformarse en algo que, si dispusiéramos de toda la información pertinente, nos permitiría siempre anticipar todo con una precisión, en principio, sin límites. Lo que se puede lograr, en cambio, en la práctica económica actual, es anticipar un tipo de patrón y no su manifestación particular en un lugar específico y en un tiempo específico.

Como consecuencia, el avance de la ciencia, según Hayek, tendrá que acaecer en dos direcciones: mientras es deseable hacer que nuestras teorías sean tan falsables como sea posible, en realidad nos debemos involu-

crar en ámbitos en donde el avance en el desarrollo de las teorías acerca del mismo significará un retroceso en el grado de falsabilidad. Este es el precio que, según Hayek, siempre hemos de pagar para avanzar en el dominio de los fenómenos biológicos y sociales.

La teoría económica está limitada a describir tipos de patrones que aparecerán si ciertas condiciones se satisfacen. Nunca derivará en predicciones acerca de fenómenos específicos. El sistema de las ecuaciones simultáneas que Leo Walras —uno de los más importantes matemáticos de la versión neoclásica de la economía— usó para representar las relaciones generales entre los precios, por una parte, y las cantidades de mercancías vendidas y compradas —la célebre ecuación de Walras— no permite predecir precios específicos. Además, la predicción de un cierto patrón, “si supiéramos todos los parámetros en las ecuaciones de Walras podríamos conocer los precios”, depende de ciertos supuestos como “la mayoría de la gente se involucra en el comercio para obtener un ingreso” y “la gente prefiere un ingreso alto a uno bajo”; además, se supone que la gente no está impedida de comerciar, etcétera. Estos supuestos determinan el rango de las variables, pero no determinan los valores particulares de dichas variables.

Por lo tanto, Hayek reconoce que los rangos de las variables operativas en las ecuaciones como las de Walras, no están flotando en un universo matemático-formal al cual un cierto individuo observa objetivamente, sino que tales rangos están restringidos por ciertos supuestos, como los citados. Esta suerte de complejidad inevitable de los fenómenos sociales impide hablar, según Hayek, de reducibilidad de tales ciencias a la física. Aunque el método para todas ellas es análogo —de conjeturas y refutaciones—, lo que ha de variar debido a los distintos grados de complejidad de los fenómenos estudiados es lo que se puede lograr en ellas; en algunas será posible la predicción de hechos singulares, en otras solo se logrará la anticipación de la recurrencia de ciertos patrones de hechos.

Hayek habla, consistentemente con la existencia de grados de complejidad de los fenómenos, de grados de explicación. En física, se

establecen relaciones como “si $x_1, x_2 \dots x_n$, entonces siempre debe ocurrir $y_1, y_2 \dots y_n$ ”. Pero usualmente lo que nuestra observación sugiere es que “si x_1, x_2, x_3, x_4 –porque no podemos recorrer toda la serie antecedente–, entonces ocurrirá (y_1, y_2) o (y_1, y_3) o (y_2, y_3) o algo similar”. Es posible que no podamos ir más allá de ello, porque en la situación real de investigación puede que no sea factible testear todas las posibles combinaciones de los factores del antecedente $x_1, x_2, x_3 \dots x_n$. Cuando enfrentamos situaciones complejas, la observación solo despliega regularidades muy limitadas, como en la biología y las ciencias sociales. Nosotros, entonces, tratamos de descubrir si lo que observamos puede ser derivado deductivamente a partir de lo que sabemos sobre la conducta de ‘algunos’ de los factores involucrados en la situación bajo condiciones más simples. Para esto no hay escapatoria, lo que significa que, según Hayek, estamos condenados a modelizar.

Sin embargo, Hayek estatuye que nunca estaremos ciertos de si lo que sabemos o conocemos bajo tales condiciones más simples es aplicable a condiciones más complejas –nunca sabremos si el modelo corresponde exactamente al ámbito modelizado–. Lo que podremos saber es si los factores seleccionados son relevantes y suficientes para explicar lo observado y podremos anticipar cuáles tipos de eventos han de ser esperados y cuáles otros han de ser prohibidos. Este tipo de explicación es llamada por Hayek *model building explanation* –explicación por construcción de modelo–.⁹ Todas las explicaciones comparten este rasgo, pero en grado diferente. El principal propósito es mostrar que el ámbito estudiado exhibe el principio operando en el modelo; se procura, pues, establecer que hay una cierta regularidad, una cierta correlación que está operando en los fenómenos y en el modelo. El grado en el cual el modo en que está el modelo se aproxime al grado en que está en el caso real, es lo que varía de ciencia a ciencia.

Hayek nos dice que “en lugar de predicción es mejor hablar de ‘orientación’. No podemos predecir eventos singulares, pero nos podemos orientar a nosotros mismos... Tendremos poco poder de control en

⁹ Consúltese Hayek (1967).

los desarrollos futuros, pero nuestro conocimiento de qué tipos de fenómenos pueden ser esperados y qué tipos pueden no serlo nos ayudarán a hacer nuestra acción más efectiva". Y agrega que "nosotros podemos hablar de cultivación, en el sentido en que un granjero cultiva sus plantas, en tanto y en cuanto él solo puede controlar algunas de las circunstancias determinantes, pero no todas".¹⁰

Hayek reconoce que ello trae aparejado importantes desventajas. Las teorías así propuestas son difíciles de des-probar (*disproof*). En tal caso, no podemos proponer ni experiencia ni experimentos cruciales para decidir entre teorías competitivas. Esto no sucede porque estamos tratando con ciencias inmaduras, sino porque la naturaleza de los fenómenos bajo estudio lo determina. La economía y la biología no son ciencias inmaduras, sino tan maduras como la física, pero manejan fenómenos de distinto grado de complejidad. Cuanto más conozcamos tal complejidad, más nos vamos a convencer de que el tipo de explicación que usamos está condenado a ser un tipo de explicación usando modelos formales.

Ello justifica un rasgo fundamental de la ciencia que, según Hayek, necesita proceder mediante la construcción de modelos formales. Es más: ello sacraliza la identificación de teoría económica con la inevitable construcción de modelos. Popper, consistentemente, hará de tal inevitable construcción del modelo el momento inicial del método de las ciencias sociales y, por ende, de la economía.¹¹

La postura epistemológica hayekiana tiene matices indudablemente escépticos, pues involucra la imposibilidad de: (a) una racionalidad más

¹⁰ Ibid.

¹¹ Hayek nos dice: "he derivado mi posición epistemológica y muchas ideas de los trabajos de K. Popper". Esto no significa que no haya diferencias entre ellos, como Hayek mismo reconoce, por ejemplo, al afirmar que "en relación al grado de complejidad de los fenómenos sociales, él todavía no ha entendido mis ideas al respecto" (Ibid.) En verdad Popper, en oposición a Hayek, consideró que para el científico los fenómenos físicos son más complejos que los sociales porque estos últimos son simplificados mediante el supuesto de que los agentes sociales actúan de acuerdo con el principio de racionalidad.

allá de la racionalidad instrumental; (b) acceder a la certeza; (c) conocer aceptablemente totalidades de datos, relaciones, etcétera; (d) disponer consecuentemente de una disciplina macroeconómica confiable; (e) una teoría de la acción por no poder conocerse todos los factores influenciando la acción individual; (f) afirmar fines sociales distintos de los propios objetivos fijados por el mercado; (g) plena igualdad entre los agentes; (h) responsabilidad social por las desigualdades; (i) teoría crítica del mercado; (j) moralidad no solo independiente sino universal e independiente del mercado.

Como consecuencia, toda visión rigurosa alternativa debe tomar distancia crítica respecto de cada una de tales imposibilidades, justamente el tipo de distancia crítica que Hayek denosta.

CAPÍTULO III

MILTON FRIEDMAN: LIBERTAD COMO FIN E IRRELEVANCIA DE LA ÉTICA

3. Libertad económica, libertad política y ética del mercado

En la introducción de *Capitalismo y libertad*, Friedman señala cuáles son los principales temas a considerar. La tesis central del libro se refiere a enfatizar la relevancia, para lo social, económico y político, de la libertad económica. Nadie como Friedman, dentro de la corriente neoliberal, puso la libertad económica tan en el centro del sistema.¹² Esto está vinculado con la defensa de la tesis de que lo que debe enfatizarse políticamente como contrapartida a la libertad económica es la necesidad de no concentrar el poder. Pocos como Friedman destacan la necesidad de evitar toda forma de concentrar el poder político. Por eso, Friedman aboga por la difusividad de dicho poder, proponiendo un rol mucho mayor del Congreso respecto del Poder Ejecutivo.

Tal como sucedía claramente en Hayek, el rol central que debe cumplir tal poder político es el de ser un instrumento para preservar la libertad individual, y sobre todo para garantizar el funcionamiento de dicha libertad en el libre mercado. Friedman defiende lo que llama “capitalismo competitivo”. Cuando enfatiza el rol de la libertad económica, sobredimensiona la competitividad. Y este capitalismo competitivo tiene como función más importante organizar la actividad económica básicamente alrededor de la empresa privada.

¹² M. Friedman (1966).

La tesis más fuerte de Friedman sobre la libertad económica es que ella “es un fin en sí misma”. En verdad, en la concepción de Friedman es el fin último. No es servicial o funcional a ningún fin ulterior. La libertad económica es una condición necesaria para la libertad política, aunque no una condición suficiente; pero la libertad económica es el fin último. Por supuesto, en aras de la libertad económica tanto Friedman como Hayek conceden que “puede haber gobierno sin libertad política, pero con libertad económica”. El fin último es la libertad económica, en aras de lo cual puede llegar la oportunidad de sacrificar las libertades individuales a nivel político, y, por ende, las organizaciones democráticas.

Para Bentham, y para muchos liberales, la libertad política es un medio para la libertad económica. No hay posibilidad de libertad económica real sin libertad política. Friedman invierte esta relación y agrega que Bentham termina aceptando la posibilidad de intervencionismo, algo que, por supuesto, Friedman no acepta porque, entre otras cosas, este intervencionismo político lleva al Estado de Bienestar (*welfare state*) que, para Friedman, retomando una frase famosa del libro de Hayek, es ‘el camino a la servidumbre’.

Para Friedman hay dos tipos de valores: los valores propios de la ética individual –la ética de la familia, la ética de la relación con los amigos, etcétera–, que usualmente se discute en los libros de filosofía, y otra ética –con otro sistema de valores–, que estudia las relaciones entre las personas y a la cual llama la ética del mercado.

3.1. Ética de mercado, dirección centralizada y cooperación voluntaria en el mercado

En relación con esta ética del mercado hay dos maneras de coordinar la actividad económica:

a) A través de una ‘dirección centralizada’ que es, según él, ‘coercitiva’. Es la forma que a la larga elimina tanto la libertad económica como la libertad política. Esta es una manera más detallada de decir por qué hay ‘camino a la servidumbre’ en una economía centralizada: ello es así porque, en última instancia, se termina con la libertad política.

b) Mediante la 'cooperación voluntaria en el mercado'. Esto apunta a todo lo contrario a coerción. Voluntariamente nosotros decidimos entrar en el juego del mercado; todos hemos decidido intervenir en él libremente, sin ningún tipo de coerción. La ventaja de esta segunda forma es que en estas relaciones en el mercado ambas partes, comprador y vendedor, se benefician siempre en la transacción.

3.1.1. Rol del gobierno en una sociedad libre

Acerca de la ética del mercado, Friedman afirma: "Si el fin no justifica los medios, ¿qué lo hace?". Esta es una afirmación ética salvaje. ¿Cuántas páginas se han escrito en contra de la afirmación 'el fin justifica los medios'? Con 'el fin justifica los medios' se estaría justificado desde el nazismo hasta la ultra guerrilla enloquecida. Ahora nos podemos preguntar: ¿para Friedman, cuál es el fin? Siempre, la libertad económica. En aras de la libertad económica se justifican todos los medios. La lista de cosas que le va a aceptar al gobierno, el tipo de intervención que el gobierno pueda hacer, se justifica si es o no un medio para preservar e incentivar y consolidar el fin, que es la libertad económica.

El rol del gobierno es, además de proteger al mercado, hacer algo que el mercado no puede hacer por sí mismo. En primer lugar, determinar, arbitrar e implementar las reglas de juego. Pero, por supuesto, esto va mucho más allá, porque él va a agregar que las únicas funciones del Estado que vamos a aceptar, además de esta, son aquellas que no podrían ser derivadas al mercado porque al mercado no le interesaría ocuparse de estas cosas, por no ser ventajosas comercialmente.

No debe confundirse liberalismo con anarquismo. El liberalismo acepta la necesidad de un gobierno y de un gobierno que tiene que manejarse fuertemente, en especial en la defensa de la libertad de mercado. Y además, debe manejarse férreamente en cumplir estos roles que la actividad privada no tiene interés de cumplir. Cuando recorremos la lista de las funciones de las que el gobierno podría ocuparse y de las que debería abstenerse, nos damos cuenta de que Friedman fue más allá que todos los autores que hemos estado discutiendo. Por razones de brevedad

resumiremos la lista de las actividades que Friedman cita, de las que el gobierno debería abstenerse:

- a) Establecer un salario mínimo.
- b) Involucrarse en todo plan de obra pública.
- c) Establecer políticas tarifarias o de impuestos a las importaciones y, a su vez, establecer restricciones a las exportaciones.
- d) Intervenir en cualquier tipo de actividad regulativa de las industrias.
- e) Proponer, planear y/o implementar cualquier programa de seguridad social.
- f) Establecer cualquier tipo de control en la radio y la televisión.
- g) Establecer cualquier mecanismo de control en la renta y en los precios.
- h) Proponer la existencia de parques nacionales. Deben ser dados a la explotación privada.

Como vemos, el mentado liberalismo es también fuertemente coercitivo-prohibitivo.

3.1.2. Contra el salario mínimo, las obras públicas y la seguridad social

¿Por qué dice Friedman que está en contra de la financiación por parte del Estado de las obras públicas? ¿Por qué el Estado no debe fijar salario mínimo? ¿Por qué el Estado no se debe ocupar de la seguridad social?

En contra de la financiación estatal de las obras públicas dice que ello involucra usualmente la destrucción de edificios ya existentes, a la vez que estas nuevas construcciones públicas usualmente son centros de concentración del crimen juvenil. Es mucho mejor que el gobierno, a través de un sistema muy especial les de dinero a los que necesitan vivienda, en lugar de darles la vivienda.

A la primera argumentación contestémosle con la historia de la Argentina. ¿Por qué involucra la destrucción de edificios? Puede que no, puede que se construyan en terrenos que son fiscales o terrenos que el Estado compra para levantar los edificios públicos. Por supuesto que hay

problemas y en ciertos casos eso favorece transacciones por debajo de la mesa, crimen juvenil, etcétera. Pero le preguntamos a Friedman: en esos lugares, ¿la construcción pública incrementa y/o crea el crimen juvenil? ¿Cuándo había más crimen juvenil? ¿Antes de las construcciones o después? La respuesta no es necesariamente la de Friedman. Lo interesante a preguntarse es si disminuye el crimen juvenil o no. Además, ¿necesaria y generalmente implica la destrucción de edificios? ¿Necesaria y generalmente incrementa el crimen? Estas preguntas que una breve y superficial lectura de Friedman invita a realizar, directamente no son abordadas por él.

La segunda propuesta es contra la fijación por parte del Estado del salario mínimo. La razón principal de Friedman es: porque incrementa los despidos. Se le puede decir que ello ocurriría si la política económica implementada es la neoliberal. Pero si el gobierno procede sagazmente y a una política de salario mínimo la protege con una política contra los despidos indiscriminados, la conclusión de Friedman no se sigue. Usar como argumento central que el salario mínimo incrementa los despidos no es conclusivo. En todo el argumento se está presuponiendo que esa política es implementada en un ámbito donde el gobierno no hace nada más para evitar las consecuencias que eso podría traer. Es decir, no le concede Friedman al gobierno lo que le concede mágicamente al mercado: la posibilidad de la corrección de las consecuencias involuntarias.

Y finalmente, debemos decir algo acerca de su argumento contra la seguridad social. Este es más delicado. El sistema, según Friedman, tal como está ahora en USA, es injusto con la gente que entra cuando es joven. La persona que empieza cuando joven y termina a los 70 contribuye 40 años al sistema, por ejemplo. Otro, que empezó 20 años después que él, pero aguantó hasta los 75, cobra aproximadamente lo mismo. Además, el sistema es obligatorio y público. Al ser obligatorio es coercitivo. Se impone a la gente la obligación de contribuir. Friedman propone que, en cambio, al que quiere, que le descuenten y al que no quiere, que no se le haga descuento alguno.

Además, según Friedman, el sistema es injusto porque a todo el mundo se le carga algo económicamente para el beneficio de algunos pocos. Pero cabría preguntarse cuántos son esos pocos, y quiénes son. Subyace a todo el argumento una actitud ética fuertemente utilitarista que, entre otros problemas, deja de lado el respeto a derechos individuales innegociables.

3.2. El principio liberal de distribución

El principio fundamental es para Friedman el siguiente: “A cada individuo de acuerdo a lo que él —y los instrumentos que posee— produce”. Este es el célebre apotegma de distribución del capitalismo liberal, a cada uno de acuerdo a lo producido. Él afirma que este principio es consistente con el principio de la igualdad de trato —Hayek otra vez—. O sea, debe haber un trato desigual —tratar desigualmente a los desiguales, dice Friedman— para aquellos que invierten su tiempo trabajando o produciendo algo y para aquellos que invierten su tiempo tomando baños de sol.

Friedman, como Hayek, reconoce que hay desigualdades y que son generadas por el sistema. Lo cual no es igual a decir que el mismo es injusto. Estas desigualdades, según ellos, no implican injusticia. Toda sociedad, dice Friedman, debe tener un núcleo básico de juicios de valor aceptados como absoluto. En ningún momento apela al argumento spenceriano-social de Hayek, sino que directamente apela a que son recibidos, están ahí, son dados. El ingreso de acuerdo al producto es uno de esos juicios de valor que deben pertenecer al núcleo básico.

Friedman afirma que hay dos tipos de desigualdad, una que llama ‘a corto plazo’, que es la típica de una sociedad con un alto grado de movilidad social, y la desigualdad ‘a largo plazo’, típica de las sociedades estables. Las desigualdades son ineludibles, inevitables, pero entre las desigualdades a corto plazo y a largo plazo, las mejores son las desigualdades a corto plazo. Y esas son propias del mercado, porque el mercado siempre puede corregirse a sí mismo y, además, la desigualdad es el motor del ascenso social. Impulsa a la gente a movilizarse, a mejorar. Y es

a través de esto que la sociedad como un todo mejora, aunque siempre permanecen las desigualdades de casos específicos.

Esta es la premisa para afirmar que el capitalismo competitivo conduce a menos desigualdad que cualquier sistema alternativo en el que no hay total libertad de mercado. Esto es así, termina el argumento, porque el capitalismo competitivo tiende a sustituir la desigualdad a largo plazo y en su lugar coloca desigualdades a corto plazo. Nuevamente, la premisa oculta es: las desigualdades son inevitables. Desigualdades hay y va a haber siempre. Friedman agrega que para combatir las desigualdades, la sociedad con desigualdades a corto plazo provee amplísimas oportunidades educacionales para mejorar su situación. Es el típico argumento liberal del rol de la educación como base para el ascenso social, argumento que dicho así suena bien, pero que meditado hasta sus últimas consecuencias es un argumento muy criticable.

3.2.1. El no a la redistribución de ingresos vía impuestos progresivos

Sin embargo, podría pensarse en la sociedad capitalista una política por intermedio de impuestos de redistribución del ingreso. Friedman rechaza este tipo de propuesta. Es una rotunda negativa a lo que él llama una política de impuesto graduado, o sea, impuesto que va graduando la contribución según el ingreso. ¿Por qué toda la carga a cierta gente? ¿Por qué no distribuir la carga en distintos estratos de la sociedad? Para Friedman, eso es obligatorio, coercitivo; en segundo lugar, no se puede pedir más contribución a aquellos que arriesgan más, a aquellos que movilizan el aparato productivo. ¡Cuántas veces hemos escuchado esto! Si imponemos una fuerte política de impuestos al propietario de las industrias, su interés en competir va a disminuir. Se va a ir a producir a un país con menos impuestos. El argumento es, otra vez, éticamente indefensible si no se postula, como Friedman hace, la inexistencia de una ética más allá de la ética del mercado. Pero este es quizás su supuesto dogmático menos aceptable.

3.2.2. *Aliviando la pobreza*

Aliviar la pobreza es, según Friedman, una obligación, pero debe alcanzarse solo a través del mercado sin distorsionarlo. Se le puede preguntar: si el mercado es el que genera las desigualdades, ¿no es el mercado el que genera la pobreza? Él nunca va a reconocer una cosa así. Va a reconocer las desigualdades, pero no que el mercado genera el 30% de desocupados en Argentina. Va a reconocer que el mercado divide la sociedad en ricos y pobres, en clases, pero jamás que genera el 30% de la pobreza. Para eso tuvo que haber habido una 'distorsión'. La estrategia de Friedman es típica de los autores neoliberales: siempre se utiliza una hipótesis ad hoc de que el mercado no es la causa del problema. En un libro sobre la crisis del '29, Friedman da argumentos históricos detallados para explicar que dicha crisis fue generada por intervenciones estatales norteamericanas en el mercado de valores los cinco años anteriores. Es decir que no fue el propio mercado, sino que fue una distorsión del mercado generada en la administración norteamericana. Esto es muy importante, porque el argumento que siempre se usa acerca de una política exacerbada de libre mercado es que esta política, por ejemplo, puede llevar a crisis. Y se cita la crisis del '29. Ahora podemos hablar de crisis del 2008, etcétera, pero el macro ejemplo es la del '29. Siempre las razones del neoliberal son: hubo una interferencia en el mercado o no hubo suficiente libre mercado, que fue la respuesta de Alsogaray cuando lo echaron como ministro de economía en Argentina después del '63: "no me dejaron hacer, no pude implementar todas las medidas".

Todo esto es un atentado contra una sana metodología para la ciencia, o, más precisamente, contra la buena ciencia, que no es consistente con las reiteradas genuflexiones de Friedman a la 'ciencia positiva', la que, a su vez, poco tiene que ver, como veremos, con la buena ciencia.

3.2.3. *Contra el welfarismo*

Friedman nos dice que "el liberalismo está hoy [en 1966] a la defensiva" pues está escribiendo en plena época de Lyndon Johnson, el último

gran remezón de la economía de bienestar, y por ende sus propuestas no son bienvenidas. Evidentemente, en 1967 estaba a la defensiva esta propuesta económica de corte conservador, como es la neoliberal.

Friedman se pregunta: ¿por qué la gente sigue votando de manera consuetudinaria a partidos que favorecen a Estados fuertes? En el '66 era una pregunta obvia. Y Hayek no se hubiera animado a la respuesta que dio Friedman, porque Hayek no le reconoce nada al Estado fuerte. En cambio, Friedman dice: porque sus efectos, en la corrección de desviaciones, desigualdades, etcétera, se ven rápido. Esto es consistente con la diferencia que hacía antes de desigualdades a corto y a largo plazo. Una política estatista puede aparecer como resolviendo las desigualdades a corto plazo, en cambio nosotros, dice, con efectos que no se van a ver a corto plazo tenemos políticas que van a mostrar sus efectos a largo plazo.

Esto es otra vez remitir el problema *ad infinitum*. La pregunta que se le puede hacer es: ¿cuál es el largo plazo?, porque cuando él implementa una política que fracasa y yo le digo que fracasó, él dice: hasta ahora, este es un plazo muy corto. ¿Pero cómo un plazo muy corto? Hace cuatro años que esta política está y no funciona bien. Y él dice: Ah, bueno, esperemos. Si yo le digo a la gente del equipo económico de Argentina, ¡10 años, señores!, ¡y vamos de mal en peor!, la respuesta será démosle tiempo al tiempo. Esta diferencia de corto y mediano plazo legitima todo. Nunca el corto plazo es lo suficientemente largo como para poder decir: ha quedado refutado. Por eso, como vamos a decir más adelante, todos aquellos que con Popper abogan por el falsacionismo, en última instancia no son ni falsacionistas instantáneos —a los cuales Lakatos ya denunció—, ni falsacionistas sofisticados —como quería ser Lakatos—. ¹³

3.3. Economía positiva y economía normativa

Friedman distingue entre 'economía normativa' y 'economía positiva'. ¹⁴ Seremos muy escépticos respecto de esta distinción. Lo que

¹³ I. Lakatos (1989).

¹⁴ Véase Friedman (1968).

vamos a defender en este texto es que no hay tal economía positiva si consideramos cómo Friedman caracteriza y describe a la economía que él propugna. Toda economía es, en última instancia, normativa, en especial porque toda economía, propuesta económica, política económica y en esencia toda teoría económica, presuponen un marco normativo. A este marco lo vamos a sistematizar más adelante, pero vinimos considerando, capítulo a capítulo, sus elementos. Por ejemplo, en la economía hayekiana el marco normativo está compuesto por los supuestos ontológicos, epistemológicos y éticos que fuimos describiendo.

La economía positiva es la que pretende describir la actualidad económica en el mercado, o sea, que describe, explica y predice lo que sucede sin pretender prescribir acerca de cómo debería ser. La economía normativa es la que fundamentalmente pretende prescribir, la que discute cómo debería ser un marco económico para alcanzar un objetivo, que va a variar según la situación. Por supuesto, si pensamos en el enamoramiento y la continua fluctuación de ese enamoramiento de los economistas liberales respecto de las ciencias naturales y el método de las ciencias naturales uno entiende por qué para ellos, los neoliberales, hacer real ciencia económica es hacer economía positiva. No tiene sentido hablar de una física normativa o de una biología normativa. No se trata de prescribir cómo el mundo de los astros, etcétera, debería ser. Lo que importa es cómo es.

De ahí que toda verdadera ciencia, dicen ellos, teniendo presente el modelo de las ciencias naturales, es y debe ser positiva. Por eso Friedman va a decir: esta es la real ciencia económica, la ciencia económica positiva. Entonces lo que él va a discutir es la metodología para una ciencia económica positiva. Para la ciencia económica que pretenda describir, explicar y predecir lo que sucede en las acciones de los agentes individuales en el mercado; más que acciones, transacciones. Entonces ahí va a tener sentido hablar de leyes económicas que describan regularidades de comportamiento en el mercado, que a su vez permitan explicar hechos económicos en el mercado y predecir supuestamente qué es lo que va a suceder en el mercado.

Autores como Blaug han afirmado que “no es que muchos economistas lean a Popper. En lugar de ello, leen a Friedman, pero Friedman es simplemente Popper con un giro aplicado a la economía”.¹⁵ Hay toda una tendencia a aceptar que para que la economía sea una ciencia tendríamos que seguir a Popper, es decir, tendríamos que seguir el consejo de presentarla como un sistema hipotético-deductivo, con consecuencias testeables en el mundo empírico, y tendríamos además que ser fieles a aquello de que cuando las consecuencias no coinciden con los hechos hay que revisar la teoría económica o abandonarla –consejo que nadie sigue, por supuesto–.

No estoy de acuerdo con Blaug. Ello haría a Friedman mejor de lo que es, metodológicamente hablando. Y si bien tenemos fuertes desacuerdos con Popper, ello no implica dejar de reconocer que él ha presentado una de las propuestas epistemológicas y metodológicas más importantes de este siglo, montada sobre principios claros, generalmente consistentes, y desarrollada con una sistematización y claridad envidiables.

En relación con lo que Friedman llama su metodología de la economía positiva, nuestra opinión es muy diferente y mucho menos positiva que la que tenemos acerca de Popper. Lo que Friedman ha producido en el plano metodológico no es más que –para decirlo de forma benévola– una ensalada mal aderezada de ingredientes que, al combinarlos, no pueden saber muy bien. Una ensalada entre un instrumentalismo de corte positivista –Popper fue un crítico consecuente del instrumentalismo en los últimos cincuenta años– y una suerte de falsacionismo ingenuo, que tiene remedos de Popper. Si somos instrumentalistas, no podemos ser popperianos.

Los neopositivistas, Carnap por ejemplo, hablaban aproximadamente como sigue: si yo tengo hipótesis y de sus consecuencias se siguen consecuencias observacionales y estas son positivas, otorgan cierto grado de confirmación a la hipótesis, que es medida por la probabilidad condicional de que esa hipótesis sea verdadera de acuerdo con esa evidencia observacional. Si hay contraejemplos, decía Carnap, ya no puedo decir

¹⁵ M. Blaug (1978, p. 714).

que la hipótesis queda confirmada. Es decir, Carnap sabía y los positivistas también que los ejemplos negativos eran importantísimos y que desbancaban el grado de confirmación que la hipótesis tenía hasta ese momento. Para los positivistas, a los que criticó Popper, los ejemplos falsos eran relevantes y eran el primer ingrediente importantísimo para hacer a la hipótesis sospechosa a la corta, y abandonable a la larga, si se repetían los contraejemplos.

De ahí que una pregunta interesante sea: ¿qué diferencia hay entre el falsacionismo de Popper y el de sus predecesores que también asignaban un rol decisivo a los ejemplos falsos? Ser falsacionista popperiano es mucho más que asignarle un rol refutativo a los ejemplos falsos. Es testear con el propósito de falsar; es buscar ex-profeso contraejemplos. La ensalada mal aderezada de Friedman consiste en una indecisión trágica entre un instrumentalismo obvio en ciertos párrafos y una inclinación a un falsacionismo que pareciera ser popperiano, pero que no lo es, porque en Friedman no hay atisbo alguno de testear con el propósito de refutar. Por el contrario, como discutiremos en el capítulo iv, en Friedman, como en la mayoría de los economistas neoliberales, hay una obvia tendencia a mantener las hipótesis extendiendo el dominio de ciertos supuestos.

Dicho de otra manera, en la terminología usual, la metodología de Friedman es inubicable dentro de las distintas corrientes epistemológicas. No es Friedman, en sentido estricto, un positivista ni un popperiano. De acuerdo con Friedman, la tarea de la economía positiva es darnos un conjunto de generalizaciones que nos permitan hacer predicciones correctas. Es decir que una teoría económica así concebida ha de ser juzgada por el alcance, precisión y acuerdo de tales predicciones con la experiencia. Hasta aquí, Friedman no suena como popperiano sino como neopositivista. Por ejemplo, en un tono muy en consonancia con el Círculo de Viena, sostiene que una teoría es una combinación compleja de dos elementos: un lenguaje, cuya tarea es sistematizadora y organizadora del discurso, y un conjunto de hipótesis. Estas últimas solo han de ser juzgadas a través de las predicciones empíricas.

Ello suena como un caso extremo de empirismo e instrumentalismo. Por una parte, Friedman cree que el único test a que debe ser sometida una teoría económica es el del testeo empírico. “Solo la evidencia empírica puede mostrarnos si ella [una hipótesis] es ‘correcta’ o ‘errónea’ o ‘tentativamente aceptada’ o ‘rechazada’”.¹⁶ El test de la ciencia es exclusivamente empírico. Buena lógica más comparación bien hecha con el mundo empírico bastan para decidir si una hipótesis debe ser aceptada o rechazada. No hay lugar en él, como sí lo hay en Popper, para la comparación crítica entre teorías. El test de una teoría, dice Popper, es siempre un test comparativo, que no es solo un test comparativo con el mundo empírico. Es un test comparativo con otras teorías de las cuales se dispone. Esto es inaceptable para un neoliberal como Friedman porque, según él, no hay alternativa. No se puede legitimar la viabilidad de alternativas contemplables aceptándolas ya en el testeo empírico.

3.3.1. El empirismo con supuestos a priori de Friedman

Friedman, en su propio trabajo, acepta apriorísticamente una serie de supuestos como si ellos pudieran ser susceptibles de ser testeados empíricamente. Si ello fuera posible, estos supuestos resultarían obviamente falsos por consistir en idealizaciones, o, como él mismo dice, por tratarse de “hipótesis propuestas para abstraer rasgos esenciales de la realidad”.¹⁷

Entre ellas nos encontramos con la hipótesis de la maximización de la ganancia, o la hipótesis de la existencia de condiciones de equilibrio. Ninguna de ellas es observable. Friedman nos responde, acerca de estas hipótesis substantivas, que solo han de ser aceptadas exclusivamente – léase confirmadas al estilo neopositivistas no popperiano– mediante las predicciones empíricas que se obtengan de ellas. Ellas solo han de ser sustituibles por nuevas idealizaciones, es decir, jamás se va a dar un caso teórico en la economía ‘a la Friedman’, en el cual yo pueda prescindir totalmente de estos supuestos idealizadores. A lo sumo, lo que las predicciones me van a permitir hacer es mostrar la conveniencia

¹⁶ M. Friedman (1968, p. 512).

¹⁷ *Ibid.*, p. 511.

de reemplazarla por otras idealizaciones. Él da por sentado que estos supuestos apriorísticos se testean empíricamente a través de sus predicciones 'como si' fueran otras hipótesis empíricas más, pero, como mostraremos en el capítulo v, no se abandonan necesariamente según tal testeo empírico a través de sus predicciones. De nuevo, esto no suena fiel a Popper.

Por lo tanto debemos preguntarnos por qué Blaug, como algunos otros, sostiene lo contrario. La razón radica en ciertos textos de Friedman en los que la mera apariencia invita a relacionarlos con el falsacionismo de Popper, si se toman dichos textos independientemente del contexto y de otras afirmaciones sobre el testeo empírico. Un texto paradigmático, al respecto, es el que sigue: "La hipótesis se rechaza si sus predicciones son contradichas... se confía en ella si ha superado muchas oportunidades de contradicción. La evidencia real nunca puede probar una hipótesis; solamente puede fracasar en rechazarla".¹⁸ Esta última parte es casi popperiana en apariencia. Es la célebre tesis de Popper de la asimetría entre verificación y falsación. Jamás puedo concluir la verdad de una hipótesis; sí puedo concluir la falsedad.

Pero esto no basta para hacer de Friedman un cuasi-popperiano. Si fuera así, todo el neopositivismo lo sería. El neopositivismo reconocía que jamás puede concluirse 'probativamente' hipótesis alguna; también reconocía la fuerza de los ejemplos refutativos. Pero el neopositivismo —como Friedman, y a diferencia de Popper— aceptaba argumentos inductivos para fundar la confirmación de hipótesis. ¿Cuál es la manera más fácil de decir que alguien no es popperiano? Mostrando que acepta la inducción. Pero Friedman acepta la inducción. Aquí el principal problema no es Friedman, sino Blaug que lee a Friedman y a Popper muy mal.

Si a ello se agrega el obvio instrumentalismo de Friedman, tendremos un panorama metodológico nada popperiano. ¿Dónde está el instrumentalismo de Friedman? En que los supuestos de la teoría juegan un mero rol instrumental, no tienen contrapartida real en el mundo. Tampoco ello identifica a Friedman con el neopositivismo, porque tal

¹⁸ Ibid., p. 512.

instrumentalismo no está plausiblemente aderezado con la aceptación apriorista de supuestos sustantivos. Un neopositivista jamás aceptaría supuestos sustantivos. Una teoría estaría constituida por hipótesis empíricas y solo hipótesis empíricas. Cuando distinguimos entre hipótesis empíricas y algún otro tipo de hipótesis en la teoría ya abandonamos el positivismo. Y, también, entre otras cosas, dejamos de ser fieles a la postura de Popper.

CAPÍTULO IV

EL DESENMASCARAMIENTO DE LOS PRESUPUESTOS DE LA ECONOMÍA NEOLIBERAL

Sistematizaremos ahora todo lo discutido hasta el momento cristalizándolo en una nueva propuesta: concebir la economía neoliberal, en tanto ciencia, como marco teórico en el que los primeros y fundamentales ingredientes son los presupuestos ontológicos, epistemológicos y éticos hallados en la obra de Hayek y Friedman, y en la que el testeo empírico, si bien pretende respetar las pautas falibilistas popperianas, tendrá las dificultades y limitaciones explicitadas por Hayek y Friedman.

Uno de los problemas centrales de la epistemología es el de la unidad de análisis. Así como en la concepción estándar de la ciencia, la misma está constituida por la noción de teoría científica, en las versiones no estándar, el concepto de teoría es reemplazado por unidades siempre más amplias y multidimensionales –paradigmas, en el caso de Kuhn, programas de investigación, en Lakatos, proliferación sincrónica de teorías, en la propuesta de Feyerabend, etcétera–.¹⁹

Los principales representantes de la versión neoliberal de la economía, tales como Hayek y Friedman, así como su mentor epistemológico Popper, pertenecen, en tal sentido, a la remanida visión heredada o estándar de la ciencia. Para todos ellos, la unidad de análisis es la teoría, concebida como un sistema hipotético-deductivo, cuya aceptación o rechazo responde al criterio de falsación, que supone que las teorías se testean solo a través de sus consecuencias y, por ende, se eligen según

¹⁹ Véase mi discusión de las notas que permiten distinguir entre las concepciones estándar y no estándar de la ciencia en Gómez (1976).

lo que suceda con ellas. Si la teoría tiene consecuencias falsas como resultado de un testeo riguroso o severo de la misma, dicha teoría debe considerarse falsada.

Sin embargo, cuando leemos a Hayek, sobre todo, nos encontramos con la aceptación explícita de que la concepción llamada neoliberal de la economía está basada en una serie de supuestos ontológicos, epistemológicos y éticos, en los cuales se asienta la teoría económica neoliberal propiamente dicha. Ello sucede de modo tan obvio y extremo que Hayek, por ejemplo, afirma que sin la ética presupuesta el mercado no podría funcionar. Popper, a su vez, reconoce que sin ciertos supuestos epistemológicos, como el Principio de Racionalidad, el método por él propuesto para las ciencias sociales en general, y para la economía en particular, no podría operar. Sin embargo, todos estos autores dejan dichos supuestos fuera de la unidad de análisis, por lo que el economista, así como el lector de lo que los economistas hacen y escriben, entienden que con lo que están operando es solo con la teoría.

Nosotros proponemos, en cambio, que la unidad de análisis de la economía neoliberal, tal como aparece en dichos autores, es la de 'marco teórico' cuyo componente fundamental es lo que llamaremos 'marco normativo', el cual constituye-determina el dominio a estudiar por el segundo componente del marco teórico, lo que los economistas llaman 'modelo teórico', 'modelo formal' o 'teoría' propiamente dicha. El modelo teórico se pone a prueba en el mundo de la acción económico-política, y las decisiones acerca de su aceptación o rechazo no siguen, en la práctica científico-económica, exactamente las pautas falsacionistas.

Por lo tanto, vamos a desarrollar el marco normativo y su relación con el marco teórico de la propuesta neoliberal. También vamos a discutir cómo se lleva a cabo el testeo de ese marco teórico y, a su vez, cuándo se considera que un resultado económico es bueno o malo, en especial en su relación con su valor respecto del marco teórico. No tenemos ningún fundamento para afirmar que nuestra propuesta pueda funcionar para otras ciencias. No pretende ser un modelo general, al menos en este momento, por una razón obvia: no hemos estudiado la posibilidad de

generalizar lo que afirmamos aquí sobre la teoría económica neoliberal. Tampoco sabemos si funciona, por ejemplo, para la economía keynesiana, o incluso para la economía política marxista. En este último caso no tenemos duda de que habría que hacer, tanto en el marco normativo como en el modelo teórico, algunas modificaciones sustanciales.

4. El marco normativo

Tal como anticipamos, el marco normativo es el primer componente del marco teórico. El mismo está constituido por los supuestos ontológicos, epistemológicos y éticos que la concepción neoliberal de la economía asume.

4.1. Supuestos ontológicos

Entre ellos citaremos, en una breve sistematización, los siguientes:

1. La sociedad es un agregado de agentes individuales cuyas características, gustos y preferencias son exteriores y previas a la sociedad misma –este es el supuesto del mero carácter atomístico de los componentes de la sociedad y de la naturaleza meramente aditiva de la misma–. Esta afirmación subyace, a nivel ontológico, a la tesis epistemológica del individualismo metodológico.
2. El mercado es el orden óptimo de correlación de las actividades de los agentes individuales en la sociedad.
3. La sociedad de mercado es resultado de un largo proceso histórico de selección –supuesto de darwinismo social para la sociedad de mercado–.
4. Los agentes individuales eligen lo que consumen en términos de órdenes objetivos de preferencia que son independientes de la actividad económica de dichos agentes –supuesto de consumo–.
5. Los seres humanos tienen la habilidad de transformar los elementos de la naturaleza mediante el trabajo para así producir bienes que satisfacen sus necesidades –supuesto de producción–.

6. Todo *output* en forma de bienes y servicios requiere *inputs* de la naturaleza, y como la totalidad de recursos naturales es finita, el *output* también lo es. Esto, junto con el supuesto ético de la insaciabilidad de los agentes individuales a citar posteriormente, implica que el *output* será siempre limitado –supuesto de escasez–.
7. Habrá siempre una tensión insuperable entre deseos y oferta limitada, lo que implica la inevitabilidad de la competencia –supuesto de competitividad que se sigue obviamente del anterior–.
8. Hay una distinción tajante entre hechos y valores.
9. Estos supuestos generan una serie de consecuencias cruciales: determinan en última instancia la caracterización de lo que es la economía como ciencia. Los neoclásicos y sus descendientes neoliberales definen a la economía como la ciencia de la elección bajo condiciones de escasez e incerteza.

Si leyéramos otras definiciones de economía, resultaría obvio que presuponen otros supuestos ontológicos, epistemológicos, etcétera, en especial ontológicos, o sea, presupuestos acerca del orden que estudiamos, acerca de cómo somos nosotros y de cómo procedemos con ese orden. Escuchemos a Keynes: la economía es el estudio de cómo lograr pleno empleo y estabilidad macroeconómica. Otro ejemplo: la economía en Marx es el estudio de quién produce el surplus social, quién lo reclama y cómo se distribuye en la sociedad.

Cuando pasemos al Cuadro-Esquema quedará explicitado gráficamente el hecho de que el mundo del que hablan y estudian los economistas no es independiente de los supuestos, sino que está constituido por ellos.

4.1.2. *Supuestos epistemológicos*

Nos interesa mencionar a los siguientes:

1) No somos seres omniscientes –supuesto de la no omnisciencia–. En este supuesto basan, por ejemplo, Popper y Hayek, la imposibilidad de la planificación total, la irrealizabilidad de una distribución justa más allá de los resultados del mercado, la no necesidad e inconveniencia para inquirir por las razones de las preferencias, etcétera.

2) Elegir, decidir y actuar de modo racional significa maximizar el logro de nuestros objetivos –supuesto de la reducción de racionalidad humana a racionalidad instrumental, es decir, a la mera racionalidad medios-fines–. Tal reducción tiene una consecuencia devastadora: la elección y decisión acerca de los fines u objetivos deviene pre-racional, tal como Popper lo reconoce, por lo que los fines últimos de un grupo social se aceptan por tradición, tal como todos los autores citados manifiestan –ergo, la discusión crítica se detiene cuando deviene ardua, profunda y relevante–.

3) Los seres humanos, en sus transacciones en el mercado, actúan racionalmente, y como el máximo objetivo es la ganancia, actúan tratando de maximizarla –supuesto de la racionalidad del mercado–. Esto trae como consecuencia que toda interferencia con dicho mercado o todo intento de alterarlo radicalmente resulta irracional; estamos en presencia de una de las legitimaciones más obvias y discutibles de la necesidad de aceptar y mantener el orden del mercado –no en vano, los neoliberales no solo son conservadores sino que han construido el andamiaje teórico para justificar tal conservadorismo–.

4) Cuando elegimos los medios para alcanzar nuestros objetivos, en tanto agentes racionales, lo hacemos eficientemente –supuesto de eficiencia, que es, en verdad, un corolario de los dos últimos supuestos–.

5) Un resultado económico es eficiente si nadie puede estar mejor, sin que algún otro este peor –supuesto de optimalidad de Pareto–.

6) Elegir, decidir y actuar racionalmente en el mercado, es elegir, decidir y actuar de acuerdo a ‘cómo’ elegimos y no a ‘qué’ elegimos; y

elegimos, decidimos y actuamos de acuerdo con el orden objetivo de nuestras preferencias.²⁰

²⁰ Hay una serie de problemas técnicos para medir la utilidad. Podemos, según la visión neoclásica y neoliberal, establecer, en principio, el orden objetivo de preferencias de un individuo, pero no existe modo confiable de establecer comparaciones de utilidad interpersonales porque los niveles de deseo son subjetivos —no podríamos establecer cuánta más utilidad obtendría un consumidor de un bien dado que otro consumidor del mismo bien. Tampoco podemos medir confiablemente las diferencias de utilidad para un mismo individuo; por ejemplo, enunciados “logro tres unidades más de utilidad de una pera que de un durazno” no son informativos ni confiables. Por lo tanto, no puede utilizarse la fórmula del utilitarismo de Bentham (1776), que consideraba un resultado como el mejor para toda la sociedad si daba la suma mayor de utilidad de todos los miembros de la sociedad —porque esto supone que se puede medir la utilidad para cada individuo—. Por tanto, el máximo de utilidad total no puede usarse como criterio normativo. En su lugar, se adoptó el criterio de Pareto: un resultado A es Pareto-superior que un resultado B, si al menos un individuo en la sociedad prefiere A a B, mientras ninguno prefiere B a A”. Y, un resultado para el cual no hay otro resultado que fuera Pareto-superior, es llamado ‘Pareto-optimum’. Sin embargo, esta supuesta solución es irrelevante porque las preferencias de la gente no se alinean de forma recta. Algunos prefieren un resultado —construir una plaza en un terreno baldío— mientras que otros prefieren otro resultado —construir un supermercado en dicho terreno—, y de acuerdo al criterio de Pareto, no podemos saber cuál es el mejor resultado económico. La solución más simple a tal problema, y la más usada, es aplicar el criterio Kaldor-Hicks (1939): un resultado A es Pareto-superior a un resultado B si aquellos que quedan mejor en la situación A pueden compensar a aquellos que estarían mejor en la situación B, y aún tendrían beneficio neto. Este criterio favorece siempre los resultados que involucran mayor cantidad a distribuir, aunque algunos miembros de la sociedad reciban menos que en otra situación en la que habría menos para distribuir. Además, el criterio enfatiza la distribución potencial y no la actual; el ganador ‘puede’ compensar al perdedor —esto no significa que esté conminado a hacerlo—. Todo esto es, pues, éticamente neutro e inofensivo respecto de la obligatoriedad de tratar las desigualdades. Toda esta parafernalia terminológica es métricamente insuficiente, porque hace de la economía neoclásica y neoliberal ambivalente respecto de problemas elementales sobre desigualdad. Si se decidiese repartir medio millón de pesos de un rico para inocular niños pobres y mejorar su salud, la sociedad estaría mejor en esta situación que si no se hiciera tal reparto; pero, de acuerdo a la misma teoría neoclásica el millonario sufriría un daño, una pérdida de utilidad. No hay modo de comparar mediante métrica alguna, de acuerdo a todo el andamiaje teórico neoclásico adoptado por

7) Toda elección, decisión y acción es explicable en términos de argumentos regidos por las reglas de la lógica formal –supuesto de la reducción de racionalidad a logicalidad–. Tal supuesto contribuye en nuestros autores a su defensa de la tesis de la neutralidad valorativa de la economía, en tanto para elegir, decidir y actuar no se necesita apelar, en el contexto de justificación, a valores no-cognitivos, pues todo lo logra la correcta utilización de las pautas lógico-formales en aras de lograr objetivos epistémicos como la verdad, capacidad predictiva, consistencia, etcétera.

8) En consecuencia, no son exploradas –ni se requiere hacerlo– las razones de cualquier elección racional. Esto también es consistente con la no necesidad de apelar a valores para explicar tales razones y, por ende, es consistente con la defensa de la supuesta neutralidad valorativa de la ciencia económica. Esto conviene explicitarlo claramente como el último supuesto epistemológico a sintetizar.

9) Toda ciencia, y en consecuencia la economía, es valorativamente neutra. Esto, en la terminología de Milton Friedman, significa que la economía, en tanto ciencia, es economía positiva.

4.1.3. Supuestos éticos

Estos son muy importantes, pues son usualmente aquellos que los científicos y epistemólogos niegan que cumplan algún rol en la ciencia misma. En el caso de la economía neoliberal nos limitaremos a mencionar los siguientes:

1) El ser humano ha devenido egoísta a través de un largo proceso histórico-social de selección. Lo lamentable, para nosotros, es que, en tanto supuesto, el mismo está, para los neoliberales, más allá de toda discusión. Tal supuesto y su insuperabilidad porque ha devenido parte

el neoliberalismo, la pérdida de utilidad por parte del millonario con la utilidad ganada por aquellos que serían inoculados. En un desastre ético y político, en la práctica real todo queda a gusto del que tiene más poder... En las cuestiones más vitales, desde el punto de vista social, el supuesto rigor científico desaparece y es reemplazado por el voluntarismo o por la barbarie.

del orden natural debido a que está legitimado spencerianamente, separa al neoliberalismo de toda propuesta cristiana rigurosa en el ámbito económico, social y político.

2) El ser humano es insaciable en relación con la satisfacción de sus objetivos –deseos, necesidades, etcétera–.

3) La libertad es el valor al cual se subordinan todos los otros valores.

4) Tal libertad es básicamente libertad en sentido negativo, o sea, independencia de toda coerción e interferencia, y tiene su cristalización jurídica en la libertad formal ante la ley.

5) El mercado es el locus por excelencia de la libertad humana. En consecuencia, toda interferencia en el mercado es interferir con la libertad humana.

6) Tal como Friedman afirmó de forma explícita, la libertad económica es condición necesaria pero no suficiente de la libertad política. Esto lo comprobaron los sufrientes ciudadanos latinoamericanos que padecieron las dictaduras militares con asesoría económica neoliberal en el último cuarto del siglo xx.

7) A cada uno de acuerdo a su contribución. Este es quizás el supuesto ético que distingue de modo más tajante al neoliberalismo de toda propuesta económico-política socialista seria.

8) La eficiencia, como criterio de elección racional, nada tiene que ver con el carácter igualitario del resultado de dicha acción.

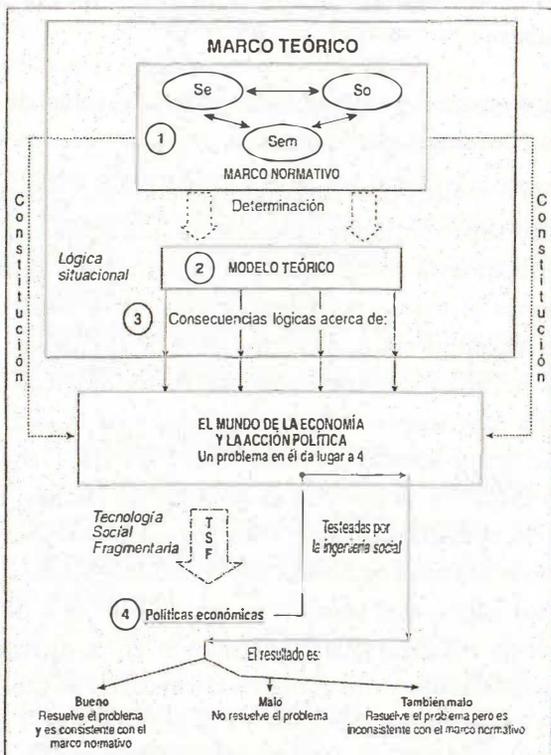
9) Por lo tanto, toda cuestión de igualdad y justicia social queda fuera del ámbito de la ciencia económica, y nada tiene que ver con la evaluación de la conducta del mercado y sus resultados. Luego, el mercado está más allá del bien y del mal, y no es responsable –en verdad, para el neoliberalismo, nadie lo es– por aquellos que se perjudican por los resultados del mismo. Más precisamente: el mercado y su ética están más allá de todo juicio moral.

10) “Si el fin no justifica los medios, qué los justifica” (M. Friedman, 1967). Si el fin es la libertad de mercado, y aceptamos este supuesto éticamente lamentable de Friedman, Popper (1962) estaría justificado cuando afirma que no debe haber “ninguna libertad para los enemigos

de la libertad". Los torturadores latinoamericanos, sin conocerlo, le tomaron la palabra.

4.2. El cuadro-esquema representativo de la unidad de análisis de la ciencia económica neoliberal

La unidad de análisis para la economía neoliberal está representada por el recuadro superior; dicha unidad es lo que llamaremos 'el marco teórico'. El mismo está constituido por dos unidades fundamentales, lo que llamamos el marco normativo y el modelo teórico. El marco normativo está compuesto por los tres tipos de supuestos: los supuestos ontológicos (So), los epistemológicos-metodológicos (Sem), y los éticos (Se). Es muy importante percibir algo que es vital y abre una discusión que se ha llevado a cabo reiteradamente. Debe observarse en el cuadro-esquema la diversidad de tipos de flechas. Hay flechas dobles –por ejemplo las que están entre los distintos tipos de supuestos–, luego hay flechas punteadas, así como hay flechas comunes y, finalmente, hay una con el rótulo TSF, que es otro tipo de flecha. Estamos queriendo enfatizar que las relaciones entre distintos tipos de supuestos, las relaciones entre el marco normativo y el modelo teórico, las relaciones entre el modelo teórico y el mundo que el modelo teórico estudia, y las relaciones que hay entre las conclusiones acerca del modelo teórico y las políticas económicas que se recomiendan, son relaciones de distinto tipo. Es decir, algo que estamos proponiendo es que no hay una única lógica gobernando la diversidad de tales múltiples tipos de relaciones.



4.2.1 Relaciones lógicas estándar y de otro tipo

Las únicas relaciones lógicas de implicación, en el sentido lógico estándar, son las de las flechas que ligan al modelo teórico con el mundo de la economía, porque los economistas las consideran de tal modo. Así, según Friedman, lo que nosotros hacemos es establecer predicciones y en función de ellas aceptamos o no el modelo teórico. Pero las predicciones de las que habla Friedman son consecuencias lógicas que se obtienen de las leyes y propuestas del modelo. Dicho de otra manera: el único momento hipotético-deductivista de todo esto es la pequeña parte que va del modelo teórico al mundo de la economía.

Estamos colocando en un esquema lo que creemos que gente como Hayek, Popper y Friedman dicen. Para nosotros el valor que puede tener el Cuadro-esquema consiste en hasta qué punto capta lo que ellos han dicho. Nosotros no tenemos ninguna duda de que, para los tres, la relación entre la teoría y las consecuencias de la teoría que se refieren al mundo de los hechos, es una relación lógico-deductiva. Las únicas flechas que deben entenderse como inferencias lógicas son esas.

Obsérvese que para nosotros, ocultamente para ellos, hay una relación entre los distintos tipos de supuestos del marco normativo. Lo que estamos queriendo explicitar es que esta relación entre supuestos es una relación que en ciertos casos pareciera decirnos que un supuesto ontológico justifica a uno epistemológico, que en otros casos un supuesto ético da lugar a uno ontológico y así sucesivamente. Es decir, que hay relaciones complejas entre los tres tipos de supuestos. Estamos seguros de que esas relaciones no son totalmente captables por una lógica deductiva. Por ejemplo, no creemos que haya una lógica deductiva capaz de captar las relaciones entre supuestos éticos y supuestos epistemológicos, entre juicios acerca del valor ético, juicios acerca del conocimiento o juicios acerca del mundo como en el caso de los supuestos ontológicos.

Una de las cosas que nos parece que tiene que quedar clara es el conjunto de misterios que todo esto deja abierto, que no son nuestros sino que provienen de los maestros neoliberales, y misterios no resueltos por la filosofía en general.

4.2.2 Marco normativo y variables

Otro aspecto a considerar es que en las leyes económicas las variables que se consideran relevantes están determinadas por alguno de los presupuestos en el marco normativo, porque la elección de dichas variables determina también qué otra variable de las múltiples que uno supone que deben estar interviniendo se deja afuera. Por ejemplo, se dejan afuera las razones por las cuales los agentes tienen determinadas preferencias. La economía no se va a ocupar de esas razones. Cuando observamos las leyes económicas, nos preguntamos qué estamos estu-

diando, o qué le importa al economista en cuestión. En este caso, qué estamos reconociendo que no es relevante. Usualmente esa relación en epistemología entre modelo teórico y lo que se presupone en ese modelo teórico se llama relación de determinación, y es harto discutible si esta relación es lógico deductiva.

4.2.3. *Modelo teórico, lógica situacional y mundo*

Obsérvese que a los costados, en especial a la izquierda, tratamos de ubicar los distintos momentos del método que explícitamente Popper consagra como el método de las ciencias sociales, el momento en el que en función del marco normativo –cosa que Popper jamás va a reconocer–, se construye un modelo teórico. Este modelo teórico es lo que Popper llamó la lógica situacional. La construcción del modelo teórico es, en términos popperianos, el momento en que se construye la lógica situacional, a la cual, posteriormente, han de seguirle, para completar el método popperiano en ciencias sociales, la tecnología social fragmentaria y la ingeniería social.

Del modelo teórico, ahora sí, se infieren lógicamente enunciados que se comparan con el mundo. Tales inferencias están representadas por flechas que van hasta dichos enunciados que se refieren al mundo. Las flechas que separan los dos rectángulos, están ligando enunciados con el mundo de la economía y la acción política.

Pero antes de considerar tal relación, observemos las flechas de los costados. El marco normativo nos dice de qué va a tratar la economía. El marco normativo nos define el tipo de mundo acerca del cual vamos a hablar. ¿Qué hay en el mundo de la economía y la acción política? Agentes individuales actuando de acuerdo con el principio de racionalidad y actuando libremente. ¿Cómo es ese mundo? Un mundo cuya característica fundamental, desde la perspectiva económica neoliberal, es la escasez. Todo ello viene determinado por los supuestos asumidos. Este es el modo en el que leemos lo que Hayek, Friedman y Popper están haciendo, pero no en el modo en que ellos reconocen lo que hacen, porque para ellos el marco normativo no existe. Por eso dicen, entre

otras cosas, que la economía es valorativamente neutra. La principal razón para que, en verdad, no sea valorativamente neutra es que hay un marco normativo constitutivo. Por ejemplo, el supuesto de escasez permea la caracterización de lo que la economía hace. El cuadro-esquema que neoclásicos y neoliberales harían es el cuadro de Popper: modelo teórico y mundo de la acción de los agentes individuales. Todo lo demás quedaría recortado. Las flechas de los costados son flechas que marcan una lectura fuertemente anti-empirista. Un empirista-tipo, y ellos en particular, jamás va a reconocer que el mundo estudiado depende del marco teórico que está utilizando para estudiarlo. En cambio, estas flechas del costado expresan gráficamente que el marco teórico constituye el mundo de los hechos estudiados.

4.2.4. Políticas económicas y testeo en economía

El segundo rectángulo representa el mundo de la economía y de la acción política. Cuando se lee a Popper se tiene la clara sensación de que al testear una propuesta del modelo teórico ello se hace a través de una especie de acción realizada en una institución para ver si esa acción corrige un problema específico en esa institución. Dicho de otra manera, lo que la tecnología social fragmentaria recomienda es una micropolítica en sentido estricto. Se recomienda hacer algo en una determinada institución. Viendo qué pasa en esa institución se decide si se acepta o no la recomendación, y en función de que la recomendación funcione o no se va a establecer si hay que hacer o no modificaciones en el modelo teórico.

Más claro aun: el modelo teórico a la Popper no se testea a través de hechos económicos, hechos en el sentido de que un modelo de física o astronomía se testea a través de hechos que observamos. En ciencias sociales, según Popper, lo que se hace es una recomendación en base a un modelo teórico y a ver qué pasa con esa modificación. El testeo es a través de recomendaciones de acción. El cuadro-esquema hacia abajo es fiel al enfoque popperiano. Aquí surge la cuestión de si se acepta o no lo que se propone en el modelo. Ya vimos que un modelo-formal se correlaciona con el mundo. Ahora tenemos que decidir si aceptamos o

no a tal modelo, en función de esa relación con el mundo. Siguiendo a Popper, lo que estamos preguntando es lo siguiente: ¿a través de qué testeamos una teoría económica? La respuesta de Popper parece ser: la testeamos actuando de acuerdo con recomendaciones. Ello se debe a que la teoría económica, para resolver un problema en el ámbito de la economía y de la política, recomienda cierto tipo de acciones. Ese es el sentido de la tecnología social fragmentaria, recomendar una pauta de acción.

Estrictamente hablando, el testeo en ciencias sociales tiene un matiz no discutido usualmente para las ciencias naturales. Ese matiz adicional es que se testea una teoría económica recomendando ciertas técnicas, lo que significa recomendando ciertas pautas de acción. Se aplican esas pautas de acción y se observa lo que sucede.

Cabe preguntarse si lo recomendado es un buen resultado económico. Este es el momento de la valoración del resultado de la recomendación tecnológica en relación con el problema que se quería solucionar. El testeo se lleva a cabo en el mundo de la acción económico-política. Este es el momento que Popper llama de la ingeniería social. Es el ingeniero social el que aplica en el mundo de la acción política y económica la recomendación de la tecnología social fragmentaria.

4.2.5. El análisis de los resultados

Pueden pasar, entonces, varias cosas, algunas no reconocidas ni por Popper, Hayek, o Friedman. Primero, que las recomendaciones resuelvan el problema y que la solución propuesta sea consistente con el marco normativo. Ese resultado va a considerarse como 'bueno'. En segundo lugar, que no resuelva el problema. A ese resultado se lo va a llamar 'malo'. Pero hay otro caso de resultado malo: que resuelva el problema, pero que el mismo sea inconsistente con el marco normativo; o sea, que en la solución se deslice algo que vaya en contra del marco normativo; por ejemplo, que la solución implique una excesiva interferencia del gobierno, aunque resuelva el problema. Eso no va a ser considerado por el neoliberal que está testeando la teoría, un buen resultado económico. O,

que se introduzca, por ejemplo en el caso de Popper, una modificación *ad hoc*: que se asuma una hipótesis *ad hoc*, cosa que Popper rechaza, pero que los economistas, popperianos o no, son adictos a llevar a cabo. Todo eso que de alguna manera sea inconsistente con el marco normativo, por más que la solución resuelva actualmente el problema, no va a ser considerado como un buen resultado económico. Por lo tanto, el marco normativo determina también, en parte, qué es lo que ha de ser considerado como un buen resultado económico.

Por ende, la flecha hacia el costado derecho abajo está propuesta como un rotundo mentís a aquello de que los supuestos económicos se testean —y se decide abandonarlos o no— a través de las predicciones del sistema. Esto es una manera de hablar, una expresión engañadora de deseos, nada más. En economía neoclásica y en economía neoliberal se ve un juego obvio: si las consecuencias son contrarias a los hechos, se culpa a cualquier cosa menos a los supuestos básicos del modelo. Admitiríamos que alguien nos dijera: los supuestos se aceptan en función de las predicciones, si viéramos que se es fiel a ello; o sea, si las predicciones que se sostienen van en contra de los supuestos, estos se modifican o se abandonan. Pero no acaece nada de ello. Estos supuestos son realmente pre-supuestos. Están más allá del testeo predictivo. Pase lo que pase con el testeo predictivo a los supuestos se los mantiene. La tan mentada falsabilidad de las hipótesis económicas se abandona cuando no hay más remedio, o cuando conviene.

En realidad, los supuestos de un marco normativo, dentro de un marco teórico, se mantienen hasta que se dispone de otro marco teórico, con un marco normativo distinto y que los economistas adoptan —por obvias razones, la discusión de cómo ello se lleva a cabo está más allá de los objetivos de este trabajo—. Pero recordemos que para Hayek, Friedman y Popper no hay, en economía, marco alternativo alguno con probabilidades de éxito, ni mucho menos que sea mejor que el que ellos defienden.

Es falso que los supuestos de la teoría económica neoliberal se testean también por sus predicciones. Esto se ve claro en el hecho

de que cuando las predicciones fracasan, se mantienen los supuestos. Y lo que se hace es el típico juego lakatosiano de agregar hipótesis *ad hoc* para resolver el problema sin tocar los supuestos. Esto es lo que le haría decir a Lakatos que forman parte de un 'núcleo tenaz' que ellos no están dispuestos a abandonar. Pero debe quedar claro que en Lakatos, en el núcleo tenaz que él propone, no hay supuestos éticos, ni el conjunto de supuestos juega rol constitutivo alguno, a diferencia de lo que nosotros llamamos marco normativo.

La tesis sobre testeo vista por la vía negativa es: un buen resultado económico no es meramente un resultado que se sigue de la teoría y se da conforme con los hechos. Eso no basta, porque presupone que hay una total independencia entre hechos y presupuestos valorativos de la teoría, y por lo tanto, niega la interpenetración entre hechos y valores en economía.

4.3. Consecuencias del cuadro-esquema

La primera consecuencia es que ahora podemos ver más claramente cómo el llamado neoliberalismo oculta la carga valorativa de la economía, dejando afuera el marco normativo. En la concepción neoliberal de la economía como ciencia, no hay marco normativo, solo modelo teórico y sus consecuencias en el mundo. Una de las primeras y explícitas afirmaciones de la carga valorativa viene por el reconocimiento de que hay un marco normativo presupuesto.

La segunda consecuencia está relacionada con que ellos asumen el carácter incambiable y más allá de toda discusión del marco normativo. Lo cambiable, para ellos, es el modelo teórico, la teoría propiamente dicha. Pero además de no nombrar el marco normativo, aunque al leerlos ahí está, ese marco normativo queda intocado por todo lo que le pueda pasar a la teoría o modelo-formal. El marco normativo se asume como algo que queda fuera de discusión. El tan mentado método crítico de conjeturas y refutaciones se detiene en donde sería, epistemológicamente hablando, más interesante continuar.

Tercera consecuencia: como el mundo de la economía y de la acción política está constituido y restringido por el marco, tal mundo habla de aquello que el marco normativo permite y, en consecuencia, restringe aquello acerca de lo que se habla. Entonces, por ejemplo, se habla de preferencias, de eficiencia, de utilidad, pero no se habla de igualdad —más allá de la igualdad ante la ley—, de pobreza ni de explotación.

Cuarta consecuencia: hay interpenetración de lo empírico y de lo normativo en (3) y en (4), en el gráfico-esquema. En (3) porque el mundo empírico, que es el segundo rectángulo, va a ser abordado por el marco normativo y el modelo teórico. Lo empírico permite testear el modelo teórico, pero a su vez lo empírico está constituido por el marco normativo, que determina el modelo teórico. Es decir, el modelo teórico se basa en un mundo que está restringido por el marco normativo del cual depende el modelo teórico.

Quinta consecuencia: como el marco normativo influencia lo que ha de ser considerado como un buen resultado económico, influencia qué es lo que ha de ser considerado como una adecuada elección de teoría. ¿Por qué es vital definir qué es un buen resultado económico para poder elegir entre teorías? La respuesta empirista es: porque las teorías se eligen en función de los hechos, en nuestro caso, de los resultados económicos de las teorías. Ahora, si pretendemos dar la respuesta empirista tenemos que hacerlo en total reconocimiento de que esos hechos son hechos permeados por una serie de supuestos. Entonces, un buen resultado económico no es algo independiente de los marcos constitutivos de las teorías entre las cuales elegimos. La consecuencia es obvia: las teorías económicas no se eligen exclusivamente en términos de los hechos.²¹

²¹ Hoy no hay acuerdo siquiera, entre epistemólogos y entre economistas, acerca de cuál es la teoría económica aceptable. Hasta hace poco, estaba de moda entre los economistas preferir la teoría de R. Lucas, opuesta abiertamente a toda intervención estatal. Pero, tal teoría ha tenido más y más problemas de adecuación a los hechos o de éxito acerca de las recomendaciones técnicas que se propugnaban desde la misma. Lucas mismo aceptó que ha quedado refutado por los hechos su hipótesis de que la causa principal de las recesiones y de los picos positivos en economía son los cambios inesperados en las políticas

Sexta consecuencia: como ya anticipamos, todo esto muestra qué ha de ser considerado como la respuesta correcta a la pregunta, ¿qué es la economía? Esta respuesta depende del marco normativo que estamos utilizando para estudiar la economía correspondiente. Eliminar tal marco es enmascarar el carácter de los hechos estudiados por la teoría económica.

La consecuencia más importante es, quizás, que la adopción de la noción de 'marco teórico' y de 'marco normativo' como parte del mismo, nos permite visualizar a la ciencia económica tal como la conciben Hayek, Friedman y Popper, bajo una nueva luz epistemológica esclarecedora.

4.4. El mito de la neutralidad valorativa de la ciencia económica neoliberal

Hay diversas razones que justifican nuestro rechazo de la neutralidad valorativa de la ciencia económica tal como la conciben Hayek, Friedman y Popper, quienes obviamente suponían que la economía, según ellos la entendían, no estaba cargada de valores, sobre todo en el contexto de justificación.

Proponemos sistematizar dichas razones como sigue:

1) La economía neoliberal presupone el conjunto de supuestos ontológicos, epistemológicos y éticos, que constituyen el marco normativo de la misma. Como ya señalamos, tal marco normativo guía la selección de hechos que constituyen el dominio estudiado por la teoría económica. En consecuencia, dichos hechos están permeados por aquellos valores imbricados en el marco normativo, por ejemplo los que hicieron que se adoptara un cierto marco normativo en lugar de otro, y por los valores epistémicos y no epistémicos implícitos en los supuestos epistemológicos y éticos, respectivamente.

monetarias. Vuelven a tener vigencia actualmente problemas que preocuparon a Keynes como el del desempleo involuntario. Véase, por ejemplo, R. Lucas (1987), D. Laidler (1992) y J. Stiglitz (1992).

2) La elección de teorías económicas no se lleva a cabo exclusivamente en términos de evidencia empírica. Esto es así a causa de:

- a) La obvia interpenetración entre hechos y valores.
- b) El científico que en tanto tal hace juicios de valor.
- c) La variedad de razones según las cuales se aceptan o rechazan las teorías científicas.
- d) El carácter peculiar de las predicciones y explicaciones en economía.

3) La economía neoliberal involucra procedimientos con características que exhiben la presencia de valores. Las principales de dichas notas características son: a) endogeneidad de las preferencias; b) preferencias con valores; c) posibilidad de comparaciones interpersonales; d) negación del agnosticismo de las preferencias; y e) consecuencias de la desigualdad de recursos.

Ya hemos argumentado a favor de 1) al exhibir el cuadro esquema y discutir su rol constitutivo respecto de los hechos económicos. Es decir que el mismo dominio de estudio de la economía está permeado de valores, justamente aquellos que conducen a adoptar ese dominio en lugar de otros.

Ello es parte de 2), que estatuye la interpenetración de hechos y valores. Por ejemplo, el supuesto epistemológico del individualismo metodológico hace posible estudiar una realidad económica asumida de acuerdo con los supuestos ontológicos como constituida por las acciones de agentes individuales. Creemos que, en última instancia, toda esta postura, que concibe de un modo particular los hechos a estudiar, depende de un objetivo ético-político: oponerse al marxismo y a toda forma de holismo, independientemente del hecho de que la interpretación neoliberal de tal holismo esté plagada de errores. La sociedad, tal como la conciben los supuestos holistas-marxistas de acuerdo al neoliberalismo, es una sociedad cerrada que rechaza el libre mercado, esto es, abjura del lugar supremo de la libertad humana. Pero, tal libertad es, según Hayek, Friedman y Popper, el valor supremo a respetar por encima de todo. El último fin, que justifica cualquier medio en la lamentable afirmación

de Friedman, es la libertad individual consagrada por el mercado, por lo que el último fin es preservar el mercado; ahora, podemos reconocer que el medio a nivel de las ideas para alcanzar la justificación de tal objetivo de modo eficiente, es la adopción de los supuestos del marco normativo los que, a su vez, constituyen los hechos que la economía aborda y estudia. Por lo tanto, no solo supuestos ontológicos, sino valores epistémicos y, especialmente éticos, permean dichos hechos.

2 (b) abjura del mito empirista rústico acerca de la elección de teorías que supone que basta la evidencia empírica —obtenida utilizando buena lógica con el agregado, cuando es necesario, de correcto diseño experimental— para la adopción o rechazo de las mismas. Afirmar que basta la buena lógica y la evidencia empírica obtenida mediante su uso es una forma obvia de expresar que la ciencia es, en el contexto de justificación, valorativamente neutra.

Sin embargo, aun Carnap, en nuestra opinión el más riguroso empirista en su versión de las teorías científicas y su testeo empírico, percibió que el científico *qua* científico, hace juicios de valor. Carnap propuso que la relación entre las hipótesis y su evidencia empírica podía expresarse lógico-matemáticamente mediante lo que él llamó ‘grado de confirmación’ de una hipótesis por su evidencia empírica, el cual es la probabilidad lógica —es decir, un número real entre 0 y 1— de que la hipótesis sea verdadera de acuerdo con dicha evidencia. Tal valor probabilístico es obtenido, según Carnap, mediante el uso exclusivo de pautas lógicas constitutivas de lo que él llamó ‘lógica inductiva’. Independientemente de las importantes y no resueltas dificultades de tal ambicioso proyecto carnapiano, que lo hicieron teóricamente inaceptable y prácticamente inaplicable, Carnap se preguntó si la consistente aplicación de la lógica inductiva era suficiente para decidir la adopción o rechazo de hipótesis o teorías.

Carnap dio la respuesta negativa correcta a tal pregunta. Para ello, argumentó que si, por ejemplo, en economía el grado de confirmación de una hipótesis es 0.86, el mismo es considerado muy alto y hace que la hipótesis sea confiable, lo que inclina al economista a aplicarla. Pero, el mismo grado de confirmación en astronomía es considerado por la

comunidad de astrónomos como bajo, y, por ende, no confiable. Para un médico, una droga cuyo uso está apoyado en una teoría cuyo grado de confirmación es 0.75, es confiable y lo inclina a aplicarla a sus enfermos cuando el caso así lo requiera. Pero para los ingenieros de la NASA, involucrados en proyectos multimillonarios para financiar el envío de vehículos espaciales a otros planetas, el mismo grado de confirmación es muy bajo y para nada confiable. Por lo tanto, las decisiones de los científicos para adoptar hipótesis y teorías no están basadas exclusivamente en buena lógica y evidencia empírica. Sus decisiones están influenciadas por valores que dependen, en primer lugar, de las características distintivas de su profesión las cuales están relacionadas a los valores y objetivos específicos de la misma.

2 (c) pone en evidencia que hay más razones para adoptar o rechazar hipótesis y/o teorías científicas que las provistas por el inter-juego entre buena lógica y evidencia empírica. Este es un problema no solo de la ciencia económica neoliberal, sino de toda teoría científica.

Es un lugar común en epistemología aceptar que dado un conjunto de hipótesis o teorías explicando ciertos hechos, hay siempre hipótesis o teorías alternativas, algunas de las cuales pueden ser inconsistentes con la dada, que explican dichos hechos. Esta afirmación es conocida como la tesis de la sub-determinación de las hipótesis o teorías por los hechos. Si E es la evidencia empírica que apoya a H , entonces hay otras H' , H'' , que también están apoyadas por la evidencia E . Por lo tanto, la evidencia empírica E , por sí misma, no basta para decidir entre H , H' , H'' . Esto significa que se necesitan otros criterios, en adición a la evidencia empírica, para elegir entre esas hipótesis o teorías.

Para establecer cuáles han de ser dichos criterios adicionales de elección, es recomendable apelar a la historia pasada de la práctica científica. Al hacerlo, descubrimos que cuando los científicos se enfrentan a teorías empíricamente equivalentes —o sea, teorías apoyadas por la misma evidencia empírica E —, tienden a basar su elección en un segundo criterio, el de simplicidad; es decir, eligen la teoría disponible más simple. Si dejamos de lado las dificultades que existen para dar

una adecuada caracterización del concepto de simplicidad, tal como es usado en ciencia, la historia de la ciencia muestra que hay usualmente una tensión entre los dos criterios mencionados –adecuación empírica y simplicidad– en casos históricos de decisión entre teorías. Por ejemplo, en el caso de la confrontación entre los sistemas de Ptolomeo y Copérnico en el siglo XVI, la teoría que era, en ese momento, más adecuada empíricamente –la ptolemaica, porque en el siglo XVI las órbitas propuestas por Copérnico eran circulares y el sol era ubicado en el centro de tales círculos–, no era la más simple –debido a la inmanejable cantidad de epiciclos y excéntricas que asumía–. El debate posterior entre dichos sistemas muestra que se tomaron en cuenta otros criterios para terciar en la polémica. Los defensores del sistema ptolemaico apelaron a un tercer criterio, el de la consistencia de las teorías en competición con otras teorías dominantes aceptadas en la época, por ejemplo, la física aristotélica que era la única física aceptada en aquel momento. Pero esta era una física para Tierra en reposo; luego la astronomía copernicana era inconsistente con ella. Esto inclinaba la balanza a favor del sistema ptolemaico. Fue necesaria la creación de una nueva física (Galileo-Newton) que trabajara sobre nuevos datos empíricamente más confiables (Tycho Brahe-Kepler y anteojo astronómico), para disponer de apoyo suficiente para la astronomía copernicana, corregida por Kepler. A fines del siglo XVII, los tres criterios, adecuación empírica, simplicidad y consistencia con la física de la época, favorecían al sistema copernicano. Así como antes de Kepler, Galileo y Newton no había un cuerpo coherente de buenas razones sustentando racionalmente la astronomía copernicana, luego de los trabajos de tal trilogía de notables científicos, devino racional aceptar tal astronomía de Tierra en movimiento.

Sin embargo, la cuestión no se decidió en los hechos de modo tan simple. Esto se debió a que en la realidad se usan muchas veces otros criterios. En el caso en cuestión, se adujo que la nueva astronomía era conflictiva con la concepción cristiana del mundo y de la vida –con la *Weltsanschauung* de la época–, de acuerdo con la cual el ser humano ocupaba el centro de la creación, una posición que la nueva astronomía le

hacia perder. Tal criterio tuvo en su momento un poder persuasivo tremendo que condujo a la condenación de Galileo.

Además, muchas veces los objetivos científico-tecnológicos entran en conflicto con los intereses y metas sociales de una comunidad particular. Tales conflictos no pueden ser resueltos científica y/o tecnológicamente porque involucran valores que no son exclusivamente científico-tecnológicos.

Debe pues quedar claro que hay una variedad de razones que asumen una variedad de valores que no son exclusivamente cognitivos, y que van más allá de la buena lógica y adecuada evidencia empírica, mediante las cuales se justifica la adopción o rechazo de hipótesis o teorías científicas. La justificación de la aceptación/rechazo de hipótesis o teorías no es, por lo tanto, valorativamente neutra. Hay que agregar que los valores a considerar no son siempre meramente epistémicos o cognitivos –como adecuación empírica, fructividad predictiva, simplicidad– sino que también intervienen valores no epistémicos –progreso social, posición política acerca de la sociedad y su economía, consistencia con la concepción dominante en la época, etcétera–.

Según 2 (d), la presencia de valores en el contexto de justificación de la ciencia económica neoliberal se hace evidente en la posición de Hayek y Friedman sobre predictibilidad y falsabilidad de las ciencias sociales.

Ya discutimos las tesis hayekianas sobre niveles de explicación vinculadas a su versión del tipo posible de predicción en ciencias sociales. Ya vimos que Hayek sostiene que en dichas ciencias no es posible predecir de forma exacta eventos singulares sino, meramente, patrones de hechos, más precisamente la repetición de ciertos patrones de eventos como ‘habrá un ciclo económico regresivo en un futuro cercano’, o ‘habrá menos demanda’ o ‘aumentará el precio de un producto’, etcétera, sin poder predecir que en un lugar y tiempo determinado comenzará un ciclo regresivo, o disminuirá la demanda, o el precio del producto será \$n.

Además, es sabido que a menor precisión en nuestras predicciones, menor falsabilidad de las hipótesis o leyes utilizadas en las mismas. Por

eso Hayek admite que el tipo de predicciones posible en economía hace que las leyes e hipótesis sean menos falsables. Hayek se ve obligado a señalar que prefiere hablar de orientación en vez de predicción, por lo que es imposible proponer experiencias o experimentos que sean capaces de decidir entre hipótesis, leyes o teorías alternativas. Cualquiera sea la predicción, ella puede orientar pero no decidir entre alternativas. Hay pues un 'plus' involucrado en la decisión de adoptar una hipótesis, ley o teoría que no puede ser abarcado por la lógica y la evidencia empírica. Es por ello que Hayek mismo afirma que en tal instancia la experiencia del economista es más que relevante. De otro modo, para evitar que la decisión sea errónea, o maliciosa, o irracional, o excesivamente riesgosa, el economista debe seguir ciertos estándares que él valore como confiables. Creemos, en tal sentido, que uno de tales estándares o guías respetados por los economistas neoliberales para ir de la orientación a la decisión es el innegociable respeto por los supuestos normativos constitutivos de su disciplina. Por ejemplo, la decisión adoptada no puede interferir —o implicar interferencia— con el libre funcionamiento del mercado, o la decisión no puede ir contra la optimalidad de Pareto, etcétera.

Friedman, a su vez, propone que no solo las hipótesis o leyes económicas, sino también lo que él llama 'supuestos', se testean exclusivamente mediante sus predicciones.²² Friedman usa ambiguamente la expresión 'supuesto'. Algunas veces ella se refiere a los axiomas de la teoría, otras a las condiciones de aplicabilidad de las hipótesis —por lo que en ningún caso se refiere a los que nosotros enlistamos como supuestos ontológicos, epistemológicos y éticos de la economía neoliberal en Hayek, Popper y Friedman—. Si los supuestos son entendidos como las condiciones de aplicabilidad de las hipótesis, es imposible testear directamente tales condiciones. Las mismas son ideales y, por ende, nunca se cumplen fuera del modelo artificial asumido por la teoría correspondiente. Si queremos establecer si tales condiciones se acercan a las reales, el único modo de hacerlo es determinar si la teoría o hipótesis correspondiente tiene consecuencias predictivas verdaderas.

²² Consúltase Friedman (1968).

Lo importante es percatarse de lo que el economista neoliberal a la Friedman hace cuando las predicciones son adversas, es decir, cuando la evidencia empírica es estrictamente falsadora. Friedman reconoce de manera explícita que lo que puede hacerse en tal caso es reducir el dominio de aplicabilidad de la hipótesis y teoría con evidencia falsadora. Pero, entonces, la hipótesis o teoría puede mantenerse al reducir las condiciones de aplicabilidad, pues los casos falsadores quedarían fuera del nuevo dominio de aplicabilidad, y la hipótesis o teoría no quedaría afectada por tales casos que, si no se hiciera la reducción del dominio de falsabilidad, serían realmente falsadores. Esta estrategia, independientemente de ser honesta respecto de lo que de verdad se hace en la práctica económica neoliberal, lleva al extremo la tesis hayekiana de la disminución en economía de la falsabilidad de las hipótesis o teorías. Siempre podríamos considerar a una hipótesis o teoría como falsada, si redujéramos de forma adecuada el dominio de su aplicabilidad.

Friedman recomienda que, en tales casos, confiemos en la opinión de los expertos para decidir qué hacer. Este es un explícito reconocimiento, nuevamente, de que la buena lógica y la evidencia empírica, por sí solas, no permiten decidir cuándo una hipótesis o teoría está justificadamente aceptada o rechazada. Hay pues otra vez un 'plus' que no puede ser satisfecho sin la incidencia de valores en función de los cuales el científico-economista adopta las decisiones correspondientes en los casos del tipo discutido, porque para evitar decisiones excesivamente riesgosas o irracionales, tales expertos siguen ciertos estándares normativos que presuponen determinados valores. Creemos, nuevamente, que dichos valores son siempre consistentes con el marco normativo que los economistas asumen y, en el caso del neoliberalismo, con los supuestos explicitados y discutidos anteriormente. La posibilidad siempre presente de negociación, dados casos falsadores, entre considerar a la hipótesis o teoría falsada o limitar su dominio de aplicabilidad implica la necesidad de apelar a estándares normativos que van más allá de la predicción exitosa, la simplicidad, la aproximación a la verdad, etcétera.

Todo ello pone en evidencia que tanto Hayek como Friedman legitiman algo que los economistas y políticos neoliberales hacen continuamente en su práctica económica y política: cuando el mundo empírico exhibe experiencias contrarias a la hipótesis o teoría propuesta, tiende a protegerse a la hipótesis o teoría, o sea, tiende a no considerársela falsada. Es decir que, en la práctica económica ahora legitimada por la discusión teórica de los máximos pensadores neoliberales, las teorías económicas de corte neoliberal tienden a mantenerse contra viento y marea. O sea, contra lo que el mundo empírico parece recomendar.

Es que hay, desde la perspectiva de dichos autores, una razón más poderosa que el mundo empírico para mantener dichas hipótesis o teorías: la consistencia con los supuestos normativos que constituyen a la economía neoliberal, los cuales son, tal como vemos ahora claramente, asumidos como esencias últimas innegociables: ¿acaso no están ellos legitimados por la evolución histórica?, ¿acaso su abandono no sería el acto supremo de irracionalidad?

Finalmente, consideraremos cinco objeciones a la neutralidad valorativa de la economía que agregan nuevas razones para oponerse a lo propuesto por Hayek, Friedman y Popper, al respecto.²³

(a) Las preferencias no son exógenas, sino endógenas. La exogeneidad de las preferencias asumida por el neoliberalismo y heredada de la economía neoclásica involucra la idea de que nuestros deseos están formados con anterioridad y son independientes de nuestra actividad económica. Por lo tanto, nuestros deseos y las preferencias vinculadas a ellos reflejarían, en tal caso, nuestra propia personalidad. Sin embargo, nuestros deseos y preferencias están conformados por las instituciones en las que participamos –familia, escuela, mercado, etcétera–. Así, nuestro supuesto deseo de alcanzar optimalidad de Pareto en el mercado no es previo a nuestra pertenencia a una sociedad de mercado. Las instituciones en tal tipo de sociedad dan forma a nuestras preferencias. Es más, puede decirse que los distintos órdenes de preferencia exhibidos

²³ Dichas objeciones están ampliamente discutidas y sistematizadas en DeMartino (2000).

por ricos y pobres son consecuencia de los procesos de mercado que generaron precisamente la diferencia entre ellos.

(b) Preferencias con valores en lugar de preferencias versus valores. Contra la propuesta neoliberal, debemos distinguir entre distintos tipos de preferencias. Algunas son privadas y con poco contenido normativo y efecto social, tal como sucede con nuestra preferencia por un color de camisa o por un sabor de helado. Otras preferencias son asunto público, tienen gran peso normativo y notable efecto social, como sucede, por ejemplo, con preferir construir un supermercado en vez de una plaza en un terreno vacío. La primera es asunto de gusto personal, mientras que la segunda no lo es porque tiene que ver con lo que somos en tanto comunidad. Debemos afrontar la decisión no solo como meros agentes económicos y consumidores en el mercado sino como ciudadanos plenos. No estamos pues en un caso de preferencias versus valores sino de preferencias con valores. Además, en la teoría de la preferencia adoptada por el neoliberalismo no se distingue entre necesidades absolutas y deseos relativos. Las primeras, como la necesidad de alimento, techo, etcétera, son independientes de las circunstancias sociales y pueden ser satisfechas con cierta facilidad. Las otras están relacionadas con la posición social, como desear un auto más rápido, o ropas más elegantes, y no son susceptibles de ser satisfechas tan fácilmente. Contra el neoliberalismo, debemos establecer prioridades entre tales preferencias y dar prioridad a la satisfacción de las necesidades absolutas en aras de ser consistentes con un mínimo estándar de justicia. Pero esto es justamente lo que el neoliberalismo proclama que debe estar ausente de toda consideración económica; percibimos así una vez más la importancia fundamental de los supuestos normativos éticos que el neoliberalismo asume como esenciales y de los cuales se deriva la no pertinencia de las cuestiones de justicia social.

(c) La posibilidad de establecer comparaciones interpersonales es negada por la postura neoliberal porque las preferencias personales son concebidas como no comparables. Si esto fuera así tendríamos que aceptarles a los liberales que no podemos establecer estándares adecuados

de distribución. Pero mientras que la utilidad y las situaciones subjetivas pueden no ser comparables, otros aspectos de la existencia humana, como la capacidad de evitar la malnutrición, lo son. Y si decimos, como lo hacen los autores neoliberales, que no podemos medir gustos personales y comparar los gustos de los ricos con los de los pobres, lo que deberíamos concluir es que no podemos basar nuestras evaluaciones en sus gustos o preferencias. En verdad, lo que deberíamos hacer es criticar el tipo de sociedad que genera tales diferencias.

(d) Contra el agnosticismo de las preferencias. En tanto no somos omniscientes, el neoliberalismo propone que no debemos inquirir por las razones que subyacen a los órdenes de preferencia de los distintos individuos porque jamás tendremos acceso adecuado a los mismos. Pero esto involucra una falacia de falso dilema; o acceso total plenamente confiable o postura agnóstica. Además, tal agnosticismo justifica la recomendación neoliberal de no exigir que los millonarios expliquen o den razones de por qué eventualmente prefieren no ayudar a los pobres. Esto, en vez de demostrar respeto por los agentes económicos, muestra, más bien, contra lo que los neoliberales afirman, respeto por los ganadores en el mercado, y solo por ellos.

(e) Respecto de la naturalidad de la desigual distribución, en tanto hay desigualdad de recursos, los neoliberales argumentan que siempre habrá desigualdad de resultados, y por ende, de acuerdo al principio de distribución que sustentan, desigualdad de distribución, la que resulta entonces natural y correcta. Y todo aparece como si fuera decisión exclusiva y libre de los agentes, cuyas consecuencias naturales son tales desigualdades. Pero la desigualdad de recursos genera desigualdades en nutrición, educación, etcétera, lo cual restringe el ámbito de oportunidades y libre decisión. Y esto genera, en un proceso de retro-alimentación, nuevas desigualdades de recursos que perpetúan las desigualdades en sentido amplio. Las desigualdades de resultado –y, por ende, de recompensas– en el mercado tienen que ver básicamente con desigualdades de oportunidades que el mercado perpetúa, más que con las decisiones libres de los agentes.

En consecuencia, nuestros argumentos 1-4 buscan demostrar que la pretensión de que la economía neoliberal es valorativamente neutra está falsada por lo que realmente sucede en la práctica científica y, muy especialmente, en el contexto de justificación de la misma.

Como dice DeMartino, “la economía valorativamente neutra es imposible e indeseable. En su intento de producir ciencia valorativamente neutra, en vez de no hacer juicios de valor, hace y presupone juicios de valor”.²⁴ Entre ellos, se encuentran los supuestos normativos que hemos sistematizado. Pero no debe perderse de vista que esos supuestos son adoptados como esenciales e innegociables en tanto son funcionales para justificar objetivos que presuponen elecciones previas valorativas acerca de los objetivos últimos de la economía. La economía neoliberal presupone desde el vamos que la economía debe dirigirse a alcanzar maximalidad de Pareto y esto se prioriza respecto del objetivo de eliminar la pobreza, algo que además, todo neoliberal informado sabe, como Hayek y Friedman reconocieron de forma explícita, no resulta necesariamente de alcanzar optimalidad de Pareto. Por el contrario, como discutiremos más adelante, los mismos supuestos normativos del neoliberalismo hacen posible que la pobreza sea inevitable y, por ende, según los máximos representantes neoliberales, que esté más allá de todo juicio moral.

Por lo tanto, coincidimos con DeMartino en que la concepción de la ciencia económica neoliberal como valorativamente neutra es ingenua –porque es obviamente falsa, en tanto los presupuestos normativos son obvios así como la dependencia de valores últimos innegociables como la libertad de mercado, el crecimiento económico por encima de cualquier costo social– y dañina, por enmascaradora y por las consecuencias éticas que acarrea –como la legitimación de las desigualdades y la justificación de la no responsabilidad acerca de las mismas–.

Como consecuencia, es importantísimo remarcar que la ciencia económica neoliberal como valorativamente neutra es pura ficción. Esto es lo mismo que afirmar que también lo es lo que Friedman llamó economía

²⁴ Ibid., p. 76.

positiva, es decir una economía que, en tanto pretende establecer lo que la economía es y no lo que debe ser, está conminada, según Friedman, a dejar de lado todo juicio de valor. Por el contrario, cuando estudiamos lo que la economía neoliberal es, tal como sus autores más representativos la presentan, descubrimos subyacentes en ella como presupuestos últimos, funcionando como esencias innegociables, juicios normativos con una notable y criticable carga valorativa. En síntesis, la economía positiva tal como la describe Friedman no existe factualmente.

Además, si pretendemos oponernos a ella y proponer una teoría económica alternativa, el debate entre ambas no podrá decidirse de manera exclusiva sobre bases puramente empíricas. No solo por las razones exhibidas en este capítulo acerca de la insuficiencia de la evidencia empírica para justificar la aceptación o rechazo de teorías económicas, sino porque, debido al rol constitutivo del marco normativo, el mundo estudiado por la teoría no es exógeno al marco conceptual que lo estudia. Luego, el debate con propuestas teóricas alternativas deberá incluir centralmente la discusión de estándares normativos alternativos al de la economía neoliberal.

En nuestro caso, tales estándares normativos pretenderán priorizar el bienestar de las mayorías, lo que implica hacer de la disminución de las desigualdades y de la eliminación de las hambrunas y la pobreza objetivos a valorar por encima de otros, lo cual implica la reintroducción de la justicia social en nuestra agenda normativa.²⁵ Y, ante la segura

²⁵ H. Putnam (1990, p. 141) nos llama la atención acerca de la usual sospecha de que toda referencia a valores es en detrimento de científicidad. Putnam, por el contrario, afirma que "si 'valores' parecen un poco sospechosos desde un punto de vista estrechamente científico, tienen, al menos, un conjunto de acompañantes tales como: justificación, coherencia, simplicidad, referencia, verdad, etcétera, todos los cuales exhiben los 'mismos' problemas que tienen bondad y gentileza, desde un punto de vista epistemológico. Ninguno de ellos es reducible a nociones físicas, ninguno de ellos está regido por reglas sintácticamente precisas. En vez de abandonar a todos ellos —lo cual significaría abandonar las nociones de pensar y hablar—, y en vez de hacer lo que estamos usualmente haciendo, que es abandonar algunas de dichas nociones —aquellas que no se adecuan a la concepción instrumentalista estrecha de racionalidad, la cual carece de toda

sugerencia de los teóricos neoliberales de que la discusión comparativa entre ambos sistemas de estándares puede y debe hacerse en puros términos de costos-beneficios –por ejemplo, determinando si las ganancias de establecer el comercio libre superan al costo de incrementar las desigualdades–, la mejor respuesta es que este tipo de solución apelando a la comparación de costos y beneficios involucra compromisos normativos –al menos, hace de tal análisis la norma evaluativa aceptada como tal porque es funcional a ciertos valores supremos, como la utilidad, la eficiencia, etcétera–. Sin embargo, son tales compromisos normativos los que, precisamente, los neoliberales recomiendan suprimir en aras de la buena ciencia. Todo ello no hace más que enfatizar que la ciencia económica valorativamente neutra es, como dijimos, pura ficción. Si es así, es más que conveniente adoptar como unidad de análisis un marco que no solo sea la teoría o modelo económico, sino también los supuestos normativos que siempre e ineludiblemente subyacen a tal modelo o teoría.

Cabe pues preguntarse entonces, ¿cómo fue posible que tal economía liberal instrumentada en una sociedad democrática liberal fuera considerada el fin de la historia? Las respuestas a tal pregunta y nuestra crítica a dichas respuestas es el objetivo de la segunda parte de este trabajo.

justificación intelectual– debemos reconocer que ‘todos’ los valores derivan su autoridad de nuestra idea de florecimiento humano y de nuestra idea de razón”. Es pues inevitable, para Putnam, la presencia de valores en todo discurso; es también, para Putnam, imprescindible no reducir la razón humana a la razón meramente instrumental. Y, más importante aun, nuestra adopción de valores, en términos de los cuales priorizamos nuestros objetivos, inclusive en la actividad científica, dependen de nuestra idea de florecimiento humano. Nuestra crítica a los valores que subyacen a la concepción económica neoliberal se hará pues, necesariamente, desde nuestra perspectiva del florecimiento humano que no incluye, como no podría ser de otro modo, la inevitabilidad de la pobreza, el sinsentido de la justicia social, la no responsabilidad social de disminuir las desigualdades, entre otras, justamente aquellas que componen el núcleo del sistema valorativo neoliberal.

CAPÍTULO V

LA DEFENSA DEL FIN DE LA HISTORIA: NEGACIONES Y FALACIAS

Nos cuentan que esta es la época del fin de muchas cosas: estamos viviendo el fin del marxismo, del estructuralismo, de las ideologías, de la modernidad. Nos dicen también que, por lo tanto, nos ha tocado en suerte vivir nuevos y áureos tiempos: los del posmarxismo, posestructuralismo, en síntesis, los de la posmodernidad.

Pero según nos parece escuchar, hay algo que por supuesto no hemos superado ni hemos de superar: una sociedad estructurada de acuerdo con los cánones de la democracia neoliberal. Dicho de otro modo, a pesar del aparente aura de renovación y la llegada de una Nueva Era, hay algo que hemos de conservar ineluctablemente: el neoliberalismo, que constituye, por ende, el fin de la historia.²⁶

Sin embargo, creemos, en especial cuando analizamos lo que argumentan los más conspicuos defensores de esta nueva versión de apocalipsis político-económica, que tal fin felizmente no ha llegado aun, ni parece haber razones válidas para suponer que, en caso de que acaezca, ha de tomar la forma del neoliberalismo. Y el mejor ejemplo de que tenemos razones bien fundadas para ser escépticos al respecto es la

²⁶ El neoliberalismo no es una forma de posliberalismo, dado que lejos de ir más allá de o ser una versión superadora del liberalismo, es una versión conservadora de este, sin los méritos teóricos de versiones fundadores como las de Adam Smith, David Ricardo y John Stuart Mill, obviamente superiores incluso, a los intentos de elucidación epistemológica del neoliberalismo por parte de Milton Friedman.

defensa del anunciado fin de la historia por parte de F. Fukuyama en *El fin de la historia y el último hombre*.²⁷

Por ser el más reciente, famoso y peor fundado intento de participarnos del casamiento entre fin de la historia y el neoliberalismo,²⁸ he de criticar de manera breve y sistemática, aunque no desde un punto de vista económico y político sino básicamente epistemológico, la tesis y las razones exhibidos en su defensa por Fukuyama, el enviado a expandir y legitimar la 'Buena nueva' por otras latitudes.²⁹

El argumento central de Fukuyama

El principal objetivo de Fukuyama es mostrar que la sociedad capitalista democrática liberal contemporánea constituye el fin de la historia, que es su tesis central (T). Esto es así porque la sociedad capitalista democrática liberal contemporánea es el resultado de un proceso progresivo y necesario en tanto responde a la naturaleza misma del ser humano —siendo esta la principal razón para justificar la aceptación de T—.

Si es así, entonces hemos arribado al fin de la historia. Esto sucede porque si la naturaleza humana y la historia son lo que son, el capitalismo y la democracia liberal habrían de imponerse finalmente y permanecer por siempre. Estamos conminados a aceptar T porque no hay —ni puede haber, si el ser humano es lo que es— nada mejor.

Para demostrar esto Fukuyama exhibe las siguientes razones:

a) El fracaso del comunismo y de otros totalitarismos. Tales fracasos probaron que el capitalismo es más atractivo.

²⁷ ¿No hubiera sido menos discriminatorio hablar de 'el último ser humano' o de la 'humanidad última' en lugar del 'último hombre'? Creemos que sí.

²⁸ No es el único intento. A modo de ejemplo, aunque mucho más riguroso, merece citarse una parte importante de la producción teórica de Popper y Hayek que critiqué en Gómez (1995).

²⁹ ¿Acaso no lo han escuchado también en los alrededores de la parte más meridional del Cono Sur? Los cientos de empresarios de esta zona que pagaron cifras prohibitivas para no-ejecutivos con el fin de tener acceso a sus conferencias, afirman rotundamente que ellos tuvieron, por suerte (?) tal privilegio.

b) El capitalismo es consecuencia necesaria del progreso lineal de la ciencia y la tecnología.

De acuerdo con Fukuyama, la razón b) solo explica la emergencia necesaria de la economía liberal, pero no dice por qué tal economía ha de implementarse necesariamente en sociedades organizadas en forma democrática. De ahí que probar T requiere de una premisa adicional:

c) La búsqueda de conocimiento es el motor de la historia humana y la democracia liberal es la que ofrece las mayores posibilidades para la realización exitosa de tal reconocimiento.

En consecuencia probar la tesis central T requiere justificar las zonas a, b y c.

Antes de discutir tal justificación, conviene aclarar que, por el fin de la historia Fukuyama no entiende la imposibilidad de que acontezcan nuevos hechos o de que nazcan ideas nuevas; lo que sostiene es que la democracia liberal no puede ser mejorada en tanto idea, es decir, que ella es el punto final de la evolución ideológica de la humanidad, el mejor sistema político que el ser humano, siendo lo que es, puede concebir e implementar. Tal sistema estructura el mejor de los mundos posibles porque ni siquiera "podemos representarnos un mundo que sea esencialmente distinto al nuestro y, al mismo tiempo, mejor".³⁰

Olvidando la evidencia empírica

Analicemos entonces las premisas del argumento general de Fukuyama que hemos esquematizado. Para probar que el capitalismo liberal ha triunfado, Fukuyama exhibe supuestos hechos irrefutables e insoslayables. Por una parte, nos dice que el comunismo y el fascismo han desaparecido totalmente; por otra, afirma que se ha demostrado que el capitalismo resulta de mayor atractivo por ser el más satisfactorio para organizar la sociedad. Ilustra sus afirmaciones con una lista de sesenta y dos países que han adoptado el capitalismo democrático liberal en los últimos doscientos años. Olvida, sin embargo, cuestiones vitales, por

³⁰ F. Fukuyama 1992, p. 46.

ejemplo, que hubo y hay casos enormes en que esto no sucedió. Además el supuesto fracaso de los totalitarismos no muestra por sí mismo que haya una convicción universal acerca del capitalismo como la mejor de las formas político-económicas, de hecho, tal convicción general no existe.

Sin apelar al mega-caso de China, una encuesta de alrededor de 1990 en las ex-repúblicas soviéticas muestra que en ellas solo el 17% de la población está a favor de una economía capitalista liberal. Fukuyama olvida considerar también si el acceso a tales sociedades organizadas al estilo democrático liberal se produjo a través de decisiones democráticas. La respuesta es, por supuesto, negativa; en muchos casos el capitalismo liberal fue impuesto por intervención militar. Además, cuando fue necesario sostener tales regímenes defensores de la economía de mercado, se lo hizo a cualquier precio, incluso si el caso lo requería, abandonando la forma democrática de gobierno. Por lo tanto, algo vital que Fukuyama parece ignorar *ex profeso* es que economía de mercado y democracia no van necesariamente juntas, sino que hasta pueden ser incompatibles: las dictaduras impuestas y sufridas recientemente en nuestras latitudes son prueba trágica de ello.

Epistemológicamente hablando, Fukuyama comete uno de los mayores atentados contra toda metodología sensata: soslayar aquella evidencia que sea, en potencia falsadora de sus premisas. Con desprecio deja de lado el resurgimiento del racismo, de las rivalidades éticas y del fundamentalismo religioso como nuevas formas de extremismo. Por ejemplo, China es reducida a "solo otro estado autoritario asiático" (1992, p. 34), el fundamentalismo musulmán es descalificado porque no puede desafiar la democracia liberal a nivel de ideas sino "mediante balas y bombas terroristas" (1992, p. 247) y el nazismo es dulcemente deslindado porque solo es "un producto del proceso de la modernización misma" (1992, p. 129). Por supuesto, Fukuyama no se molesta en argumentar a favor de cualquiera de las poco creíbles afirmaciones anteriores. Ni siquiera los males de las economías de libre mercado más poderosas merecen por su parte suficiente atención: el desempleo, el aumento de la criminalidad,

la drogadicción, etcétera, son considerados como de mínima importancia arguyendo que todos ellos son evitables y perfectamente manejables porque “no son insoslayables sobre la base de principios liberales” (1992, xxi). Este último concepto ha sido discutido de manera escéptica desde distintas perspectivas teóricas, pero Fukuyama lo da dogmáticamente por sentado, sin ninguna argumentación ulterior.

Estas disquisiciones parecen subrayar dos tipos de falacia. Fukuyama asume que los fracasos en el pasado en una línea político-económica de corte comunista soviético deberían condenarnos necesariamente a adoptar un único y posible opuesto, la democracia liberal que él mismo pregona. Pero este es un caso elemental de falso dilema porque supone, erróneamente, que solo hay dos alternativas posibles. Acepta, además, que el fracaso del comunismo soviético implica el falseamiento del marxismo teórico y, por ende, de toda forma de socialismo. La estructura del argumento general por el cual se descarta toda forma de marxismo es:

1. La implementación del marxismo en Europa fue exitosa, entonces la concepción de Marx es correcta.
2. La implementación del marxismo en Europa no fue exitosa.
3. Conclusión: la concepción de Marx no es correcta.

Pero tal argumento, aun si se deja de lado la aceptabilidad de sus premisas, tiene la forma de la falacia de la negación del antecedente y por lo tanto, es inválido.³¹

Errores de Fukuyama sobre el progreso científico-tecnológico

Como ya indicamos, Fukuyama sostiene (tesis T) que el capitalismo junto a la democracia liberal constituyen la culminación necesaria y o superable de la historia y nos da al respecto dos argumentos distintos: uno para justificar que el capitalismo es realmente la culminación del

³¹ Tal argumento es de la forma ‘Si P entonces Q y no P, entonces no-Q’, y parece correcto (válido) pero no lo es, porque tal forma ha de ser compartida por argumentos en los que puede darse el caso de que ambas premisas sean verdaderas y la conclusión falsa. Es por eso que los argumentos que comparten tal forma son considerados falaces.

proceso histórico; otro para fundamentar su afirmación de que tal capitalismo final ha de ser el propio de sociedades organizadas, de acuerdo con las normas de la democracia liberal.

Consideremos por separado cada uno de ellos. De acuerdo con nuestro autor, el desarrollo histórico no es azaroso ni cíclico, sino que tiene una dirección general y un 'telos' o fin hacia el cual converge tal desarrollo. Los factores que lo impulsan y guían son la ciencia y la tecnología en sus devenires evolutivos. La ciencia y la tecnología son concebidas como habiendo evolucionado de acuerdo con un esquema o estructura de desarrollo común a ambas, según el cual ellas han progresado de modo constante, continuo y lineal durante siglos. Como la ciencia y la tecnología son factores decisivos en el crecimiento económico y en el poder militar de los países en condiciones de disponer de ellas en el más alto grado, y como tanto la ciencia y la tecnología han alcanzado una expansión global, Fukuyama concluye que la ciencia y la tecnología imparten a la historia una dirección que favorece al capitalismo por sobre el socialismo. Este último hecho se debe, supuestamente, a que el capitalismo, tanto económica como militarmente, está mejor equipado que el socialismo para estimular las innovaciones científico-tecnológicas y para organizar de manera eficiente la investigación.

Toda esta argumentación teórica depende, para su éxito, de la aceptación de sus afirmaciones (supuestos) más relevantes:³²

1) La dependencia unidireccional del progreso económico-político respecto del científico-tecnológico. Se ha argumentado reiteradamente que, por el contrario, el desarrollo científico-tecnológico tal como hoy se visualiza, estuvo condicionado por el surgimiento y posterior desarrollo del capitalismo, por lo que al menos, habría que discutir la posibilidad de una mutua interdependencia entre los mismos.

³² No discutiremos si es cierto que el capitalismo está mejor equipado que el socialismo para incentivar el desarrollo científico-tecnológico. Nos basta con criticar los otros supuestos de naturaleza más obviamente epistemológica para exhibir la inaceptabilidad de su argumento para fundamentar que el capitalismo es, como sistema económico, el punto final hacia el cual converge la historia.

2) La analogía de estructura del desarrollo de la ciencia y la tecnología. Esto es muy discutible. Lo es al menos para Kuhn (1977) quien ha argumentado, por una parte, que el desarrollo científico está dominado por períodos de actividad normal regidos monopólicamente por un paradigma que define los enigmas a la vez que garantiza su solución por parte de los miembros de la comunidad científica normada por dicho paradigma, separados entre sí por rupturas revolucionarias. Pero por otra parte, Kuhn ha señalado que la tecnología no se desarrolla del mismo modo, en especial que en su desarrollo no es posible distinguir paradigmas únicos que dominen monopólicamente toda la investigación de un momento y contexto determinados. Es más: los tecnólogos, para resolver los problemas que se les presentan, echan mano de cualquier recurso teórico, vengan o no de un mismo paradigma, cosa que jamás sucede en las ciencias maduras, porque todo problema, en tanto es definido por un determinado paradigma, es resuelto dentro de él.

Por supuesto, no estamos presuponiendo que la versión kuhniana del desarrollo de la ciencia y la tecnología quede más allá de toda posible crítica. Lo que nos interesa enfatizar es que Fukuyama da por sentada, sin mayor elucidación crítica, una versión del progreso científico-tecnológico que hoy está puesta exitosamente en tela de juicio. Kuhn solo es usado en este contexto como ejemplo de que hay versiones actuales muy distintas a la de Fukuyama y habría que haberlas tomado en cuenta y mostrar que la versión propuesta por este último, que es análoga a la versión estándar del progreso que justamente Kuhn había criticado, supera las críticas de Kuhn a tal modelo y resiste mejor su testeado a través de casos históricos, tanto de la ciencia como de la tecnología.

3) El carácter progresivo, lineal y continuo del desarrollo científico que, por momentos, luce como ingenuamente acumulativo. Esto suena a prepopereano, es decir anterior a la concepción del progreso del conocimiento científico del brillante filósofo de las ciencias, Popper, que presentó una defensa sistemática del neoliberalismo como estructuralmente insuperable, es decir, afirmando también el fin de la historia.

Para Popper la ciencia es progresiva en esencia, y tal progreso es autónomo —su elucidación no requiere considerar aspecto o factor alguno externo a ella misma y su problemática específica—, es homogéneamente discontinuo, pero no acumulativo, pues cada nueva teoría para constituir progreso respecto de la anterior, debe corregir y modificar a esta última.³³ Mucho menos aceptarían esta versión de Fukuyama, Kuhn y toda la tradición de filósofos no estándar de la ciencia que lo siguieron. En el caso representativo de Kuhn, hay dos tipos de progreso: en ciencia normal y a través de las revoluciones, con características muy distintas entre sí. El progreso en ciencia normal luce adecuadamente como acumulativo —y continuo— porque consiste en la acumulación de las soluciones, garantizadas por el paradigma, a los enigmas que este último define. Pero el progreso a través de las revoluciones tiene características diametralmente opuestas: no es ni continuo ni, mucho menos, acumulativo. Recuérdese que las revoluciones son rupturas radicales entre sucesivos paradigmas a través de las cuales no se preserva el orbe de hechos estudiados, ni el modo de percibirlos, ni ninguno de los otros ingredientes de un paradigma, como supuestos metafísicos, principios y valores metodológicos, así como tampoco los enigmas y sus soluciones arquetípicas. Todo ello con el agravante de que no hay normas supra-institucionales o a-paradigmáticas para evaluar el cambio, porque los paradigmas sucesivos son inconmensurables en relación con todos los ingredientes que lo componen. Así, por ejemplo, no hay una unidad de comparación que permita traducir a-paradigmáticamente los términos de un paradigma a los de su sucesor. Eso impide hablar, junto al rol constitutivo de cada paradigma, de progreso científico como un acercamiento convergente a la verdad o a algún fin entendido como polo de atracción hacia el cual la ciencia, en su desarrollo en el tiempo, tiende a acercarse, en abierta oposición a lo que postula Fukuyama sin mayor argumentación.³⁴ Peor aun, no solo Kuhn sino también Popper, a pesar de

³³ Véase, por ejemplo, Popper (1965 y 1970).

³⁴ Kuhn (véase, especialmente, 1970 y 1990) sostiene que el progreso científico a través de una ruptura revolucionaria involucra tanto ganancias como pérdi-

defender versiones muy opuestas del progreso de las ciencias, coinciden en sostener, contra lo que parece suponer Fukuyama, que no hay ley de desarrollo científico. Así como no podemos anticipar la marcha futura de las ciencias, no podemos anticipar la marcha futura de las sociedades humanas. Por ende, si postulamos un cierto fin de futuros cambios estructurales en las sociedades, no podemos fundarlo en analogía alguna respecto de la estructura de desarrollo del conocimiento científico.

Ha de quedar claro que Kuhn no está solo en su abierta oposición al modelo estándar del desarrollo científico, una de cuyas versiones más pueriles es la sustentada por Fukuyama. Feyerabend, por ejemplo, sostiene contra Kuhn que no hay nunca un único paradigma que monopolice rigiendo toda la actividad científica en un determinado momento de su desarrollo, sino que existe siempre una proliferación de teorías en competencia. Por otra parte, coincide con Kuhn al afirmar que cada teoría constituye su propio dominio de hechos a estudiar, que hay inconmensurabilidad entre teorías sucesivas cuando hay presencia de rupturas no acumulativas, que hay tanto ganancias como pérdidas en tales cambios, que no hay convergencia hacia algo como la verdad o un fin insuperable. Es más, Feyerabend habla de progreso cuantitativo y cualitativo y niega que cuantitativamente la ciencia progrese por acumulación de resultados o verdades —la inconmensurabilidad impide hablar de ello—, aunque puede hablarse, tanto en las artes como en la filosofía y en las ciencias, de un progreso cualitativo que consiste en el campo de las propiedades adscriptas a los entes estudiados que pueden ser evaluadas en función de o relativas a, los propósitos u objetivos del investigador. Esto lleva a una noción relativa de progreso, porque la evaluación de las propiedades es siempre hecha

das; es un progreso en profundidad, no en anchura; es un progreso 'desde', no un progreso 'hacia'. Si hay una nota positiva dominante en tal progreso es que consiste siempre en un incremento del paradigma sucesor en su capacidad para resolver los enigmas que define, así como en su articulación y especialización. Para un análisis de los cambios que tuvieron lugar en el desarrollo de la concepción de Kuhn sobre ciencia y progreso desde 1962 —fecha de la primera edición de *La estructura de las revoluciones científicas*— hasta 1990, véase Kuhn (1990) y Gómez (1993).

desde un cierto marco teórico –o estilo, forma de vida–, por lo que el intento de diagnosticar progreso a través de todas las razones y de todos los objetivos o propósitos es fútil. Por lo tanto, no tiene sentido, según Feyerabend, hablar de un progreso lineal y ascendente en sentido absoluto, dado que siempre hay que tener en cuenta las diferencias de enfoque y de propósito. Como él dice (1987) es inútil hablar de progreso lineal y ascendente en sentido absoluto, tal como afirma Fukuyama; hacerlo es asimilar toda la variedad de fines o propósitos a los propósitos o fines del que está evaluando el progreso y así considerar como progresivo todo paso hacia los fines defendidos por el evaluador.

Todo lo que acaeció en la ciencia, tal como Fukuyama reconstruye su desarrollo, es progresivo, visto desde la perspectiva del status actual de aquella. Análogamente, en tanto resulta influenciado por tal desarrollo científico, todo el desarrollo político-social es progresivo en el mismo sentido. Como vimos, este planteo no resiste la más leve crítica desde la perspectiva de Feyerabend, y no damos por sentado que la teoría del progreso de este último sea totalmente acertada. Lo que enfatizamos es que Fukuyama defiende una versión del progreso ignorando que, con anterioridad, tal versión había sido sometida a ataques demolidores a los que él no responde en absoluto. Ignorancia o incapacidad de respuesta, ambas epistemológicamente indisculpables.

Poco o nada queda de la premisa b) que sostiene argumentativamente la afirmación R que, en nuestra reconstrucción del argumento general de Fukuyama, es el pilar sobre el que se asienta la tesis central T.

La distorsión de Hegel

Sin embargo, nos dice Fukuyama, el progreso de la ciencia y la tecnología no acarrea por sí mismo la democracia liberal –lo cual constituye la premisa c– en nuestra reconstrucción del argumento general para justificar T. En los hechos esto es obvio. Corea de Sur, Singapur y Taiwán, a pesar de ser tecnológicamente avanzados, son países bajo regímenes autoritarios.

La democracia al estilo neoliberal actual constituye, según Fukuyama, una superación de los liberalismos al estilo de Hobbes y Locke para los cuales el ser humano es meramente una criatura gobernada por la auto-conservación y la satisfacción de deseos materiales. La democracia liberal contemporánea, en cambio, realiza mejor que cualquier otra forma de organización lo que Platón llamó *thymos* o fuente de la acción y *locus* de la virtud del coraje. Fukuyama extiende el significado de este término hasta incluir en él la noción hegeliana del deseo individual de reconocimiento. Es entonces la lucha por el reconocimiento lo que conduce a la historia hacia adelante, y solo la democracia liberal, de acuerdo con Fukuyama, es capaz de hacer posible tal reconocimiento en sus dos formas. Por una parte, ella satisface el deseo de ser igual (*isothymia*) porque está construida sobre el principio de igualdad y dignidad de los individuos; por otra parte, cumple el deseo de ser superior (*megalothymia*) porque da la oportunidad de sobresalir.

Cuesta creer que no haya tensiones entre ambas formas de *thymos* y que dichas tensiones no atenten contra el funcionamiento de la democracia liberal. Cabe preguntarse, por ejemplo, si se realizaría global y plenamente tal reconocimiento en una sociedad que, como las democracias neoliberales, sea regida por el principio de competencia, lo cual genera siempre la existencia de perdedores. En tal caso surge entonces la pregunta acerca de qué tipo de reconocimiento alcanzarían estos. Debo afirmar que parece no haber respuestas satisfactorias posibles a tales preguntas desde la perspectiva del planteo de Fukuyama. Por ejemplo, 'democracia' está entendida en ciertos contextos como "la doctrina de la libertad individual y la soberanía popular" (1992, p. 42), mientras que en otros significa "la obediencia voluntaria a una autoridad superior y su conformidad a un conjunto rígido de normas sociales" (1992, p. 243). Esta última y casi inverosímil versión de democracia está introducida de modo *ad-hoc* para hacer precisamente de Corea del Sur, Singapur y Taiwán ejemplos de países organizados en democracia, lo cual, y para no ofender la inteligencia del lector, no merece ningún comentario ulterior. Pero, ¡oh casualidad!, Fukuyama parece no percatarse de que, contra su

propia visión del mundo actual, según tal definición, Cuba y Corea del Norte devienen también países democráticos, cosa que suponemos, no estaba dentro de sus planes.

Más importante aun es señalar la equívocidad con que él maneja la expresión “el fin de la historia”. En ciertas partes de su obra, “el fin de la historia” refiere a “hechos que ocurrieron recientemente” (i); en otras apunta al “consenso notable dado a la legitimidad de la democracia neoliberal (ii); también significa que ningún cambio histórico ulterior es posible (iii). Finalmente, dicha expresión es usada como refiriendo a (iv) la imposibilidad de alternativas viables, en el presente, a la democracia neoliberal. No he de ser el primero en proponer que las acepciones desde (i) hasta (iv) no son equivalentes. Por el contrario, (i) es una creencia general de las personas, (ii) es una tesis fáctica, (iii) es una propuesta meta-histórica acerca de la historia misma y su marcha futura, mientras que (iv) es una fortísima hipótesis meta-teórica en tanto sostiene que la democracia neoliberal no puede ser estructuralmente superada.

No necesitamos ocuparnos de la veracidad de cada una de dichas afirmaciones (i-iv), para concluir que las diferencias entre las mismas conducen al fracaso del argumento de Fukuyama. Su estrategia consiste en argumentar desde el cambio de régimen en algunas naciones –tesis fáctica– hasta la idea de que hay un consenso acerca de la democracia neoliberal (ii) y de aquí a la convicción de la superioridad e insuperabilidad de la democracia neoliberal (iii-iv). Pero las afirmaciones (i-iv) son independientes y requerirían de argumentación para ser aceptadas, cosa que Fukuyama no tiene en cuenta.

Además, Fukuyama solo se refiere al reconocimiento individual y no se ocupa de la dimensión social de este. Parece no importarle el reconocimiento buscado por los pueblos, clases y naciones. Quizás no le conviene hacerlo, porque probablemente sea este reconocimiento el que se convierte en el motor del reconocimiento de la historia, la misma que él da por concluida.

Finalicemos esta sección con una minucia histórica que, otra vez, se vuelve contra la argumentación de Fukuyama. Este interpreta el Estado

como hegeliano, como dando reconocimiento a todos los ciudadanos porque son seres humanos y no porque pertenezcan a una clase y/o grupo étnico. En tal Estado no habría contradicciones esenciales, nada que empujase a la historia todavía más adelante. Es por ello que ese Estado sería 'el fin de la historia'. Fukuyama cree que en un Estado de tales características los seres humanos estarían completamente satisfechos. Por supuesto, lo identifica con uno regido por las pautas propias de la democracia neoliberal.

Hegel no estaría en absoluto de acuerdo con esta afirmación dado que él no identificó el Estado final con un estado democrático, ni creyó que es en la democracia de tipo liberal donde los individuos gozan plenamente de reconocimiento. Hegel, quien elogió la Revolución Francesa, tenía una posición filosófico-política muy peculiar: creía que el Estado moderno debía reconocer los derechos que los individuos tienen en relación con su persona y su propiedad, siempre y cuando tales derechos no entraran en conflicto con intereses más altos. Pero Hegel no era un demócrata: creía, por el contrario, que la democracia había sido una forma de gobierno apropiada para la Antigua Grecia, pero en el Estado moderno, en el que los individuos actúan por convicción o por intereses personales, la democracia permitiría el juego pleno de las fuerzas de la subjetividad, dividiéndolo en facciones particulares y llevándolo a su resquebrajamiento.

Hegel no solo fue un monárquico sino que dio detallados argumentos a favor de la monarquía hereditaria, oponiéndola a la monarquía electiva. Fukuyama llega a afirmar, como un signo de la marcha de la historia hacia adelante, que la democracia liberal ha triunfado sobre la monarquía hereditaria (1992). Pero Hegel, según lo señalado, no vería esto como una victoria y se opondría enfáticamente a que el creciente reconocimiento individual culmine, como meta final, en una democracia liberal. El Hegel que nos presenta Fukuyama es un Hegel irredimiblemente distorsionado.

Por lo tanto, la argumentación de Fukuyama a favor de la premisa c) en nuestra reconstrucción de su argumento general para justificar T está plagada de dificultades que la tornan indefendible.

Los problemas no resueltos

Todas las premisas (a-c) del argumento general de Fukuyama no resisten nuestra crítica. Hay, además, otras dificultades con la presentación de Fukuyama. Entre ellas me interesa sobredimensionar aquella que proviene de darle mínima importancia a la serie de oposiciones o tensiones que surgen inevitablemente en toda sociedad regimentada, acorde con los cánones del neoliberalismo contemporáneo. Por ejemplo, frente a la defensa a ultranza del mercado libre, surge la necesidad de que, para hacerlo posible y mantenerlo, se requiere el intervencionismo estatal. Junto con esto, la preservación de la libertad individual en general, y de la libertad de mercado en particular, puede llegar a necesitar de la concentración de poderes absolutos: en verdad, el 'casamiento' entre economía de mercado y organización democrática es solo por conveniencia, porque cuando no sirve a los intereses del mercado, tal relación se rompe a través de la imposición de regímenes dictatoriales.³⁵

Fukuyama es consciente de que, de hecho, pueden darse tensiones por oposición en las sociedades capitalistas organizadas democráticamente. La primera que cita es, justamente, entre capitalismo y democracia. Reconoce que la democracia formal por sí sola no garantiza igual participación y derechos porque los procedimientos democráticos pueden ser manipulados por grupos de interés que no siempre reflejan adecuadamente los verdaderos intereses generales. Si a ello se agrega que la desigualdad económica ocasionada por el libre juego de mercado implica reconocimiento desigual, se sigue que el capitalismo y la democracia pueden ser incompatibles.

Lo lamentable es que, sin argumento alguno, Fukuyama afirma, hipotéticamente, que el capitalismo democrático de corte neoliberal puede abarcar y resolver tales problemas. Pero si nos atenemos a lo sucedido entre la publicación del libro de Fukuyama y nuestros días, vemos que el neoliberalismo parece no poder resolver tales problemas. Por ejemplo,

³⁵ Para una discusión más detallada de tales oposiciones, véase Gómez (1995, pp. 178-188).

datos estadísticos confiables han revelado que en 1995, un poco más del 12% de la población de los Estados Unidos –casi la población total de la Argentina– vive bajo la línea de la pobreza, mientras que en 1994 se concluyó que la diferencia entre ricos y pobres tanto en este país del Norte como en Gran Bretaña alcanzaba la cifra más alta de los últimos cincuenta años. Agréguese a esto que en varios países del Tercer Mundo que supuestamente gozaban de las buenaventuras de la economía neoliberal hasta entrado el siglo *xxi*, los porcentajes de desempleo habían llegado entonces a cifras récord.

Fukuyama identifica, como ya vimos en la sección I, al mundo compuesto por las sociedades neoliberales actuales con el mejor de los mundos posibles, pero tanto tal identificación como las cifras recién mencionadas parecen indicar que son más el resultado de un acto de fe que una conclusión obtenida a partir de razones bien fundadas en evidencia confiable. Por el contrario, la evidencia acumulada en los últimos cuatro años del siglo *xx* parece refutar esa tesis.

Los neoliberales como Popper, Hayek, Friedman, Fukuyama y alguno que otro presidente o ministro de economía de turno, suelen argüir que, si bien hoy no luce nuestro mundo neoliberal como el mejor de los mundos posibles, ello no implica que no ha de serlo en un futuro, siempre y cuando, por supuesto, se deje seguir operando el mismo sistema de libre mercado. Pero Hegel mismo –no aquel que Fukuyama distorsionó– les contesta a todos ellos proponiendo que tal línea argumentativa es inaceptable porque no puede justificar que no desemboque en una serie infinita no convergente.³⁶

³⁶ Hegel las llamó “series de mala infinitud”. Un caso paradigmático acerca de estas series aparece encapsulado en el dicho ‘hoy no se fía, mañana sí’ el cual, en última instancia, significa que ‘nunca se fía’. Los neoliberales como Fukuyama apelan a una forma de tal dicho: ‘hoy no funciona, mañana sí’, pero Hegel nos recuerda lo que eso significa.

CAPÍTULO VI

EL FIN O EL FUTURO DE LA HISTORIA: LAS APARIENCIAS ENGAÑAN

El fin de la historia era lo que nos anunciaban en las últimas dos décadas del siglo pasado, durante el apogeo de la expansión globalizadora de la economía de libre mercado llamada neoliberal, los líderes políticos, religiosos, empresariales, pensadores ostentadores de premios Nobel. Filósofos austríacos devenidos caballeros del Imperio Británico, miembros de la *avant garde* filosófica francesa auto rotulados 'posmodernos', proclamaban sobria y humildemente 'el fin de la historia'.

Por supuesto, como ocurre siempre, había un trasfondo geopolítico en todo ello; por ende tarde o temprano, debía aparecer el discurso legitimador de la Buena Nueva desde la perspectiva del Poder que se beneficiaba de todo, de los acontecimientos en el mundo económico, político y militar y de las posturas intelectuales defensoras del supuesto fin de la historia. Y hubo consistencia plena al respecto. Porque fue un empleado del Departamento de Estado, Francis Fukuyama, quien recorrió el mundo y superpobló todas las librerías y bibliotecas con su manifiesto *El Fin de la Historia y el último Hombre*, elogiado especialmente por los empleados del Sistema, en el Primer Mundo y en todo el globo. Muchos comentaristas de nuestro país, acrítica pero obedientemente, compitieron en emitir loas a una propuesta cuyo título lo dice todo: nos encontramos disfrutando del sistema político democrático liberal estructurado en una economía de libre mercado que pervivirá por siempre, independientemente de los problemas de todo tipo. Crisis de distinta dimensión y alcance o cualquier otra menudencia. Sin embargo,

hete aquí que en 2007 ese Primer Mundo estuvo al borde del colapso económico-político solo salvado por, justamente, violar la norma suprema del libre mercado e interferir en él a través de la acción reguladora del Estado. La realidad mostró que ello era solo una aspirina porque hoy no se ha salido realmente de tal crisis, en especial en el mundo que les importa a los interferidores, es decir en el casquete semiesférico al norte del ecuador con ápex en el Polo Norte.

Entonces había que decir algo para no aparecer como habiendo incurrido en una predicción fallida, en el Máximo Fracaso predictivo, aquel que anticipaba que estábamos en el mejor de los mundos políticos reales posible y que jamás íbamos a tener que abandonarlo. Fundamentalmente, había que acallar cualquier intento de justificar que la realidad había mostrado que aquel expandido y elogiado neoliberalismo globalizado debía ser reemplazado porque, contra todos los pronósticos que preanunciaban que 'no hay otra', parecía que se necesitaba 'de otra alternativa' porque la que supuestamente era mejor estaba en profunda crisis.

La historia no parecía haber llegado a su fin, sino que, por el contrario, parecía tener futuro. Eso, justamente eso, y hábilmente eso, es lo que el empleado del Departamento de Estado proclamó en su breve trabajo, con seguridad preámbulo de un libro por venir titulado *El Futuro de la Historia*, aparecido en la revista *Public Affairs* a comienzos del 2012. Cabe entonces la pregunta: Francis Fukuyama, ¿en qué quedamos, hemos arribado o no al fin de la historia? O más claramente, ¿hay lugar para otra alternativa distinta a la postulada al final de la década de los '80? Para contestar debemos adentrarnos en la propuesta más reciente de nuestro autor.

¿El fracaso de la Buena Nueva Neoliberal?

Fukuyama, en *El Futuro de la Historia*, sostiene que la historia no ha terminado aún, es decir que el capitalismo democrático neoliberal no puede afirmarse como capaz de resolver todos los problemas económi-

co-políticos. La culpa radica en haber permitido el funcionamiento de un mercado no regulado en absoluto.

La razón de ello, es decir la razón de por qué tal mercado libre en extremo está condenado a fracasar como lo hizo es que no favoreció a la clase media, y la democracia liberal se basa supuestamente en la clase media. En consecuencia, hay que salvar a la clase media de que siga declinando porque sin ella también lo hará hasta su desaparición la democracia liberal. O sea, lo que hay que hacer es generar un liberalismo que no perjudique a la clase media. A modo de comentario crítico cabe reconocer que efectivamente las estadísticas muestran que el neoliberalismo no favoreció a la clase media. ¿Cómo pudo haberlo hecho cuando ya a “mediados de los noventa, mucho antes de la crisis del 2007 el 20% más rico en el mundo era propietario del 84.3% de la riqueza por lo que el 80% restante de la población mundial solo disponía del 15.7% de la misma”? O sea, que un quinto de la población mundial posee cuatro quintos del ingreso mundial. Piénsese que en ese más del 80% de la población total del globo está incluida la clase media, por lo que no caben dudas de que distributivamente fuera muy perjudicada. Es notable, pero Fukuyama en ningún momento se refiere a que en ese lamentable 15.7% están incluidos los pobres e indigentes; agréguese a ello que según el mismo informe más de dos billones de personas en la Tierra vivían con menos de dos dólares diarios, de modo que un tercio de la población mundial era indigente. Si de cifras hablamos, cabe agregar que al 20% más pobre solo le corresponde un poco más que el 1% del ingreso global.

Lo notable, como comentaremos más adelante, es que Fukuyama guarda silencio acerca de todo ello; parece preocuparlo únicamente el porvenir de la clase media, cuando objetivamente, el desastre mayor, o sea la refutación cuantitativa mayor de lo defendido por Fukuyama en su libro *El Fin de la Historia*, se halla en el incremento de la pobreza global perjudicando a vastas mayorías a las que no pertenece la clase media. Es importante agregar que tal debacle también alcanzó a los países líderes y promotores de la democracia neoliberal, Inglaterra y Estados Unidos. En Inglaterra, ya entrado el siglo XXI, uno de cada tres niños era pobre,

y en los Estados Unidos en 1998, un quinto del total de ancianos y un cuarto de los niños vivían bajo la línea de pobreza.

El fracaso del neoliberalismo reconocido por Fukuyama es más que obvio, pero es casi ridículo reducir la causa de dicho fracaso a haber perjudicado a la clase media. El fracaso, como vimos, alcanzó a la mayoría de la población del globo.

¿Por qué tal obsesión culposa con la clase media? Clarísimo: ello se debe a la ecuación que Fukuyama establece entre liberalismo y surgimiento de la clase media –comercial primero e industrial después– de lo que Fukuyama infiere que hay una necesaria correlación entre supervivencia del capitalismo liberal y bienestar de la clase media. El peligro argumentativo radica en que, como corolario, podría establecerse que no habría relevancia entre distribución justa de la riqueza con beneficios al menos equitativos para todos –en salvaguarda de una de los tres ápices de la fórmula mágica, ‘igualdad, libertad, fraternidad’– y supervivencia de la democracia liberal, algo que no suena muy positivo y laudable acerca de la democracia liberal. Centrarse obsesivamente en la clase media con olvido explícito de la suerte de todos los demás, no parece favorecer la tesis de Fukuyama si es que se pretende seguir afirmando que, como él pretende, la democracia liberal es la mejor opción para la humanidad.

Luego sigue una esquemática y poco convincente síntesis del desarrollo histórico desde el liberalismo temprano, reconociéndose que no implicaba democracia. Por ejemplo, desde el partido Whig británico y en John Stuart Mill –faro de referencia liberal acerca de la libertad, pero no de una que involucrara igualdad y democracia porque solo tenían capacidad de voto los que tenían educación superior y propiedad–, pasando por el surgimiento del marxismo y a su decadencia por el ascenso social de la clase trabajadora en el capitalismo –especialmente cuando los servicios reemplazaron a las manufacturas con el posterior colapso de la Unión soviética–, Fukuyama sostiene que todo estaba listo para la afirmación definitiva de la democracia neoliberal, sobre todo porque la burguesía y la clase media constituyeron las vastas mayorías en los países avanzados.

Ahora está claro. Parece que se estuviera hablando explícitamente solo de los países avanzados. Y no del resto del mundo. ¿Cómo, y los efectos beneficiosos para todo el mundo anunciados en *El Fin de la Historia* ya no importan? ¿O es que las cifras muestran que de ello mejor no hablar? Como discutiremos más abajo, lo que sucede es que hay mucho más que ello.

Una suerte de disculpa, para nada convincente, es esbozada por Fukuyama cuando sostiene que si bien la democracia estable descansa en gran parte en la clase media, las democracias no satisfacen necesariamente los intereses de la clase media –de ahí la necesidad del artículo aquí criticado–, por lo que dicha democracia liberal es la alternativa menos mala. A la luz del avance económico de China, Fukuyama afirma que este país tiene un gobierno autoritario con una economía solo parcialmente marketizada, por lo “que no tiene chances fuera del Este asiático”. Esto es de un olvido conmovedor. Bastan otra vez las cifras: hoy USA tiene una deuda externa de más de novecientos trillones de dólares, un tercio de la cual es con China... Lo primero que se nos ocurre pensar es “mejor que solo esté parcialmente marketizada, porque si lo estuviera totalmente...”. A ello le sigue una *gaffe* argumentativamente indisculpable: “[en China] la igualdad se ha transformado en desigualdad creciente”. Es decir, mientras el régimen era comunista-comunista había igualdad, al virar hacia el hecho de ser permisivos con medidas parcialmente de mercado surgen desigualdades. Flaco favor le hace al capitalismo de mercado libre tal línea argumentativa. A pesar de todo ello, Fukuyama repite una y otra vez que la democracia liberal de libre mercado no tiene rival, con la única amenaza del estancamiento de la clase media. Esto se debe a que, según Fukuyama, existe correlación entre crecimiento económico, cambio social y democracia liberal. Es sorprendente que diga ello con la crisis del capitalismo liberal ahí nomás en el 2007, cuando no hubo crecimiento y el cambio social fogueado por la democracia liberal en su forma neoliberal produjo la segunda gran hecatombe económico-social del siglo xx dentro y fuera de los Estados Unidos. Si nos preguntamos por la razón del estancamiento de la clase

media en tal economía, la respuesta de Fukuyama es otra vez directa, unidimensional y casi increíble: la tecnología es el gran villano. Por una parte, las máquinas inteligentes reemplazan al ser humano. Todo avance en Silicon Valley implica una pérdida para los trabajadores de bajos ingresos. De ahí que las olas más recientes de desarrollo tecnológico sean para los miembros más educados de la sociedad, con la consiguiente desigualdad creciente: en 1974, el 1% de la población con más altos ingresos gozaba del 9% del GDP mientras que en el 2012 disfruta de casi el triple, más precisamente del 24% del GDP.

A ello debe agregarse, en opinión de Fukuyama, que la globalización contribuyó al desastre. El gran benefactor en el logro del fin de la historia en la versión fukuyámica de 1992 es ahora también parte del gran villano, porque el trabajo que antes hacía la clase media en países desarrollados —otra vez los otros no merecen ni ser tomados en cuenta— hoy se hace más barato en otro lugar.

Ante todos esos problemas parece que no hay respuestas fuera del capitalismo democrático liberal. Ante la crisis, las masas populares se han inclinado hacia la derecha. Nuevamente: parece que Fukuyama no está informado o desdénia ex-profeso lo que sucedió en Latinoamérica en el siglo XXI, donde por primera vez en su historia en la mayoría de sus países los pueblos eligieron gobiernos de centro-izquierda.

¿Y el marxismo? Fukuyama es consistente en su actitud de desdeñar a-priori las alternativas a la democracia liberal mediante epítetos, no mediante argumentos: “El marxismo *died away* hace ya varios años... Los creyentes que aún quedan están listos para los geriátricos”. Esto tiene nombre y apellido: hemos presenciado un ejemplo monumental de la “falacia contra la persona”, o sea de un argumento incorrecto y, en este caso, no solo de mal gusto lógico sino de trato del adversario. Todo culmina con una falsedad empírica de nivel de curso introductorio a la filosofía política: “La izquierda académica lo reemplazó con el posmodernismo”. En verdad, habría que preguntarle a Fukuyama si notables pensadores de izquierda anglosajones como el británico Terry Eagleton y el norteamericano Frederic Jameson cumplen con su dic-

tum o, por el contrario, como sucede en realidad, fueron devastadores críticos del posmodernismo. Y para terminar su supuesta barrida eliminativa de todo lo que no satisface sus tesis, agrega que esa izquierda académica también reemplazó al marxismo con “el multiculturalismo, el feminismo, y la teoría crítica”, colocando dentro del mismo paquete posturas no solo no idénticas sino en algunos casos incoherentes entre sí: el feminismo norteamericano, que no está constituido en su totalidad por la izquierda académica, no tiene mucho que ver con la teoría crítica y esta desconfía con razón del multiculturalismo. La izquierda, según Fukuyama, ha perdido credibilidad. A lo sumo defienden el estado de bienestar cuando toman el poder –¿lo toman o son elegidos para ello?-. Muchas veces, como en esta ocasión, Fukuyama es argumentativamente tan descuidado que lo que afirma se vuelve contra su postura: así, parece que en el siglo XXI los pueblos, a través del voto, rechazaron el liberalismo económico que siempre defendió Fukuyama y optaron por estados de bienestar. Luego, no solo la ‘decadente izquierda’ sino los pueblos fueron los que eligieron lo que Fukuyama aborrece. En una última movida pseudo-argumentativa Fukuyama deslinda con desdén a dichos estados afirmando que “cuando toman el poder no ofrecen nada nuevo o excitante”. Pareciera que súbitamente nuestro autor se pone ‘progre’ pero ello no es nada más que una estrategia retórica a la que cabe responder que, por una parte, lo que él defendió llevó al desastre –ergo no era ni nuevo ni excitante– y, por otra parte, lo que ahora defiende es tan antiguo como el capitalismo mismo.

Estamos ya en el momento final del trabajo en el que Fukuyama ofrece ‘su’ solución: políticamente, enfatizar la supremacía de la política democrática sobre la economía –algo con lo que estamos de acuerdo– y económicamente, mantener la economía capitalista pero favoreciendo a la clase media, lo que requiere “re-diseñar el sector público liberándolo de su dependencia de accionistas”, o sea, “rediseñar para terminar con la dominación de lo político por parte de grupos de interés”. La sorpresa ahora es que Fukuyama nos enfrenta al gran misterio: ¿cómo lograrlo? Y el casi-terror es porque parece condenarnos a no poder jamás resolver

el problema tal como nos lo propone, so pena de cometer una flagrante contradicción porque, ¿acaso no es contradictorio con la libertad operativa en economía impedir que aquellos que la movilizan no influyan en las decisiones políticas de los gobernantes? El capitalismo de libre mercado, ¿a la libertad de quiénes sirve? Si decimos ‘de todos’, entonces sería contradictorio negársela a priori a algún grupo, y si decimos “a aquellos que pretenden ser siempre los máximos ganadores en el mercado” estamos proponiendo el suicidio mismo del capitalismo de libre mercado. Seamos sinceros: tal como está formulada, la supuesta solución constituye un flagrante ejemplo de utopismo de la peor raigambre porque involucra una flagrante contradicción.

¿Pasamos realmente de ‘el fin de la historia’ a su ‘futuro’?

Creemos que no. A lo sumo pasamos de una forma de ‘el fin de la Historia’ a otra forma levemente distinta de ‘el mismo fin’.

En 1992, Fukuyama publicó *El Fin de la Historia y el último hombre*. Nosotros criticamos dicho trabajo desde un punto de vista estrictamente epistemológico. Allí propusimos que el argumento central de Fukuyama tenía como conclusión o tesis central (T), que: la sociedad capitalista democrática liberal contemporánea constituía el fin de la historia. La razón principal de ello (R), era que: la sociedad capitalista democrática liberal contemporánea es el resultado de un proceso progresivo y necesario en tanto responde a la naturaleza misma del ser humano. Por lo tanto, era clave justificar (R) para concluir (T). O sea, de acuerdo con (R) no hay ni puede haber, si el ser humano es lo que debe ser de acuerdo con el progreso social, nada mejor que el capitalismo democrático liberal contemporáneo. Para demostrar ello –o sea para justificar (R)– Fukuyama propone como razones (a) el fracaso del comunismo y otros totalitarismos muestran que el capitalismo es más atractivo, (b) el capitalismo es consecuencia necesaria del progreso lineal de la ciencia y la tecnología, y (c) la búsqueda del reconocimiento es el motor de la historia humana, y la democracia liberal es la que ofrece las mayores

posibilidades para la realización exitosa de tal reconocimiento. Sin embargo (a), (b) y (c) son inaceptables.

Para justificar (a), Fukuyama comete dos macro-errores epistemológicos. Primero, tergiversa la evidencia empírica; por ejemplo, al hablar de China la considera “solo otro estado autoritario asiático”, y olvida evidencia empírica cuando sostiene que la mayoría de la gente en los países bajo economía de mercado acepta la misma. Olvida también considerar si el acceso a tales sociedades se produjo siempre a través de decisiones democráticas. Segundo, sus argumentos están plagados de falacias, en especial la del falso dilema, por ejemplo: el fracaso del régimen soviético muestra que la única alternativa es la economía de libre mercado junto con un sistema democrático liberal, lo que ningunea cualquier otra alternativa, como si no hubieran existido o pudieran existir. Para justificar (b) Fukuyama asume que el progreso científico tiene una estructura análoga a la del progreso tecnológico —algo que es falso—, que ambos son acumulativos —algo que es flagrantemente falso— y que dicho progreso es motor del desarrollo histórico de las sociedades —algo que es discutible pues involucra una propuesta de determinismo científico tecnológico que hay que evaluar en detalle, porque si no puede llevar al barbarismo estalinista: “La ciencia, en última instancia ha de resolver todos los problemas humanos”, algo que ni el más enfervorizado pero sutilmente inteligente científicista debería aceptar—. Finalmente, para justificar (c) Fukuyama perpetra un refrito cuyos ingredientes son el *thymos* de Platón, que en este autor era la fuente de la acción y *locus* de la virtud del coraje, y la noción hegeliana del deseo individual del reconocimiento. A modo de breve crítica cabe preguntarse, por una parte, si en la sociedad capitalista contemporánea todos pueden tener garantizada la igualdad de reconocimiento —habría que preguntárselo a los pobres y marginales— y, por otra parte, si es buena idea, para los fines que tiene in mente Fukuyama, recurrir a Hegel, cuando este jamás consideró a la democracia como la sociedad ideal, y mucho menos como fin de la historia, pues en el Estado moderno, de acuerdo con Hegel, los individuos actúan por convicción o por intereses personales y la democracia

permitiría el juego pleno de las fuerzas de la subjetividad, dividiendo al estado en facciones particulares y llevándolo a su resquebrajamiento. Por lo tanto, la argumentación de Fukuyama a favor de las premisas (a), (b), y (c) está plagada de dificultades que hacen concluir que la premisa (R) que, a su vez conduce a la tesis (T) del fin de la historia, no es conclusiva.

Luego, ni la primera versión 'fuerte' de Fukuyama en defensa del capitalismo como insuperable es aceptable. Si a ello se une que la versión 'débil' de dicha defensa, tal como aparece en su artículo de enero del 2012 antes discutido, tampoco convence argumentativamente, concluimos que Fukuyama ha fracasado hasta hoy en mostrar de modo epistemológicamente aceptable la tesis de que el capitalismo es insuperable. Hay, obviamente, una diferencia crucial entre ambos trabajos: mientras que en el '92 Fukuyama afirmaba sin reservas que ya se había llegado con la sociedad democrática neoliberal a la versión 'insuperable', en el 2012 afirma que para alcanzar tal insuperabilidad hay que esperar pues para que suceda, en 'el futuro' deben adoptarse ciertas medidas.

Sin embargo, al enterarnos de cuáles han de ser esas medidas percibimos que Fukuyama introduce una utópica y contradictoria propuesta acerca de la realizabilidad del mentado fin de la historia: tal como señalamos, suponer que pueden eliminarse las presiones del lobbying de los intereses corporativos es cercano a la imposibilidad factual, pues en tales intereses corporativos reside hoy el mayor Poder dentro del capitalismo de mercado. Esos mismos intereses saben que el mercado no es libre, pues son ellos mismos los que presionan para que, cuando les conviene, el Estado intervenga aquí y allá para que sus ganancias garanticen la supervivencia del sistema.

La peor noticia de ambas versiones de la insuperabilidad del capitalismo

Sin duda, además de lo ya señalado existen, por una parte, ciertas coincidencias con el libro del '92 desfavorables para la salud epistemológica del nuevo trabajo: las falacias citadas anteriormente –falso dilema,

por ejemplo— siguen vigentes. Los olvidos de evidencias potencialmente refutativas de las ventajas de la economía de corte neoliberal, como la creciente pobreza de las mayorías y la imparable escalada de las diferencias entre los más ricos y los más pobres, son algo que para Fukuyama “no es el real problema”. Por otra parte, hay en el segundo trabajo del 2012 algunas ganancias en el plano epistemológico. Por ejemplo, se evitan las blasfemias racistas sobre China y el mundo árabe, se le da cierta, aunque equívoca, relevancia a la discusión del marxismo y, especialmente, se es consciente de que algo serio debe hacerse para des-empantanar la marcha del capitalismo neoliberal, aunque la supuesta solución sea más que discutible, ya que suena a mera cosmética para disimular lo que realmente sucede: se sigue sosteniendo a pesar de todo lo sucedido en los primeros doce años del siglo XXI que el capitalismo es insuperable, o sea que constituye el fin de la historia.

Con un agregado lamentable para los habitantes del aparentemente no terráqueo hemisferio Sur: en ninguno de los dos libros Fukuyama se refiere a problema alguno en país alguno de dicho hemisferio. El Sur, latinoamericano o no, no existe. El globo terráqueo es sustituido por un casquete semiesférico. Ello tiene nombre en nuestras latitudes: ninguno, que a nivel geopolítico es un error-horror lamentable —como lo muestra el caso del mismo Fukuyama quien, en el '92, ninguneaba con displicencia a China, y que en el 2012 ya se ha convertido en el máximo acreedor de su país—, y a nivel epistemológico es EL error mediante el cual se ‘prueba’ y ‘refuta’ lo que conviene. Otra joyita de nuestro autor: al referirse al marxismo sostiene que la categoría de ‘clase’ ha dejado de tener vigencia, pero luego en todo el texto enfatiza la relevancia de ‘la clase media’. Justamente acerca del rol que la clase media juega en su argumento central para defender que la historia aún tiene futuro, Fukuyama comete un enorme error de información básicamente fundado en su ninguneo de Latinoamérica. De acuerdo con datos estadísticos del Banco Mundial, en los últimos seis años la clase media latinoamericana aumentó en cincuenta millones de personas, o sea un 50%. Por si esto fuera poco, de acuerdo con los mismos datos, Argentina es el país en

que más creció en proporción la clase media, lo que la presenta como el país con la mayor movilidad social en la región. Tal 'olvido' voluntario de evidencia, como dicen mis amigos del sur del Brasil: *nao tem fin*.

Hay otros problemas epistemológicos importantes en los intentos de Fukuyama de llevar a cabo lo que en filosofía política y social suele llamarse 'intento de legitimación'. Fukuyama intenta legitimar al capitalismo con la tesis más extrema posible: es insuperable. Ello, es lo común-compartido por ambas versiones: la del libro del '92 y la del artículo del 2012. Es obvio que nuestra crítica muestra, entre otras cosas pero especialmente, que Fukuyama ha fracasado en ambos intentos de legitimación porque sus argumentos están plagados de dificultades serias como *non-sequiturs*, falacias y desconocimiento u olvido de evidencia potencialmente refutativa de sus propuestas. En ambos textos hay otra dificultad global seria. En tales intentos de legitimación hay una tensión acerca de límites. Por una parte, como todo liberal consecuente Fukuyama postula un límite externo a todo cambio global-radical –ello forma parte de su tesis de la insuperabilidad del capitalismo–, mientras que por otro lado, sostiene que no hay límite alguno que impida que el capitalismo, tarde o temprano, resuelva todos los problemas económico-político-sociales –justamente ello constituye el núcleo de la tesis de que él es el fin de la historia–.³⁷ No seremos pues los primeros en afirmar que la evidente y global crisis económica del capitalismo-democrático liberal va acompañada por una crisis global de racionalidad puesta de manifiesto en la obra de uno de sus defensores-legitimadores más conspicuos.³⁸ El problema mayor en todos ellos es, otra vez, de 'límites', en una noción estrecha de racionalidad meramente instrumental elucidable

³⁷ Vinculado a ello, Habermas sostiene que “no debemos desanimarnos en el intento de discernir los límites de perdurabilidad del capitalismo [...] menos aún podría paralizarnos en la decisión de luchar contra la estabilización de un sistema de sociedad [...] hecha a costa de quienes son sus ciudadanos, es decir, al precio de lo que nos importa: la dignidad del hombre” (1999, p. 234).

³⁸ Esta dificultad acerca de la racionalidad no es exclusiva de Fukuyama sino de los autores liberales defensores de una economía de mercado sin restricciones. Ver por ejemplo Gómez (2011, pp. 461-71).

por medio de la lógica deductiva, incapaz de discutir la racionalidad de los fines. Esto la torna no solo limitada sino incompleta, porque deja de lado cómo discutir la racionalidad de los valores en función de los cuales adoptamos o elegimos entre nuestras preferencias.³⁹

Cabe agregar que en su trabajo del 2012, Fukuyama no menciona el progreso lineal de la ciencia y la tecnología como determinando el avance de la sociedad humana a culminar en la democracia liberal de libre mercado, ni tampoco habla acerca del lamentable refrito de Platón y Hegel como antecesores del concepto de reconocimiento que según él es logrado por los seres humanos que viven en un régimen democrático neoliberal. ¿Es esto un olvido? Quizás sea más apropiado reconocer que su trabajo del '92 recibió tantas críticas acerca de su mal uso de un determinismo quasi-físico para explicar desarrollos sociales, así como acerca de su inapropiada apelación a Hegel para justificar que una sociedad de corte democrático liberal constituiría el fin de la historia —tratándose de algo que Hegel explícitamente rechazaba—, que evitó mencionar todo lo relativo a dichas dificultades.

Es obvio que en el 2012 Fukuyama parece estar más cercano a un contingentismo que hace a la suerte de la democracia liberal con economía de mercado depender de las contingencias de la clase media. Sin embargo, esto nos parece excesivamente débil para las pretensiones de Fukuyama, que aún sigue creyendo que el capitalismo democrático liberal ha de ser insuperable, aunque en la actualidad haya que hacerle algunos retoques. Un par de comentarios finales acerca de dos caballitos de batalla de Fukuyama: por una parte su lisonjera apelación continua a la palabra quizás más manoseada de la política y la filosofía política, 'democracia', y su reiterada defensa del capitalismo democrático neoliberal apelando a la inconclusiva expresión "no hay algo mejor".

Ya hace unos años, P. Bachrach (1967) había enfatizado que la democracia ya no se define por el contenido de una forma de vida que hace valer los intereses generalizables de todos los individuos, sino más

³⁹ Por eso Habermas habla de "irracionalidad de la elección de los sistemas de preferencias" (Ibid., p. 177).

bien que tiene que posibilitar compromisos entre las élites dominantes. Y ello no suena tan humanamente plausible, pero justamente ello es a lo que apela Fukuyama cuando recomienda en su artículo del 2012 que para que funcione el 'sistema' hay que evitar la influencia excesiva de tales grupos. Es decir, que él es consciente de que se ha producido en el capitalismo neoliberal un salto cualitativo no éticamente recomendable en el alcance de la expresión 'democracia'.

El gran problema con el uso de la expresión 'es el mejor' o 'es el menos malo', al referirse al capitalismo democrático neoliberal, es que los datos que olvida mencionar refutan concluyentemente tales expresiones. Además, aun si las confirmaran, ello sería insuficiente para justificar su tesis de que tal capitalismo constituye el fin de la historia pues, para probarlo tendría que mostrar no solo que no hay tal alternativa sino que no puede ni debe haberla. Es difícil no pensar que puede haber algo mejor a un mundo actual en el que diez mil niños mueren por día de desnutrición y cada quince segundos se muere uno por no tener acceso a agua potable y, al mismo tiempo, cada segundo se gastan dos millones de dólares en armamentos. La tesis del fin de la historia no es solo una afirmación de inexistencia actual-factual de alternativas sino de que cualquier posible alternativa sería inferior a aquella que se afirma como el fin.

De ello eran conscientes Popper y Hayek, quienes también afirmaron que el capitalismo constituye el fin de la historia, pero argumentando que pretender cambiarlo sería un acto supremo de irracionalidad. Esto es mucho más fuerte y adecuado para lograr el objetivo de legitimar el capitalismo pero está también plagado de insoslayables e irresolubles problemas, como hemos discutido en otras oportunidades.⁴⁰ En verdad, todos los intentos de legitimar al capitalismo neoliberal democrático arguyendo que constituye el fin de la historia han sido un fracaso. Y, sin duda, esas son muy buenas noticias.

⁴⁰ Véase, por ejemplo, Gómez (1995, 2003).

Una invitación a evitar la desaparición de la filosofía de la economía

Más allá del ninguneo geopolítico y de las variadas negaciones perpetradas por Fukuyama, hay algo más profundo en el trasfondo de sus obras, a saber: la creencia de que 'todo es ciencia', no solo cuando se hace ciencia sino cuando se lleva a cabo cualquier viable discusión crítica acerca de ella.

Tanto en 1992 como en 2012, desaparece todo rastro de discusión filosófica. Esto es otro ejemplo de algo propio del neoliberalismo, la sustitución del político por el experto. En los casos que estamos comentando, es el supuesto experto científico el que reemplaza al filósofo político y con él, (i) a todo análisis acerca de las peculiaridades de la naturaleza de los hechos estudiados, (ii) a toda consideración de lo ético evitando toda discusión de las debacles éticas provocadas por el neoliberalismo como la de rotular la justicia social como un sinsentido, o hacer desaparecer la responsabilidad de los que proponen políticas económicas y (iii) a todo estudio respetando la relevancia decisiva de la política, como cuando se la considera secundaria de la economía.

Todo ello calla siempre Fukuyama. Por eso desaparece en su obra la discusión crítica amplia y variada de los cimientos de la economía neoliberal. Sirva este trabajo como denuncia de este último e inaceptable ninguneo y como invitación a ir más allá de la 'ciencia de las ciencias' hacia una auténtica filosofía de las ciencias en la que se discuta críticamente el carácter nimio, inductivamente infundado y prospectivamente indeseable de la tesis del 'fin de todos los fines', ya sea de la ideología, de la ciencia, de la historia, de la modernidad, porque hemos encontrado 'lo último y final' desde lo cual se resuelven todos los problemas y se explica todo. ¿Puede concebirse algo más anti-humano por ser algo más allá de todos los límites?

CAPÍTULO VII

REVOLUCIÓN, IRRACIONALIDAD Y FIN DE LA HISTORIA

Habría que agregar ‘contra natura científica’, y así completaríamos la cuarteta sintetizando los conceptos centrales de la defensa del fin de la historia por parte de los maestros mayores del neoliberalismo: Friedrich Hayek, en el plano teórico-económico, y Karl Popper, su mentor epistemológico. Ambos afirmaron reiteradamente que “el capitalismo es insuperable”, es decir, que es imposible que haya algo mejor después del capitalismo. La gran pregunta es, ¿por qué? Ambos propusieron respuestas largamente fundadas en sus posturas acerca de la sociedad, el mercado, la racionalidad científica, así como del ser humano, la historia, y el bien. Nuestro propósito es desenmascarar rápidamente dichos argumentos para exhibir el carácter falaz de los mismos y, por lo tanto, la inaceptabilidad de la tesis del fin de la historia. De camino, mostraremos la coherencia interna de dichas posturas, lo que torna sus conclusiones más peligrosamente convincentes.

La irracionalidad de las revoluciones totales

Popper propone que no hay mejor acepción del término ‘racionalidad’ que criticismo.⁴¹ Ello se debe a que en tanto el fin de la ciencia es acercarse a la verdad, no hay mejor medio-instrumento para ello que el método crítico. Sabemos, además, que en todos aquellos en los que, como Popper, racionalidad es básicamente racionalidad instrumental,

⁴¹ Véase “Respuesta a Paul Bernays” en Schilpp (1974).

proceder racionalmente es hacerlo tratando de utilizar los medios más eficientes para alcanzar la meta, fin u objetivo. Si tal objetivo es acercarse a la verdad, es decir, progresar hacia ella, Popper estatuye que el mejor instrumento para ello es el método científico que, en su versión del mismo, es el método crítico de conjeturar hipótesis para resolver problemas y aceptar solo aquella que resiste a nuestros intentos de refutarla. Luego, método científico = método de conjeturas y refutaciones = método crítico, porque, según él, ¿qué otra cosa es la crítica sino tratar de refutar lo que se conjetura y adoptar lo que resiste a tal intento?

De ahí que la ciencia es, para Popper, racional por el modo en que progresa —es decir, por aplicación sucesiva en el tiempo del método de conjeturas y refutaciones—. Es imprescindible recordar que tal método es, al decir de Popper, elucidable mediante el uso exclusivo de la lógica formal deductiva. Dicho método es el adecuado para establecer la aceptación o rechazo de hipótesis y teorías de acuerdo con la evidencia empírica disponible y, para ello, basta decidir si la hipótesis o teoría ha quedado refutada por dicha evidencia y la lógica deductiva; más específicamente, la regla de tal lógica del modus tollendo tollens es, según Popper, suficiente para cumplir tal función.⁴²

De ahí que: Racionalidad instrumental = método crítico = progresividad = logicalidad. Tal larga 'ecuación' sintetiza una postura ya clásica en el empirismo: la ciencia es racional porque dispone de un método que la distingue, el cual garantiza, de ser aplicado, el progreso hacia la verdad, para lo cual basta usar acertadamente los recursos de la lógica formal. Todo contexto histórico social queda fuera, toda referencia a valores de algún tipo también, toda influencia de intereses más allá del sano y terapéutico interés por la verdad queda proscripto. No en vano Popper nos dice que tal desarrollo hacia la verdad de las teorías científicas se da en un tercer mundo objetivo —distinto del primer mundo de los hechos del mundo empírico y de un segundo mundo de nuestros

⁴² Por supuesto, dicha suficiencia de la lógica deductiva no es cierta, tal como tratamos de mostrarlo, basándonos en críticas ya estándar de la postura metodológica de Popper, en Gómez (1995).

contenidos cognitivos— en el que los contenidos de las hipótesis y teorías están lógicamente relacionados deductivamente. Ese tercer mundo es a-histórico, a-contextual, a-social, a-cultural. Es un aséptico mundo de meros contenidos objetivos y sus relaciones lógicas atemporales.

Todo ello es coherente con la reducción popperiana de la epistemología a la mera lógica de la investigación, la cual como vimos reduce la racionalidad operante en la ciencia a mera racionalidad instrumental elucidable por la lógica formal deductiva. Una consecuencia inmediata es más que desafortunada: es imposible discutir la racionalidad de los objetivos o fines. Si la racionalidad es lógico-deductiva, tal lógica no puede discutir valores —pues los enunciados valorativos no tienen la forma de sentencias declarativas, las únicas que la lógica formal deductiva abarca— los cuales están siempre presentes toda vez que se trata de optar por objetivos o fines. Este es un límite desafortunado del criticismo popperiano pues no permite que la crítica alcance a los fines u objetivos de la actividad científica. De ahí que Popper haya repetido, y Hayek explícitamente asentido, que la adopción de los fines es pre-racional. Esto ya no es solo una limitación, sino una tragedia, porque lo más importante a discutir en cualquier actividad, de lo cual depende todo lo demás, son los fines u objetivos de la misma.

Por si ello fuera poco, Popper agrega que como no es posible discutir racionalmente los fines, ellos quedan establecidos por la tradición. Nunca, por lo tanto, dispondremos de recursos racionales para justificar la necesidad de cambiar la tradición. Más claramente: la tradición queda fuera de la posibilidad de cambio racionalmente fundado. Si trasladamos todo ello al ámbito de las ciencias sociales, proceder racionalmente en las mismas sería hacerlo mediante la utilización consecuente del método propio de las ciencias sociales, compuesto, según Popper, por la trilogía de lógica situacional, tecnología social fragmentaria e ingeniería social.

No es nuestro propósito referirnos a todos los momentos de dicho método. Nos basta con recordar que la tecnología social fragmentaria exige proceder fragmentaria y gradualmente. En su falaz crítica al tipo de holismo metodológico que supuestamente defendieron Marx y

Adorno, Popper enfatiza que el método de las ciencias sociales aborda problemas puntuales que se dan siempre en un ámbito institucional determinado, para los cuales se dan siempre soluciones específicas. De tal modo, por sucesivas soluciones graduales específicas se han de ir resolviendo otros problemas puntuales. Pero nunca se ha de abordar a la sociedad como un todo problemático, y nunca se ha de proponer como solución un cambio global de dicha sociedad. Las soluciones vía revolución quedan descartadas.

Ahora podemos percibir que hacerlo sería atentar contra el gradualismo metodológico, y ello, debido a que racionalidad se identifica con utilización del método científico, implicaría proceder irracionalmente. Popper está aquí hablando de la sociedad capitalista tal como la describe y explica Hayek, la cual es para él, en este contexto, la tradición. Luego, todo intento de cambiar radicalmente la sociedad capitalista de tal tipo, es atentar contra la racionalidad científica.

No creemos que haya en el siglo xx mayor intento de legitimación de la sociedad dominante capitalista, en tanto abandonarla sería abandonar la racionalidad científica. Todos sabemos el rol persuasivo que esto tiene, por el lugar casi-mítico que ocupa el conocimiento científico en la sociedad contemporánea. No hay problema si se pretende cambiar o modificar gradualmente dicha sociedad. Pero intentar cambiarla radical y globalmente, como por ejemplo, intentar introducir un sistema económico alternativo, significaría cometer el acto supremo de irracionalidad.

Se ha consumado el fin de la historia en aras de la pervivencia de la racionalidad científica. Nada debe cambiar económico-estructuralmente porque hacerlo sería abandonar la manifestación suprema de la racionalidad humana; de otro modo, sería abandonar nuestra humanidad. En las palabras de Hayek, devendríamos como Lucifer. No hay duda: para los padres del neoliberalismo, el capitalismo es insuperable, so pena de devenir irracionales, es decir, no fieles a uno de los ingredientes definitorios de nuestra humanidad.

¿Son también irracionales las revoluciones científicas?

Por supuesto que no lo son para un empirista como Popper, para el cual la racionalidad científica es la expresión máxima de la razón humana. Hay por lo tanto, según Popper, cierto tipo de revoluciones –las científicas– que son racionales. Cabe preguntarse, ¿por qué? Y plantearse si esto no entra en contradicción con nuestra propuesta, que creemos fiel a Popper, de que las revoluciones sociales radicales, a las que Popper llama ‘revoluciones totales’, son irracionales.⁴³ No hay tal contradicción sino, por el contrario, una fuerte consistencia entre la racionalidad de las revoluciones científicas, que como mostraremos Popper defiende, y su versión del carácter irracional de las revoluciones totales.

Es conveniente recordar que para Popper, una teoría científica constituye un progreso respecto de su predecesora si entra en conflicto con ella; esto significa que lógicamente debe contradecir a su predecesora, debe desplazarla. En tal sentido, “el progreso en ciencia es siempre revolucionario”.⁴⁴ Además, en el progreso científico la nueva teoría, aunque revolucionaria, “debe siempre explicar el éxito de su predecesora”.⁴⁵ Por lo tanto, se dispone de un criterio para juzgar a una teoría respecto de su antecesora y, por ende, de un criterio de progreso, y “esto significa que el progreso en ciencia puede ser establecido-evaluado racionalmente”.⁴⁶ Pero como “el progreso científico es revolucionario”,⁴⁷ Popper concluye

⁴³ Decimos que nuestra propuesta es fiel a Popper porque este reiteradamente afirmó de manera explícita la irracionalidad de las revoluciones totales. Así, en *Razón o Revolución* (1994, pp. 65-81) donde critica el holismo de Adorno y su versión de las revoluciones totales, Popper, ya en el título da por sentado que o se procede racionalmente en el cambio social o se lo hace cambiando radical y totalmente (revolucionariamente) la sociedad como un todo. En el mismo trabajo, Popper reitera que la diferencia sustancial entre la escuela de Frankfurt y su postura es la cuestión de “revolución versus reforma puntual y gradual (*piecemeal reform*)” (1994, p. 76).

⁴⁴ Popper (1994, p. 12).

⁴⁵ Ibid.

⁴⁶ Ibid.

⁴⁷ Ibid.

que “las revoluciones científicas son racionales, en el sentido de que, en principio, es decidible racionalmente si una teoría es o no mejor que su predecesora”.⁴⁸

Todo ello es coherente con nuestra sinopsis de la teoría general popperiana de la racionalidad, según la cual la ciencia es racional por el modo en que progresa; lo que la hace racional es que dispone de un criterio. Este, en última instancia, resulta de la aplicación del método científico de conjeturas y refutaciones, que en el caso de las revoluciones científicas permite establecer si la anterior teoría queda refutada y si la nueva contradice a su predecesora. Además, no entra en conflicto con la irracionalidad de las revoluciones totales, pues mientras estas violan el método científico gradualista propio de las ciencias sociales, las revoluciones científicas no lo hacen en tanto en todo momento que se produce un cambio científico, este se lleva a cabo de acuerdo con las pautas de proponer nuevas conjeturas que reemplazan a aquellas ya refutadas. Vistas desde las perspectivas de las revoluciones sociales totales, las revoluciones científicas son micro-revoluciones en las que no se cambia todo sino que se conserva como aproximación —mediante correcciones— la

⁴⁸ Ibid. La síntesis efectuada no debe ser entendida como asintiendo con las principales tesis de la misma. Por ejemplo, la concepción popperiana del progreso científico está plagada de inconvenientes insalvables. No es cierto que haya un criterio popperiano efectivo de progreso. Cuando Popper trató de rigorizarlo mediante la noción de ‘grado de verosimilitud’ fracasó rotundamente porque, por ejemplo, tal criterio no funciona para comparar teorías sucesivas, en cuanto a su acercamiento a la verdad, cuando las mismas tienen consecuencias falsas, pero este es justamente el caso que a Popper más le interesa. Para un tratamiento sistemático de las críticas a la teoría popperiana del progreso científico, véase Gómez (1995). Además, Kuhn cambió la historia de la filosofía de las ciencias en el siglo xx, justamente presentando una versión alternativa del progreso científico en las que las revoluciones, si bien son racionales, son rupturas no acumulativas que no pueden ser elucidadas en términos exclusivamente lógicos. Al gradualismo y fragmentarismo popperiano, Kuhn contrapuso un holismo multidimensional. De hecho, en la postura de Kuhn no puede inferirse que las revoluciones totales, tanto en ciencia como en política, son irracionales. Afirmamos ello para mostrar que hoy, en filosofía de las ciencias, el gradualismo popperiano no es ya la versión oficial, ni mucho menos —más allá de que haya hoy o no una versión oficial—.

vieja teoría en la nueva. Es por eso que Popper hable de “revolución en permanencia” al referirse al desarrollo progresivo de la ciencia.

Por otra parte, Popper distingue a las revoluciones científicas de las revoluciones ideológicas y aclara que usa “el término ideología para cualquier teoría no-científica o credo, o visión del mundo que luzca atractiva, y que interese a la gente incluyendo a los científicos”.⁴⁹ Hay, según Popper, revoluciones científicas que dieron lugar a revoluciones ideológicas –copernicanismo y darwinismo, así como la revolución einsteniana–. Pero para las revoluciones ideológicas no tenemos un criterio lógico de progreso, como en la ciencia, y por lo tanto, de racionalidad. En verdad, “no parecemos tener algo como un criterio de progreso o de racionalidad fuera de la ciencia”.⁵⁰ Esta es, claramente, una flagrante y explícita afirmación de científicismo.

Hubo, sin duda, revoluciones científicas no acompañadas por revoluciones ideológicas, como por ejemplo la revolución de Faraday y Maxwell, así como la de J. J. Thomson con el descubrimiento del electrón, etcétera. Popper, incluso “no ve una revolución ideológica como resultado del gran cambio producido por Crick y Watson”.⁵¹

Popper concluye que toda “revolución ideológica puede servir a la racionalidad” pero, también, que si está ligada a una revolución científica “puede ser de un carácter elevadamente irracional, y puede conscientemente romper con la tradición”.⁵² Así, la interpretación ortodoxa de la mecánica cuántica “no es parte de la física, sino una ideología que es un

⁴⁹ Ibid., p.16. Por supuesto, esta muy extraña y burguesa-conservadora noción de ideología hace de la postura de Popper sobre la ciencia una forma de ideología –“siempre que le interese a la gente”–, pero en un sentido nimio. Por el contrario, si utilizamos cualquiera de los varios sentidos de ideología de Marx, tal postura, y especialmente, la concepción de la ciencia involucrada, devendría ideológica en sentido mucho más fuerte –falseadora, representando la preservación de los intereses de la clase dominante– en cualquiera de dichos sentidos.

⁵⁰ Ibid., p.18.

⁵¹ Ibid., p.19.

⁵² Ibid., p.22.

serio obstáculo al progreso de la ciencia”.⁵³ Esta extremísima tesis no sería aceptada hoy por la mayoría de los físicos y por gran parte de los filósofos de la ciencia.

Pero una revolución científica “no puede romper con la tradición, en tanto debe preservar el éxito de las predecesoras”, y “este es el porqué de que las revoluciones científicas son racionales”.⁵⁴ Podemos acotar que ello es también la razón de que toda revolución social (total) es irracional porque, en tanto global, involucra una ruptura radical con la tradición. En resumen, y de acuerdo con el criterio popperiano de racionalidad, las revoluciones científicas son siempre racionales, las sociales totales, siempre irracionales, mientras que las ideológicas pueden ser una u otra dependiendo de su funcionalidad al progreso científico. Lo que sucede es que “una ideología que ha aprendido del enfoque crítico de las ciencias es susceptible de ser más racional que una que choque con la ciencia”.⁵⁵ Otra vez, cientificismo rampante.

Es obvio que en todo este análisis predomina la teoría popperiana de la racionalidad científica instrumental, cuyo objetivo es maximizar la consecución del mayor objetivo de la ciencia, y acercarnos progresivamente a la verdad –acerca del mundo empírico en las ciencias naturales, y el mundo de las instituciones en la sociedad capitalista democrática, en el caso de las ciencias sociales–. Como consecuencia, en todos los casos la ruptura radical con la tradición establecida –tanto en ciencias naturales como sociales– constituye la suprema irracionalidad. Más allá de la declaración popperiana de revolución en permanencia en el caso del cambio científico, la propuesta de Popper es una versión de racionalidad meramente instrumental y fuertemente conservadora, fiel, en el plano político-económico, a una visión general más conservadora aun.

Hay algo profundo que une sus versiones de revolución científica y social: la racionalidad que se utiliza para evaluarlas involucra no ruptura

⁵³ Ibid.

⁵⁴ Ibid.

⁵⁵ Ibid., p.30, n.43. Sin embargo, Popper cree que, en general, las revoluciones ideológicas son raramente racionales

radical con la tradición, por lo que solo la reforma gradual con preservación de lo anterior es racional, tanto en el plano empírico natural como social.

Las revoluciones sociales como actos contra natura

Hayek también asume una versión fuerte de racionalidad que podemos dividir en tres afirmaciones: (a) actuar racionalmente es hacerlo tratando de maximizar el logro de nuestros objetivos, (b) los agentes económicos en el mercado actúan racionalmente, por lo que (c) comportarse irracionalmente es violar las pautas del mercado.⁵⁶ Por lo tanto, toda revolución estructural profunda es irracional porque pretende cambiar radicalmente la sociedad en la que el mercado es el locus supremo de la racionalidad.

Sin embargo, según Hayek lo propio del ser humano no es ser racional, sino ser social. Somos seres que necesitamos del semejante para la supervivencia. Devenimos racionales, en un largo proceso histórico de selección a través del cual arribamos a la actual sociedad de mercado. Tal racionalidad es pues el resultado de un desarrollo que desemboca en un sistema de la división del trabajo que requiere para su mejor funcionamiento, de una actividad guiada por el intento de maximizar la consecución de sus objetivos. En ningún ámbito se logra ello mejor que en el mercado. Por eso decíamos que, para Hayek, el mercado deviene el locus de la racionalidad instrumental.

Tal orden del mercado no contempla ningún orden superior a él. Es el último sistema de referencia; es, en verdad 'el' sistema de referencia. Es pues, el Orden Absoluto, con su moralidad específica, que es también 'última', así como lo es su racionalidad específica. O sea, no hay una teoría de la racionalidad que vaya más allá que la teoría del mercado. Si alguien hoy aún busca fundamentalismos absolutistas, aquí tiene un macro ejemplo de ello.

⁵⁶ Véase, por ejemplo, Hayek (1944) y (1967).

Por lo tanto, por una parte, la racionalidad de cada individuo es estimada en términos de su adecuación a la racionalidad del mercado. El acto supremo de irracionalidad es discutir tal racionalidad del mercado o pretender cambiar las reglas de juego del mismo –al menos interferir en él, tal como supuestamente recomienda el keynesianismo–. Por otra parte, hay que recordar que a tal Orden del Mercado se llega como resultado de un largo proceso de selección en el que el mismo queda legitimado por haber sobrevivido a los cambios que se fueron dando en la organización social humana.

Hay en Hayek, pues, una defensa de la sociedad capitalista de mercado que no solo apela a una versión de la racionalidad instrumental –cambiarla sería acto supremo de irracionalidad– sino también a una legitimación de la misma por una argumentación de corte naturalista-spenceriana. Por ambas razones, la sociedad capitalista de mercado constituye el fin de la historia.

Tal argumentación adolece, por un lado, de todas las falencias ya señaladas de una teoría de la racionalidad meramente instrumental con sus serias limitaciones. Por el otro, es curioso cómo al evolucionismo al que se apela se lo detiene y viola cuando conviene. En una auténtica postura evolucionista, no hay instancia alguna que pueda reclamar el derecho de ser la última. Un argumento evolucionista justifica a lo sumo adónde se ha llegado, pero no basta para postular eso como final. Es en este sentido insuficiente, y explica que en el caso de Hayek esté complementado por el argumento acerca de la racionalidad suprema del mercado.

Hay además, en la propuesta de Hayek, una apelación a cierta forma de la falacia naturalista. La sociedad de mercado, tal como existe hoy, es el resultado de un largo proceso de selección. Ello explica solo una cuestión de hecho: la forma estructural adoptada por la sociedad hoy. Pero ello no basta para justificar que tal racionalidad y moralidad ‘debe’ ser aceptada –cuestión de derecho–. Justamente, al postular una cuestión de hecho como una cuestión de derecho, se naturaliza esta última, se la concibe como una cuestión de hecho natural más, cuando en verdad no lo es –falacia naturalista–. Además, en la argumentación evolucionista

de Hayek, el éxito logrado evolutivamente hace que tanto el mercado como su moralidad sean inevitables. Esto es también una profunda violación de un auténtico evolucionismo, en el que en lugar de necesidad e inevitabilidad domina la contingencia.

Hay más aun: el desarrollo 'natural' de las sociedades nos ha traído, según Hayek, el orden de la libertad, manifestada máximamente en el mercado sin interferencias, el cual nos ha permitido mayor progreso económico y ascenso social.⁵⁷ Estamos, supuestamente, en una situación que nos permite ser mejores que en cualquier otro orden alternativo. En consecuencia, si queremos cambiar el orden de la sociedad de libre mercado, nos alejamos no solo del locus de la racionalidad sino también de la libertad, un orden, repetimos, logrado a través de un largo y arduo proceso de selección. Esto enfatiza que sería contra-natura buscar o proponer algún orden alternativo.

La sociedad capitalista de mercado es pues final, y como tal, al decir de Hayek, es la que nos permite el mayor acceso al bien, porque el orden de la libertad es, según él, intrínsecamente bueno. Solo resta expandir tal orden. No extraña pues que nos anticipe que la historia, en el futuro, va a consistir en acercarse más y más a dicho bien. En otras palabras, la historia en el futuro consistirá en la gradual e inevitable expansión del capitalismo de mercado.

En todo ello hay más que el fin de la historia. La historia, así concebida por Hayek, anuncia el fin de todas las utopías, pues no hay, so pena de irracionalismo y anti-naturalismo, lugar alguno para algo distinto. Todo orden alternativo está fuera del único lugar realmente posible (utopos). No en vano, al recibir el Premio Nobel Hayek afirmó que alterar tal orden del mercado bajo la promesa de traer el cielo a la Tierra, no sería nada más que el advenimiento del Infierno.⁵⁸

⁵⁷ Véase Hayek (1960).

⁵⁸ Pareciera ser una ley de las posturas liberales que, tarde o temprano, terminen apelando a amenazas escatológicas. En el caso de Popper, la amenaza tomó diversas formas, como "ninguna libertad para los enemigos de la libertad". Suena bien. Pero en el contexto general de su postura filosófico-política, cabe preguntarse por el tipo de libertad que Popper defiende. No hay duda de que

No debemos olvidar que ese Infierno no era para Hayek, siquiera la sociedad comunista de Marx o alguna otra forma de socialismo, sino básicamente un mundo económico-político a la Keynes, en el cual se pretendiera, como parte de la responsabilidad social, el logro de la justicia social. Nadie como Hayek realizó una crítica más feroz a la pretensión de justicia social, concepto que para él carece de sentido, porque queda fuera del marco conceptual que considera pertinente para abordar los hechos económicos.

Por razones de brevedad, distinguiremos al menos tres líneas argumentativas sobre el porqué de tan extrema afirmación. La primera se basa en la siempre repetida expresión acerca de la imposibilidad del conocimiento total. Como no podemos disponer de toda la información pertinente para una redistribución justa, no podemos hacerlo sin cometer errores que generan nuevas desigualdades. Esta argumentación es debilísima porque apela a la falacia del falso dilema de todo o nada. Como no podemos ser totalmente precisos, estamos condenados a no hacer efectivamente nada. Además, no es necesario

en primer lugar es la libertad de mercado; los enemigos son pues los enemigos del mercado. Esto no suena ni muy crítico, ni muy tolerante, en oposición al modo en que muchos leen a Popper, como paradigma de la defensa de la libertad, la justicia, la tolerancia, etcétera. No podemos ni debemos olvidarnos que tanto Hayek como Popper estuvieron explícitamente de acuerdo con las dictaduras latinoamericanas de los setenta —en el caso de Hayek, incluso como asesor personal de Pinochet—. La libertad política y la democracia, para ellos, no eran sacrosantamente inviolables; por el contrario, ambos sostenían que la libertad económica es condición necesaria pero no suficiente para la libertad política. Más claro: el casamiento entre libertad económica y democracia no es por necesidad sino asunto de conveniencia. Si conviene, se lo rompe, tal como sucedió nefastamente no hace mucho en nuestros países. Además, ¿será cierto que era necesario e inevitable que el desarrollo de la sociedad latinoamericana desembocara en... los Somoza, Stroessner, Videla o Pinochet? Ah... nos olvidábamos... y todo ello ha sucedido sin posibilidad de cambios radicales futuros. Pareciera que la escatología desemboca en la más nefastamente pesimista versión de la historia, contra las fallidas y pomposas declaraciones de que tal sociedad de mercado, como Hayek se hartó de repetir, resolvería a corto plazo los problemas económico-sociales que afectan a la humanidad, algo a lo que la rueda de la historia ya le pasó por encima.

conocer totalmente todas las variables, sino aquellas que son pertinentes, relevantes y adecuadas.

La segunda línea de argumentación se basa en que la sociedad libre es el resultado de un proceso evolucionista y, por ende, los resultados de un proceso tal no son justos ni injustos. Pero es justamente tal carácter evolucionista del desarrollo, que desemboca en la sociedad de mercado, el que hay que poner en tela de juicio. Darwin estaría al frente de la larga fila de los que están en desacuerdo, pues para él la estructura del proceso del desarrollo de las especies no es trasladable al desarrollo de las sociedades humanas.⁵⁹

La tercera aproximación argumentativa hayekiana se da en términos de la tensión entre libertad y justicia social. Para distribuir justamente hay que coaccionar a algunos para que otros tengan mayores beneficios, y tal coerción amenaza irremediabilmente la libertad de los individuos. Cabe preguntarse por qué necesariamente coacciona. Y, ¿de qué libertad estamos hablando? Obviamente de la libertad negativa entendida como no interferencia, pero ello debe sopesarse con el derecho a la libertad positiva que tenemos todos, algo negado por la injusticia social. Además sería coerción para aquel cuya eticidad está constituida exclusivamente por un egoísmo insaciable, aquel que Hayek considera como parte de nuestra humanidad. Es, por lo tanto, la estrechísima visión ontológica y ética del ser humano, propia de Hayek, la que subyace como premisa oculta de su argumento. Y es esa concepción del ser humano la que resulta inaceptable, vaciando al argumento de toda validez.

El carácter de juego que el mercado tiene para Hayek enfatiza su enfoque argumentativo. Si el mercado es un juego, hay siempre ganadores y perdedores, de ahí la inevitable presencia de desigualdades como resultado de la operatividad del mercado. Pero no hay nada injusto en ello, pues carece de sentido responsabilizar al juego, ergo: nadie es últimamente responsable por la pobreza y las desigualdades. Cabe preguntarse en este caso si todos los que viven en una sociedad de mercado participan libre y de forma voluntaria en él, a lo que cabe agregar

⁵⁹ Véase Darwin (1871).

inquisitivamente si todas las sociedades contemporáneas que abrazaron una economía de mercado lo hicieron libre y democráticamente. La obvia respuesta negativa a ambas preguntas erosiona el carácter convincente de tal argumento hayekiano.

Por lo tanto, ninguna de las razones exhibidas por Popper y Hayek en aras de un supuesto fin de la historia son aceptables. Esa ha sido la principal conclusión de este capítulo. Pero además, por razones de todo tipo —económicas, como la creciente polarización de las desigualdades; culturales, como la pérdida de identidades locales, regionales y nacionales; políticas, como la erosión de las soberanías nacionales; pero fundamentalmente éticas, pues nadie en última instancia es responsable de ayudar a los excluidos que son creciente mayoría—, el Infierno, no el de Hayek sino ese que ya llegó, no puede ni debe ser sacralizado como el fin de la historia. La tradición, la bendecida por Popper y Hayek, es la que debe ser cambiada para que las sociedades humanas puedan ser eso, plenamente humanas.

CAPÍTULO VIII

Y DESPUÉS...

Consideraremos una serie de cuestiones adicionales que creemos importantes para poder llegar a una postura sensata acerca de la economía. Ellas son: (1) el abandono de dicotomías que atentan contra su carácter científico en tanto no permiten arribar a una auténtica racionalidad y objetividad, (2) la necesidad de aclarar brevemente la relación entre distintos tipos de violencia, alguno de los cuales está vinculado con la implementación de ciertas medidas económicas de tipo neoliberal, y (3) la necesidad de lograr una versión de una filosofía adecuada para proponer e implementar medidas para salvar y mejorar el medio ambiente, para evitar las catástrofes ecológicas producidas y legitimadas por ciertas políticas económicas y prácticas de uso de tecnología afines al capitalismo de libre mercado.

1. Más allá de la falacia de Adam: la debacle de las dicotomías

En un libro reciente, Duncan Foley afirma la presencia de una falacia a lo largo de la historia del pensamiento económico que se había manifestado claramente por vez primera en la obra de Adam Smith. Dicha falacia toma, en nuestra opinión, diversas formas. A veces luce como un caso de falso dilema, otras como falacia naturalista, y siempre presupone una muy discutible dicotomía. Así, Foley sostiene que la por él llamada “falacia de Adam” se basa en “la idea de que es posible separar [tajantemente del orbe restante de lo social] una esfera económica de vida, en

la cual la prosecución del auto-interés está guiada por leyes sociales que persiguen lograr un resultado beneficioso”.⁶⁰

Para Smith dicha separación de una esfera económica respecto del ámbito más amplio de la política es condición sine qua non de la posibilidad de la economía como ciencia, con leyes autónomas y objetivas intocadas por los valores políticos más amplios. Por ello, en su opinión, en el contexto de mercados competitivos, hay que comenzar por principios económicos puros que surgen de la interacción de agentes económicos individuales auto-interesados que persiguen acumular privadamente mercancías. Esta esfera económico-científica está, según él, tajantemente separada de las esferas sociales y políticas más amplias. El objetivo de tal escisión es, en opinión de Foley, hacer de la economía valorativamente neutra, garantía última, para Smith y sus seguidores a través de los siglos, de objetividad científica.

I

Foley, por el contrario, sostiene que “el modo económico de pensar está cargado de valores como cualquier otro enfoque acerca de la sociedad”.⁶¹ Coincidimos con él al respecto, y estamos de acuerdo en que esto es la base del falso dilema “o economía aislada de lo político-social o carácter no científico de la economía”. A lo que se concluye falazmente que como la economía debe ser una ciencia, entonces debe estar aislada de la esfera socio-política. Dicha falacia está acompañada por versiones de la falacia naturalista. Por ejemplo, Smith propone, de acuerdo con la versión de Foley, que “siendo egoísta y siguiendo las reglas de las relaciones de propiedad capitalista, estamos siendo buenos hacia otros seres humanos”.⁶² En efecto, aquí se está igualando una propiedad no-ética –seguir las reglas de la propiedad privada– con una propiedad ética –ser bueno hacia otros seres humanos– sin abrir la discusión acerca del porqué de tal identidad, cerrando a priori toda discusión al respecto. Foley

⁶⁰ Foley (2006, xiii).

⁶¹ Ibid.

⁶² Ibid., p. 2.

señala, además, que “ni Smith ni nadie ha mostrado cómo el egoísmo privado se transforma en altruismo público”.⁶³ Por otra parte, debido a que supuestamente el resultado final es el bien público, debemos aceptar sin alternativas el auto-interés acumulativo y sus consecuencias, incluyendo las desigualdades distributivas acompañadas por la violencia moral. Pero que quede claro: todo ello está legitimado por una enorme falacia, por un argumento que luce correcto cuando realmente no lo es. Pienso que para el lector sería bueno explicar en qué consiste la falacia.

Foley agrega que las actitudes de Malthus y Ricardo hacia la caridad y la pobreza son casos extremos de la falacia de Adam. En ambas versiones, la lógica del intercambio de mercancías es opuesta a la lógica moral. Por ejemplo, Malthus cree que la caridad permite a los trabajadores reproducirse aunque no tengan empleo, lo que genera más desempleo: ergo, la disyuntiva de hierro es caridad –acompañada por desempleo y pobreza– o disminución de pobreza. Esto implica, debido a que no podemos aceptar el creciente desempleo, que “la realidad del intercambio de mercancías y sus leyes tiende a derrotar a la acción moral”.⁶⁴

Más importante es señalar que la falacia presupone que las leyes económicas –en tanto independientes de toda influencia del contexto más amplio– son eternas e inmutables, no sujetas a modificación alguna. Esto tiene nombre y apellido: la naturalización del orbe económico social, asumiéndolo regido por leyes con la misma validez que las leyes de la naturaleza, una forma lamentable de reduccionismo que muchos economistas de fuste han adoptado como garantía de cientificidad, cuando, en verdad, presupone una confusión apriorística de esferas ontológicas que se asumen, sin discusión alguna, como regidas por el mismo tipo de leyes.

Esta naturalización fetichizadora de las leyes económicas fue uno de los polos centrales de ataque por parte de Marx, quien criticó a Smith, Malthus y Ricardo por hablar como si los principios y leyes económicas “fueran válidas para todas las sociedades humanas en todo lugar y en

⁶³ Ibid., p. 3.

⁶⁴ Ibid., p. 85.

todo tiempo”.⁶⁵ Aun más, Marx desmontó una de las formas de la falacia de Adam, al mostrar que “la prosecución del auto-interés, aun en el contexto de las relaciones de propiedad privada reguladas por ley, no es camino hacia la buena vida”. Por el contrario, aliena al ser humano y le impide ver que esas mismas relaciones hacen posible su explotación, así como también enmascara los principios y leyes económicas discutidas, que no son resultado de ley objetiva alguna sino de “relaciones sociales de producción históricamente específicas”.⁶⁶

Foley sostiene que posteriormente, la versión de la falacia de Adam, hecha por neoclásicos y marginalistas, consistió en buscar un modelo de conocimiento científico [en la física matemática –Jevons, Menger, Pareto, Walras– o en la biología –Veblen–] totalmente separado de lo político-económico-social.⁶⁷ Tanto en el caso matemático-fisicista como en el biologista, la vida económica es asumida como regida por leyes objetivas que nosotros debemos seguir por no haber otra alternativa. Por otra parte, se elimina del discurso científico-económico toda cuestión moral, lo cual es visto como algo imprescindible y beneficioso.

El dilema subyacente a todas estas formas de falacia toma un giro más radical en los teóricos ortodoxos de la economía del siglo xx. Foley opina que ello se debe a la emergencia de un problema inédito, radicalmente nuevo: “¿cómo vivir con las fuerzas caóticas desatadas por el capitalismo a escala mundial?”.⁶⁸ A pesar de ello, ninguno de los que para Foley son los tres grandes teóricos del siglo, Keynes, Hayek y Schumpeter, abandona la dicotomía básica de Smith y, por ende, no reintroducen la ética en el ámbito de la economía, así como tampoco abjurán de ciertos aspectos del fetichismo de las leyes económicas.

⁶⁵ Ibid., p. 92.

⁶⁶ Ibid., p. 122.

⁶⁷ A. Marshall, en opinión de Foley, osciló entre los extremos matemático-fisicista y biologista adoptando la retórica evolucionista pero matematizando los principios económicos.

⁶⁸ Foley (2006, p. 179).

Todos ellos, especialmente Hayek, exageran además la espontaneidad del mercado. Tal como Foley enfatiza, la historia del capitalismo muestra, por un lado, que la realidad social es creación colectiva de la gente, por lo que si la gente puede cambiar, también pueden cambiar colectivamente las leyes sociales y evitar así reducirlas a leyes de la matemática, de la física o la biología. Por otro lado, dicha historia muestra que la empresa privada apela reiteradamente, cuando lo necesita o le conviene, a la acción reguladora del gobierno de turno.

Hay una versión de la falacia de Smith muy influyente en los últimos cincuenta años. Ella consiste en la división tajante entre 'economía positiva' —meramente descriptiva-explicativa-predictiva de los hechos económicos— y 'economía normativa', que explicita objetivos a alcanzar y asume regulativamente juicios de valor. Dicha dicotomía fue elevada por M. Friedman a pauta inviolable para la cientificidad de la actividad económica que debía ser inexorablemente descriptiva, so pena de devenir no científica.

Es el momento de decir, hoy más que nunca, luego del desastre de los mercados mundiales y de la desacralización del libre mercado sin ningún tipo de intervención gubernamental, que la falacia de Adam, en sus distintas versiones a través de la historia, presupone que el capitalismo es un sistema estable y auto-regulado. Es hoy más evidente que nunca que tal supuesto es flagrantemente falso, en especial porque su sobrevida hizo, hace y hará necesaria la intervención política regulativa para evitar que la marcha misma del mercado se salga de carril. Además, a cualquier decisión al respecto le siguen consecuencias, "algunas buenas y otras dañinas", por lo que no hay escape acerca de tomar en cuenta "la relevancia moral de sopesar en cada caso el bien y el daño".⁶⁹

Aunque Foley no lo mencione, creemos que la falacia de Adam presupone una premisa mayor que enuncia, para el caso considerado, la más profunda y penetrante dicotomía, aquella que distingue y separa tajantemente entre juicios de hecho y juicios de valor. Por lo tanto, la

⁶⁹ Ibid., p. 225.

superación de la falacia de Adam en sus diversas formas dicotómicas requiere superar la dicotomía entre dichos juicios.

II

Los economistas liberales sacralizaron dicha dicotomía, empezando por el brillante Lionel Robbins en sus sesgados estudios acerca del positivismo lógico de la época, y en su aplicación de los mismos a su concepción de la economía. Ya en 1935 es evidente la influencia del positivismo lógico en la obra de Robbins. Tal influencia se pone de manifiesto en su defensa de dicotomías claves para el positivismo lógico: (1) ética y ciencia, en particular, ética y economía, (2) economía descriptiva y economía normativa, (3) juicios de valor y juicios de hecho, que depende de la dicotomía, (4) empíricamente cognitivo y no-cognitivo, y (5) juicios analíticos y juicios sintéticos. Todas ellas están íntimamente vinculadas. Más claramente:

1. Ética y ciencia. Robbins cree que la discusión racional es imposible en ética porque los juicios éticos son juicios de valor y para los mismos es imposible dar razones objetivas: las razones solo están disponibles para los juicios de hecho. Por lo tanto, las cuestiones éticas deben quedar fuera de toda ciencia, y en particular de la economía. Lo que sucede es que, según (3) y (4), solo los juicios de hecho son empíricamente significativos, no así los juicios de valor, de acuerdo con el criterio empirista del significado propuesto en diversas versiones por los positivistas lógicos. Solo la discusión de medios —para alcanzar determinados fines ya asumidos— es susceptible de análisis científico —o sea, de ser sustentada y decidida por razones objetivas—, pero los desacuerdos acerca de los fines mismos no lo son, pues estos involucran juicios de valor y estos están siempre teñidos subjetivamente.

Carnap, el más famoso de los positivistas lógicos, sacralizó lo anterior al distinguir entre juicios condicionales y absolutos de valor.⁷⁰ Los primeros establecen las condiciones para alcanzar determinados fines y

⁷⁰ Véase R. Carnap (1963).

dichas condiciones son discutibles empíricamente. Por ejemplo, cuando se afirma que un acto es bueno porque es instrumental para alcanzar un determinado objetivo, tal afirmación es elucidable mediante la investigación empírica. Los juicios absolutos de valor son aquellos en los cuales no relativizamos nada posterior, como cuando afirmamos que algo es moralmente bueno. Por ejemplo, al afirmar 'Dios es perfecto' o cuando decimos 'la Madre Teresa es buena', lo afirmamos sin condición previa alguna. De acuerdo con los positivistas lógicos, estas afirmaciones están sesgadas por los valores que sustenta el sujeto que juzga.

Por lo tanto, solo los juicios condicionales de valor son aceptables en ciencia por ser, en última instancia, juicios empíricos, mientras que los juicios absolutos deben quedar fuera de ella. A estos últimos se refieren Robbins y los economistas cuando abjuran de la presencia de juicios de valor en el discurso científico. De ahí, ellos concluyen que toda economía debe ser descriptiva, pues la economía normativa involucra juicios absolutos de valor que, supuestamente, impiden el carácter objetivo de la ciencia.

Robbins concluye que "no parece lógicamente posible asociar las dos áreas [ética y economía] en forma alguna excepto por yuxtaposición. La economía se ocupa de hechos afirmables y decidibles, la ética de valuaciones y obligaciones".⁷¹ No puede ser aquí más explícita la presencia de una forma de la falacia de Adam dicotomizando dos dominios como irremediabilmente separados e irreconciliables. Robbins concluye de ello que los enunciados científicos, y por ende los de la economía en tanto ciencia, o son empíricos –en terminología lógico positivista, sintéticos–, o provenientes de la lógica y de la matemática –o sea analíticos, de acuerdo con el positivismo lógico–, en consonancia con la dicotomía (5) ya señalada.

Robbins rechaza, debido a la influencia lógico-positivista, la idea misma de consenso razonado acerca de valores, por ejemplo, acerca de la comparación intersubjetiva de utilidad. Ello explica la búsqueda de un criterio objetivo que supuestamente es el de optimalidad de Pareto

⁷¹ L. Robbins (1932).

sin percibir la necesidad obvia de preguntarse: ¿cómo puede haber un criterio valorativamente neutro de optimalidad? Los valores entran aquí por la ventana... Agréguese a ello que el criterio de Pareto es muy débil para evaluar estados de hechos socio-económicos. Un estado de hechos sería óptimo según el criterio de Pareto si nadie puede estar mejor sin que alguien esté peor. Pero entonces, derrotar a la Alemania Nazi en 1945 no puede ser llamado Pareto-optimal porque al menos un agente –A. Hitler– fue desplazado a un nivel de menor utilidad.

2. Economía descriptiva y economía prescriptiva. Robbins afirma que “debemos aferrarnos a la idea de una ‘ciencia neutral de economía’, un sistema generalizado de descripción de influencias y movimientos en el mundo de relaciones económicas. Haber reconocido la distinción entre economía positiva y normativa es uno de los logros del pensamiento de A. Smith y los fisiócratas”.⁷² No solo está presente aquí la imposición sin reservas de la falacia dicotómica entre dos maneras de abordar la economía, abjurando de una de ellas so pena de abandonar la objetividad científica, sino además el reconocimiento de sus ancestros más lejanos, Smith y los fisiócratas.

Robbins aclara que no es posible inferir prescripciones políticas a partir de resultados económicos –otra vez, la dicotomía entre juicios de hecho y juicios de valor o, mejor dicho, la imposibilidad de inferir juicios de valor a partir de juicios de hecho–, aunque acepta la influencia de la política en la investigación económica. Por ejemplo, en relación con los objetivos, la teoría de política económica clásica “reconoce objetivos y valores políticos clásicos”.⁷³ Robbins va incluso más allá, pues niega que haya “criterios generalmente aceptables para adoptar supuestos políticos no solo al juzgar los resultados, sino también en la formulación de preguntas a inquirir”.⁷⁴ Robbins ejemplifica convincentemente lo afirmado proponiendo que “una visión política que establece como valor supremo la igualdad tendrá estándares de juicio radicalmente distintos

⁷² L. Robbins (1963, p. 19).

⁷³ *Ibid.*, p. 13.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 22.

de aquella cuyo valor supremo es la libertad.”⁷⁵ Esta afirmación es relevante para desmitificar una versión oficial lamentable y distorsionadora del positivismo lógico y sus más distinguidos seguidores, que afirmaban que las decisiones se tomaban exclusivamente mediante análisis lógico-matemáticos.

En efecto, Robbins muestra en dicha afirmación que comprendió como pocos a los positivistas lógicos. Los miembros de la llamada ala izquierda del mismo (Carnap, Neurath, Frank) enfatizaron la presencia de valores contextuales no epistémicos en las preguntas a inquirir, los objetivos a proseguir y, especialmente, al juzgar los resultados y justificar la aceptación o rechazo de las propuestas, señalando una y otra vez, la presencia de “elementos volicionales” (Carnap), “motivos auxiliares” (Neurath) y una amplia “variedad de razones” (Frank) en la aceptación-rechazo de hipótesis científicas reconociendo, contra lo que oficialmente se dice de ellos, que la decisión no está basada exclusivamente en el uso de recursos lógico-matemáticos.

De acuerdo con Carnap, por ejemplo, para decidir la aceptación o rechazo de hipótesis debe tenerse en cuenta que “la selección de hipótesis... está determinada por ‘diferentes’ tipos de factores... La lógica inductiva representa ‘solamente los factores lógicos’, pero no aquellos de carácter práctico o metodológico”.⁷⁶ Carnap agrega que “la aplicación de la lógica inductiva a las decisiones prácticas... involucra en adición a la metodología de la inducción... consideraciones de naturaleza ‘psicológica’ –por ejemplo... se ocupa de preferencias y valuaciones”.⁷⁷ Sin embargo, esto no implica amenaza alguna a la objetividad científica porque “los problemas aquí involucrados pertenecen a una rama especial de la ciencia empírica: la psicología de las evaluaciones como parte de la teoría de la conducta humana”.⁷⁸ Esto puede ser entendido como “un caso

⁷⁵ Ibid.

⁷⁶ Carnap, (1962, p. 161)

⁷⁷ Ibid., p. 245.

⁷⁸ Ibid.

especial de la tesis general del empirismo lógico de que no hay un tercer tipo de conocimiento además del conocimiento empírico y lógico”.⁷⁹

Neurath enfatiza que la complejidad de la justificación en ciencia no es reducible a un juego meramente lógico entre enunciados. La justificación de la adopción/rechazo de hipótesis requiere de ingredientes prácticos-volicionales que Neurath llama “motivos auxiliares”. La expresión misma indica la inevitable presencia de algo no reducible al juego de lógica + evidencia empírica, sino de algo requiriendo una decisión de la voluntad. Y para tomar tal decisión no hay algoritmo. Tales decisiones son parte de nuestra conducta, y por tal razón él llamó ‘Behaviorística’ a la disciplina que las estudia con más detalle, como ciertas formas de conducta. Entre los motivos auxiliares que suelen usarse, Neurath sostiene que los científicos recurren como motivo auxiliar a la elección de “la más simple”, o también “la más útil”, o “la más progresiva”, o “la que favorece los intereses de la clase trabajadora”. No hay duda de que estos motivos involucran la presencia de valores no-epistémicos.

Frank, a su vez, sostiene que las ciencias fácticas son parte de la empresa cognoscitiva global y esta última no puede soslayar la presencia de ingredientes sociales y políticos.⁸⁰ Por ello, él cree que en la selección de hipótesis y teorías intervienen una “variedad de razones” –no únicamente buena lógica y evidencia empírica. Entre las que usualmente se emplean, Frank incluye a (i) simplicidad, (ii) consistencia con otras teorías aceptadas en ese momento, (iii) coherencia con la concepción del mundo y de la vida de la época, que incluye los supuestos éticos, religiosos y políticos compartidos por una comunidad, (iv) la felicidad humana. Otra vez, es obvia la no reducción a algoritmo alguno. Sin embargo todos, desde A. Smith hasta los marginalistas, neoclásicos, Robbin, Hayek y Friedman, compartieron la creencia sacralizada en la dicotomía hecho-valor que, creemos, está en la base y es la responsable última de todas las versiones de la falacia de Adam. Por lo tanto, la superación de tal dicotomía involucra la desaparición de tal falacia; o sea, si no se

⁷⁹ Ibid., p. 161.

⁸⁰ Frank, (1962, p. 245).

hubiera asumido dicha dicotomía, no se hubiera suscitado la falacia en ninguna de sus versiones

¿Por qué se sacralizó la dicotomía juicios de hecho-juicios de valor y, por ende, se garantizó su supervivencia? Por una parte, por una errónea concepción de los juicios de hecho y de los juicios de valor. Por otra, por la rústica creencia de que la presencia de valores en las prácticas científicas atentaría contra la objetividad científica identificada férrea y equívocadamente con la neutralidad valorativa.

Vayamos por partes.

En primer lugar, tradicionalmente se caracterizó a los juicios de hecho como aquellos acerca de los cuales se puede llegar, tarde o temprano, a consensos unánimes sobre su aceptación o rechazo, en oposición a los juicios de valor que, como siempre, se conciben teñidos de ingredientes subjetivos inevitables y, por ende, imposibles de consensos unánimes definitivos. Sin embargo, esto presupone una errónea concepción de ambos tipos de juicios.⁸¹ Hoy sabemos que acerca de los juicios de hecho –en ciencia– es imposible arribar a juicios unánimes definitivos. Además, los juicios de valor, aunque tampoco son definitivos, son abandonables debido a lo que sucede en el mundo de los hechos. Por ejemplo, en un determinado momento de nuestras vidas, asumimos ciertos valores que luego, debido a lo que nos sucede al lidiar con el mundo, cambiamos o abandonamos. En ciencia no solo se descartan las hipótesis y teorías debido a su testeado empírico, sino que se cambian o dejan de lado objetivos y métodos junto a los valores por ellos involucrados.⁸²

En consecuencia, la distinción entre juicios de hecho-juicios de valor es, al menos, difusa –jamás dicotómica– porque los enunciados de ambos tipos están aceptados-rechazados en última instancia por razones empíricas, y su provisionalidad es análoga, en términos del mismo tipo de razones.

⁸¹ Véase, por ejemplo, Putnam (2002).

⁸² E. Anderson (1994) ha presentado una convincente defensa de tal propuesta argumentando que los juicios de valor no son *science-free*, porque deben ser consonantes con hipótesis empíricas, al menos de la psicología.

Debe enfatizarse, una y otra vez, la co-presencia de ambos tipos de juicios en las prácticas científicas. Si decimos, por ejemplo, que el objetivo último de la ciencia es la verdad, esto involucra valores según los cuales hemos preferido la verdad por sobre otros objetivos –por ejemplo, la felicidad, el bienestar de la mayoría, etcétera–. Además, como lo enfatizan incluso empiristas como Hempel, en ciencia no se busca la verdad sino la verdad significativa o relevante; pero este concepto de relevancia arrastra consigo un amplio grupo de intereses y valores jamás reducibles a valores exclusivamente epistémicos –relevante para qué, quiénes, dónde, cuándo–.⁸³ En consecuencia, nuestro conocimiento del mundo –o sea, de verdades relevantes acerca del mismo– presupone valores y, conversamente, aceptamos-rechazamos valores por lo que nos pasa al vivir y operar en el mundo.

Nada de ello atenta contra la objetividad científica entendida sensatamente como consensualidad intersubjetiva alcanzada por interacción crítica. Si los enunciados de hecho y valor están a la par en relación con su provisionalidad, en términos de los resultados de la investigación empírica, es posible en principio llegar a consensos unánimes críticos –siempre provisionales– tanto acerca de juicios de hecho como de juicios de valor. Es más, estaríamos así frente a una objetividad científica más amplia, pues se exige consenso crítico acerca también de los juicios de valor. Esta es una objetividad científica más rica y humana –no garantizada por algo más allá del acuerdo crítico entre humanos–, pero suficiente para proseguir racionalmente con la actividad científica.

Dicha actividad es racional, primero, porque no es enmascaradora: no oculta lo que siempre existió, la presencia de valores; segundo, porque los valores son aceptados-rechazados por las mejores razones, o sea por el consenso unánime resultado de la discusión crítica; tercero, porque el valor asignado a un fin u objetivo puede hacer racional –tener buenas razones para– alcanzarlo y finalmente, porque dar razones para justificar la aceptación-rechazo de hipótesis y teorías no se reduce a exhibir evidencia empírica –algo necesario pero no suficiente, tal como lo mos-

⁸³ Véase Hempel (1965).

traron los mismos positivistas lógicos Carnap, Neurath y Frank— sino que debe ser acompañado por valuaciones —involucradas, por ejemplo, en los ‘elementos volicionales’ de Carnap y en los ‘motivos auxiliares’ de Neurath— que nos inclinarán a aceptar o rechazar una hipótesis o teoría, dada una cierta evidencia empírica.

Todo ello pone de relieve que en las prácticas científicas, una vez eliminada la dicotomía juicios de hecho—juicios de valor, interviene básica y centralmente una racionalidad no meramente teórica sino práctica, en el sentido filosófico del término, que involucra la presencia de razones en términos de valores no meramente epistémicos, incluyendo valores ético-contextuales.⁸⁴ Si es así, entonces colapsan todas las falaciosas dicotomías citadas por Foley. Ya no es posible separar un orbe de lo social y político preñado de valores de un orbe a-valorativo elucidable por una práctica científica —por ejemplo, la de la economía— libre de valores —tal como lo proponía Adam Smith—.

En consecuencia, tampoco es posible hablar de una ciencia económica descriptiva sin connotación valorativa alguna; en economía, hay siempre presentes presupuestos ontológicos, epistemológicos y éticos, lo que hace imposible eliminar la dimensión ético-normativa de la misma —contra lo que sostuvo L. Robbins—. ⁸⁵ Debe pues ponerse fin al distanciamiento entre la ética y la economía que, al decir de Amartya Sen,

⁸⁴ N. Rescher (1980) ha sistematizado los problemas éticos —cuyo abordaje y solución requiere de valores éticos— indicando la presencia, entre otros, de dichos problemas en la elección de objetivos de investigación, relativos a los métodos de investigación —más agudos hoy en investigación biológica, médica y económica—, relativos a los estándares de aceptación y rechazo, relativos a la confiabilidades en los testimonios de otros, relativos a la diseminación de los resultados de la investigación, relativos a la asignación de crédito a los resultados de la investigación... Rescher enfatiza lo erróneo y dañino que es aceptar la versión de la ciencia centrada en la lógica de un método científico idealizado y aséptico —libre de valores no epistémicos— que hace desaparecer la dimensión ética de la investigación científica. Neurath, años antes, había caracterizado a tal aceptación de “pseudo-racional”.

⁸⁵ Para una discusión más detallada de cómo operan dichos presupuestos, véase Gómez (2003, V), Sen, A. (1987), *On Ethics and Economics*. Cambridge, MA, B. Blackwell.

ha empobrecido tanto a la economía, que pretende ser de bienestar, al reducir tal bienestar a la maximización de utilidades, porque ir más allá de ellas y aceptar 'valores' implicaría amenazar la objetividad científica, tanto como ha debilitado la base de gran parte de la economía que pretende ser descriptiva-predictiva al sustituir las conductas reales por un fantasma unidimensional: la conducta auto-interesada.

Sen (1987) aclara que el objetivo es entender, explicar y predecir la conducta humana de modo que las relaciones económicas puedan ser estudiadas para la descripción, prognosis y recomendaciones acerca de cómo actuar (*policy*). La actuación real de los seres humanos puede involucrar bonhomía y simpatía por otros, así como puede haber compromisos con otras causas. Reintroducir las consideraciones éticas al hacer teoría y práctica económica evita el reduccionismo hipersimplificador, en donde motivos, fines y modos racionales de actuar, más allá de la adopción de medios para maximizar un fin privilegiado, habían sido demonizados en aras de una versión de la economía obviamente pseudo-científica –pues no correspondía a la práctica científica real y plausible donde la dimensión volicional-práctica no es asimilable a lógica formal ni es elucidable por algoritmo algunos–. Así, Sen enfatiza que la economía estándar identifica racionalidad de la conducta humana con maximización de autointerés. Pero, según él, no hay evidencia de que la maximización de auto-interés provea la mejor aproximación a la conducta humana real ni de que lleve a condiciones económicas óptimas. La metodología de la economía positiva ha rechazado el análisis normativo en economía, ha desechado la presencia de valores éticos y, en consecuencia, ha ignorado una variedad de consideraciones éticas complejas que afectan a la conducta humana real. Por ello afirma que la economía se ha empobrecido sustancialmente por la creciente distancia entre economía y ética. Nosotros, por nuestra parte, agregamos que el colapso de la dicotomía entre juicios de hecho y juicios de valor ha eliminado la última excusa para negar la reintroducción enriquecedora de la ética en la economía.

Mucho menos sobrevive el requisito que exige una economía aislada de lo socio-político para caracterizarla como falazmente identificada con la utópica neutralidad valorativa; por añadidura, desaparece también la posibilidad de hablar de leyes económicas eternas e inmutables. Todo esto vacía de sentido todo intento de buscar modelos, al estilo de neoclásicos y marginalistas, en la física y la biología.

Finalmente, entra en crisis la dicotomía ciencia pura-ciencia aplicada. Tal como lo propuso Ph. Kitcher (2001), el concepto mismo de ciencia pura, o sea de ciencia vaciada de todo valor o interés, deviene vacuo: las preguntas que inquirimos, el aparato teórico que proponemos, las categorías que enmarcan nuestra investigación, son lo que son por los ideales morales, sociales y políticos que persiguieron nuestros predecesores y perseguimos nosotros. Por ende, se desploma la dicotomía entre economía pura y aplicada, y los valores de la polis –o sea, los del contexto político-cultural– adquieren una prioridad y relevancia no reconocida aún en su justa dimensión.

El imprescindible reconocimiento de dichos valores por todo estudio acerca de la ciencia renueva su propia filosofía que no puede ser ya más una filosofía ‘pura’ de la ciencia, que deje fuera toda relación con los valores de la polis, y que ineludiblemente, ha de devenir ‘filosofía política de la ciencia’, en el sentido de una filosofía más rica, abarcadora y compleja respecto de toda versión aséptica de las ciencias, reducida a mera epistemología o a neutra meta-ciencia. Sin duda, el abandono de dicotomías como juicios de hecho-juicios de valor ha de ser un componente irrenunciable de dicha filosofía de las ciencias.

2. De la economía neoliberal a la violencia

Una lamentable consecuencia de la economía neoliberal es que genera pobreza y descontento en la mayoría de la gente. No extraña pues que haya reacciones populares e incluso violencia armada, como respuesta a las consecuencias empíricas y éticas de las políticas neoliberales y en especial, a la falta de respuestas a las demandas populares

porque, supuestamente, nadie es responsable de los resultados del mercado.

Más lamentable aun es la oposición usual entre la condena del terrorismo y el uso del terrorismo de estado. Esto está íntimamente conectado con la diferencia entre violencia directa e indirecta que Eduardo Rabossi (2004) ha enfatizado. La violencia indirecta tiene lugar toda vez que a la gente se le niegan sus derechos básicos; es violencia contra su condición humana. Pobreza, hambre, salarios injustos, desempleo, discriminación racial y de género, son todas formas de violencia indirecta. La violencia indirecta es usualmente la causa última de la violencia directa, a la cual la gente apela como el único modo que le queda para defender su derecho a continuar siendo humanos. La violencia directa, además, es aquella a la que el Estado responde con represión, usando la excusa de que la otra parte —el pueblo— comenzó con todo y que, en consecuencia, debe ser castigada unilateralmente.

Sin embargo esto es una mentira flagrante. En verdad, la violencia comenzó antes indirectamente, pero con efectos más mortíferos que cualquier otra forma de violencia. Se estima, por ejemplo, que en la Segunda Guerra Mundial murieron casi cincuenta millones de personas. Desde entonces, un número casi equivalente murió en conflictos militares. Pero estas cifras empalidecen en comparación con las víctimas de la violencia indirecta. Hay entre dieciséis y dieciocho millones de muertes cada año debido al hambre, la carencia de agua potable y de asistencia médica, techo y vestimenta. Eso significa casi cincuenta mil muertes por día. Si el Holocausto eliminó a seis millones de judíos, entonces la violencia indirecta ha producido el equivalente a tres Holocaustos por año.

Desde el punto de vista moral, no es solamente serio que ocurran estos hechos, sino que nosotros sabemos que están ocurriendo y que hay incluso seres humanos que sostienen que nadie es responsable para terminar con esto; al mismo tiempo justifican y bendicen cualquier represión violenta contra la violencia directa. Es más, ellos saben que en escala global podemos contar con los medios técnicos para mitigar, al menos, las condiciones que llevan a la violencia directa respondida con

terrorismo de estado. Como Rabossi correctamente señala, la miseria es violencia porque impide la satisfacción de necesidades humanas básicas; la represión es violencia porque recorta o termina con el disfrute de libertades básicas.

Sin embargo, los predicadores neoliberales continúan con su sermón. Afirman que con tiempo, paciencia y buena voluntad, si toda la gente de la Tierra pudiera vivir bajo el régimen capitalista neoliberal, disfrutarían de todos los beneficios que otras gentes bajo el mismo régimen disfrutan. De ninguna manera. Nos encontramos ahora frente a uno de los límites infranqueables del capitalismo neoliberal: la imposibilidad de expandir sus beneficios a nivel mundial. Esto es factualmente impracticable porque si cada familia en el mundo tuviera los estándares de la familia media estadounidense, nuestro mundo sería inhabitable. No habría suficiente comida y la emisión de gases tóxicos habría hecho desaparecer la capa de ozono, terminando con toda forma de vida humana. Es decir que el capitalismo neoliberal tiene sus propios límites espaciales. No puede expandirse igualmente en todo lugar. O sea, requiere que siempre haya muchos perdedores para hacer posible que algunos disfruten de una real vida humana.

Desdiciendo a Hayek, podemos decir que no es necesario abandonar al capitalismo liberal para traer el infierno a la tierra. Para las grandes mayorías el Infierno ya está aquí.

3. El gran límite y la necesidad de la ecosofía

Parece haber otro límite infranqueable para el capitalismo de libre mercado: la sobrevida de especies animales y vegetales sobre la tierra. La aplicación de las medidas surgidas de las conferencias mundiales sobre medio ambiente luce como mero retoque cosmético en vez de solución de fondo. El resultado es conocido por todos: un acelerado empeoramiento del ecosistema.

Se requiere, por supuesto, una postura ecológica radical –y no meramente técnica o ingenieril que no perjudica el interés de las grandes

potencias— para abordar seriamente el problema. Además, dicha postura requiere re-considerar de una manera profunda el desarrollo científico, tecnológico y económico. Todo debe culminar en la propuesta de una nueva filosofía interpretativa y funcional a dicha ecología.

Es difícil imaginar alguna perspectiva filosófica más abierta hacia el futuro y más pertinente y renovadora que la que ofrece una filosofía para una ecología radical. Nuestro mayor objetivo ahora es esquematizar las principales notas de lo que podemos llamar ecosofía, en tanto filosofía consistente y funcional a una defensa sustentable del medio ambiente en todos sus aspectos y dimensiones.

1) Los hechos

Entre los hechos más importantes y que es imprescindible enfatizar una y otra vez, están la devastación a que ha sido sometido el planeta Tierra debido al calentamiento global, las deforestaciones, el envenenamiento del suelo y del medio ambiente, el agrandamiento del agujero de ozono y la desaparición de las especies, entre otros. La esencia de la crisis ecológica en nuestro tiempo es, al decir de Bookchim, que esta sociedad, más que ninguna otra en el pasado, está des-haciendo el trabajo de la evolución orgánica.

En la historia de 3.500 millones de años de vida de la tierra, estamos ahora en la mayor crisis de extinción de las especies que habitan el planeta; podemos llegar a perder un tercio del total de las especies en los próximos veinte años a causa de la gula económica de las multinacionales. Nuestra sociedad orientada hacia la ganancia tiende a exacerbar la oposición conflictiva entre el ser humano y la naturaleza —a la que explotó desde siempre—. En la sociedad burguesa los seres humanos son transformados en mercancías, o sea en objetos concebidos como objetos de transacción en el mercado. La competencia entre los seres humanos, en tanto mercancías, y la producción de bienes inútiles, devienen fines en sí mismos. El entorno natural es transformado en una fábrica gigantesca, la ciudad en un enorme mercado; todo tiene un precio. La tecnología deja de ser una extensión de la humanidad, y esta se convierte

en una extensión de la tecnología. El resultado es que los trabajadores devienen meras partes de la maquinaria.

Se necesitaba pues un gran cambio que involucrara todos los aspectos de la dominación y sus raíces en todas las áreas de la vida, tanto natural como social, económica como cultural.

Ante tamaños dislates y la consecuente necesidad de cambio los movimientos ecologistas vienen reaccionando desde hace años, en especial desde 1960. Entre 1960 y 1970 puede hablarse de lo que aparece como un movimiento ecológico 'superficial'. Este proponía la usual preservación del medio ambiente y de las especies pero sin ir por las causas profundas y sin proponer mayores cambios económico-estructurales, políticos y culturales, es decir sin cuestionar la noción misma de dominación. Aparece también un movimiento ecológico profundo (Naess, Foreman), que bajo el lema "Earth First" iba más allá que el movimiento superficial y recomendaba reformas estructurales en el plano económico, político y cultural.

Sin embargo, ya desde esa época existía un movimiento ecológico más profundo aun que enfatizaba las causas económico-sociales de la devastación ecológica y proponía medidas más radicales. Por años, este movimiento (Murray Bookchin) discutió ásperamente sus diferencias con el movimiento profundo hasta que en 1987, ambos se sentaron a dialogar para llegar a acuerdos teórico-operativos fundamentales. Todos eran conscientes de que había que evitar el gran engaño: el mantenimiento del statu quo bajo la apariencia de un gran cambio. Entre otros peligros había que evitar las soluciones parciales, como solo aceptar energía solar, o eólica, etcétera, o como oponerse a la construcción de centrales nucleares para la producción de electricidad, o proponer la disminución de emisión de gases tóxicos, etcétera. Y no exigir a los países del Tercer Mundo que no avanzaran en su industrialización cuando, en verdad, se enfrentaban con la pobreza rampante.

Los países en desarrollo deben ofrecer a los subdesarrollados las mismas medidas ecológicas que ellos aplican a sus propios países. Además, no se puede caer en la ilusión de un gran cambio por el mero uso

retórico de expresiones supuestamente universales como 'energía'. Si la imagen de Newton era esencialmente mecánica, la versión del mundo como flujo y distribución de energía es básicamente termodinámica. Ambas reducen cualidad a cantidad, ambas son visiones en busca de ecuaciones matemáticas cuya solución es LA solución, ambas tienden a un barato y lamentable cientificismo haciendo que el enfoque orgánico se diluya en análisis de sistemas, y la 'tecnología alternativa' resulte mera manipulación tecnológica.

2) Los acuerdos

Todo comenzó cuando D. Foreman reconoció que ya no creía, como antes, en que la solución consistiera solo en reformar el sistema. Por el contrario, ahora era necesario un cambio radical tanto a nivel económico como político y cultural. Se reconoció además que el mayor y común enemigo eran las corporaciones nacionales e internacionales, y se señalaron su gula y el carácter imparabable e irracionalmente competitivo de los estados nacionales como las principales causas de la situación. Pero lo más importante es que todo lo anterior condujo a rechazar explícitamente el 'paradigma dominante', que consistía básicamente en sostener las siguientes creencias:

- El crecimiento económico per se, que se mide por parámetros usuales (como el PBI) es una medida de progreso.
- El estándar de la calidad de vida se mide por la posesión de bienes.
- La naturaleza es solo y básicamente un mero depósito de recursos.
- La obsolescencia planeada es un fin en sí.
- El mercado es el locus paradigmático de la racionalidad científica, tal como creyeron F. Hayek, M. Friedman, K. Popper y los ministros de economía de turno junto a sus equipos de expertos en 1990 y, en algunos lamentables casos, diversos políticos oportunistas y pre-diluvianos de la actualidad argentina.

- La fundamentación de toda sociedad es por fuerza la existencia de relaciones sociales jerárquicas; mientras más verticales sean estas relaciones, mayor será su eficiencia.
- La prioridad de lo nuevo sobre lo viejo, y lo presente sobre lo pasado y futuro.
- La tecnología puede resolver todos los problemas, tal como había reiterado J. Stalin.
- La solución es el 'ecologismo corporativo' que solo busca involucrarse en nuevos negocios bajo la excusa de la defensa del medio ambiente.

El corolario es más que obvio: para el nuevo ecologismo radical, logrado por los acuerdos con el ecologismo superficial o blando y el ecologismo profundo, el cuidado del medio ambiente y la sustentabilidad de las formas de vida, presupone cambios radicales fundamentales en nuestra relación con el entorno y en nuestro modo de vida política y social. Es decir, presupone una perspectiva filosófica nueva hacia la humanidad y hacia su relación con el mundo natural.

3) Ecosofía

Llamamos Ecosofía a la filosofía cuyos principios-normas básicos serían:

1. Rechazo de la imagen dicotómica humanos/entorno en favor de una imagen relacional totalizadora. De ahí la necesidad de una metafísica cósmico-ecológica enfatizando la identidad Yo/Tu (humanos/naturaleza), tal como lo hacían las eminentes culturas pre-colombinas en nuestro continente. Un ejemplo de esta cosmovisión en la que el ser humano considera a la naturaleza como otro ser viviente al que hay que respetar, es la práctica que aún existe en ciertas regiones de los Andes: cuando los indígenas siembran la tierra, caminan en puntas de pie para no molestar a la Pacha Mama que está germinando.

2. En estrecha relación con lo anterior, se propone un Igualitarismo bio-esférico, igual respeto por todas las formas de vida, en oposición al antropomorfismo dominante.

3. Diversidad y simbiosis: defensa de la diversidad en tanto mejora la capacidad de supervivencia de nuevos modos de vida, y de la simbiosis en tanto enfatiza la habilidad de coexistir. Ambas categorías implican la desaparición de la explotación y de todas las actividades que involucran a largo o corto plazo la eliminación de formas de vida.

4. Anti-clasismo: se aboga por la extensión de (1-3) a todos los grupos y conflictos incluyendo los existentes entre naciones desarrolladas y en desarrollo.

5. La eliminación tanto de la polución como de la destrucción de recursos.

6. El rechazo del dilema 'crecer o morir' como dinámica del desarrollo económico, junto con la búsqueda de la creación de economías alternativas orientadas a la producción ecológicamente sustentable que pueda satisfacer las necesidades vitales humanas y la protección genuina del planeta de las devastaciones producidas por las lluvias ácidas, el calentamiento global y la destrucción de la capa de ozono.

7. La aceptación del principio de complejidad: estatuye la subordinación de las economías complejas a criterios ético-ecológicos y defiende la variedad integrada de modos de vida agrícola, industrial, especializado o no, intelectual y manual. Este principio se opone a la máxima suprema de la hipersimplificación expresada en el 'no hay otra'. Además invita, especialmente en el plano político-económico, a preocuparse menos por la prognosis y a dedicarse más a la clarificación de posibles alternativas.

8. El principio de autonomía: enfatiza la autonomía local y la descentralización, lo cual hace necesaria la reducción de eslabones en las cadenas de decisión jerárquica.

Estos principios son normativos, propios de una filosofía de la armonía ecológica, una suerte de *sophia* o sabiduría centrada en la priorización de ciertos valores que tienen la 'reproducción de la vida en plenitud' como idea regulativa máxima. La ecosofía es una filosofía global pues integra equipos de científicos de distintas disciplinas y especialistas en política, así como políticos activos. Por lo tanto, la ecosofía tiene a la filosofía política como parte de ella y a la ética como su centro. La ética

que esta filosofía propone, requiere que se abandonen cuatro supuestos de la ética tradicional: (a) la acción técnica es valorativamente neutra, (b) la ética es básicamente antropocéntrica y se ocupa en exclusiva de las relaciones humanas, (c) la naturaleza humana es una e incambiable, aun la técnica es incapaz de modificarla, y (d) la ética solo se ocupa de las circunstancias espaciales y temporales inmediatas.

La ética, núcleo de la 'ecosofía', no solo implica abandonar los principios mencionados sino que requiere los supuestos contrarios (a-d). Así, por ejemplo, (a) la acción técnica no es valorativamente neutra; todo artefacto tiene 'insertos' una variedad de valores, (b) la acción técnica cambia nuestras relaciones de todo tipo, incluso éticas, con el entorno ambiental. No solo somos responsables de lo que hacemos a otra gente sino también a la naturaleza.

Debemos enfatizar respecto del principio de la inmutabilidad de la especie humana, que la 'ecosofía' nos exige un cambio. La humanidad debe devenir más humilde; es necesaria una nueva actitud, una nueva humildad puesto que la capacidad de dominio de la naturaleza que ha traído la técnica nos ha hecho sentir demasiado poderosos. Muy especialmente respecto del alcance de la ética, se afirma que necesitamos de una ética no restringida al aquí-ahora, con nuevos principios (d'). Por ejemplo: "Actúa de modo que los efectos de tu acción sean compatibles con la permanencia de una genuina vida humana".

Estamos pues en presencia de una nueva y muy fuerte prioridad: es necesario que la humanidad sitúe 'su' Bien dentro del contexto más amplio del Bien planetario. Es una ética de la complementariedad y no de la subordinación.

4) Ecosofía y nueva política

La 'ecosofía', de acuerdo con los principios señalados, propone nuevos modos de hacer política. Hoy solo interesa lo presente e inmediato; el futuro no está representado, no tiene fuerza política porque, como suele decirse, los no nacidos no hacen *lobbying*, y por ende carecen de poder. Pero ahora no se trata meramente de los no nacidos sino de la

supervivencia total. Es por eso que debemos distinguir en las decisiones políticas lo que hay de irracional y anti-ecológico de lo que hay de racional, en tanto ayuda a incrementar las posibilidades de supervivencia futura.

Dichas políticas, de acuerdo con la ecosofía, no han de tratar simplemente de contener a las sociedades ecológicamente destructivas, sino que han de colaborar a cambiarlas radicalmente. El futuro del mundo y la vida en él depende de qué tipo de sociedad seamos capaces de crear. En ello, la ecosofía siempre ha de tener algo que decir.

5) Ecosofía: una genuina filosofía para nuestra América

Desde Salazar Bondy a Rodolfo Agoglia, desde Arturo Roig a Enrique Dussel y desde Leopoldo Zea a Mario Casalla, hay una notable y consistente preocupación por una auténtica filosofía representativa de nuestro modo de ser, de nuestra circunstancia, de nuestra necesidad de superar nuestras variadas dependencias, de ‘liberarnos’.

En la actualidad, la ‘ecosofía’ es parte inalienable e imprescindible de una filosofía liberadora. Así, cuando Dussel afirma que “aquél que actúa éticamente debe reproducir y desarrollar de manera responsable la vida de todos y cada uno de los seres humanos”, y vincula esta afirmación al principio material universal de la ética, propone algo consistente con los principios éticos de la ecosofía. Mucho más cuando agrega que el punto de partida, en términos culturales e históricos, “debe ser una ‘vida valiosa’ compartida en solidaridad con la humanidad y teniendo a la humanidad como última referencia”.⁸⁶ Dicho principio nos propone el contenido ético de toda praxis y de todo proyecto futuro de desarrollo que no puede ser negado o ignorado bajo circunstancia alguna.

En terminología de Dussel, los principios filosóficos de la ecosofía funcionarían, de acuerdo con nuestra interpretación, como ‘postulados políticos’, o sea como enunciados lógicamente posibles que sirven de orientación para la acción. La no realizabilidad empírica, en un deter-

⁸⁶ Dussel (2004, p. 43).

minado momento, no impide su función orientadora-normativa.⁸⁷ Más específicamente: el principio material de la ética ecosófica constituye el núcleo ético del principio material crítico político que en la esfera ecológica podría enunciarse: “debemos actuar en todo de tal manera que la vida en el planeta Tierra pueda ser una vida perpetua”. Dussel agrega: “esto además es un postulado. Es quizás la exigencia normativa número uno de la nueva política”.⁸⁸

Sin embargo, la posibilidad de acercarnos a la realización actual de lo que exige dicho postulado requiere la vigencia de un principio económico político normativo que proponga algo como “debemos imaginar nuevas instituciones y sistemas económicos que permitan la reproducción y crecimiento de la vida humana y no del capital”.⁸⁹ Dicho principio regimienta la necesidad de abandonar el paradigma vigente con el criterio del aumento de la tasa de ganancia como criterio de racionalidad, con la identificación de la calidad de vida con la posesión de bienes, enfatizando frente al carácter absoluto, homogeneizador y exclusivo del paradigma vigente, la necesidad de buscar alternativas plurales.

El futuro es siempre el determinante de nuestro proyecto. Rodolfo M. Agoglia lo afirma con rotunda claridad: “es el futuro que proponemos proyectar... el que debe promover nuestra emancipación real y también salvar [reinterpretándolo desde el proyecto futuro] nuestro pasado”.⁹⁰ Es obvio también que “el objetivo final a perseguir no puede ser otro que una liberación integral”. Si nos preguntamos hacia dónde, la respuesta es “para construir una sociedad más justa y humana”.⁹¹ Nosotros agregamos que ello no es posible hoy sin políticas ecológicas radicalmente nuevas cuya filosofía tenga las características de lo que hemos llamado ‘ecosofía’.

⁸⁷ Ibid., pp. 129-130.

⁸⁸ Ibid., p. 104.

⁸⁹ Ibid.

⁹⁰ Agoglia (1985, p. 267).

⁹¹ Ibid., p. 269.

Roig coincide con Agoglia y Dussel al proponer que hoy el compromiso “ha sido caracterizado en todo el continente como una liberación social y nacional” y requiere para su logro de la “integración de todos los grupos sociales que siguen sufriendo la dependencia”.⁹² La Ecosofía, con sus principios-postulados, es un componente básico crucial de esa integración. Además, ante la compartimentalización de esferas autosuficientes en el paradigma vigente –como la fuerte dicotomía entre ética y ciencia económica– el enunciado mismo de dichos principios-postulados eco-filosóficos críticos pone de relieve la fuerte interrelación entre las dimensiones ética, política y económica en la propuesta eco-filosófica.

El carácter u-tópico de dichos principios, su fuera-de-lugar de la realidad empírica actual no los hace menos valiosos e irremplazables. Arturo Roig ha enfatizado que el pensamiento latinoamericano, a lo largo de toda su historia, está positivamente plagado de utopías. El pensamiento utópico ocupa, siempre, el vacío entre lo que somos y lo que queremos ser. En el caso de la ‘ecosofía’, este ocupa un lugar entre el presente y lo que parece imprescindible pensar y hacer, si queremos seguir siendo, en el sentido más elemental de la expresión. Las utopías cumplen un rol regulador imprescindible, porque solo a través de lo que en un determinado momento aparece como imposible, puede tomarse conciencia, no solo de lo posible sino de lo necesario; las utopías señalan aquello que debemos tratar de alcanzar y los modos de lograrlo.

Para Roig hay una constante presencia de ingredientes utópicos en los discursos liberadores, así como de actitud anti-utópica en los opresores: “Nosotros entendemos que lo que es utópico es un ingrediente natural de este discurso [liberador], así como la actitud anti-utópica es la propia del discurso opresor, por sobre todo, si entendemos por utopía el estar abierto al futuro como el lugar para lo que es nuevo”.⁹³ La ‘ecosofía’ es la filosofía para ese lugar utópico; para el lugar de lo que es nuevo en el futuro, requerido por lo que es el presente, el cual queremos superar como condición de nuestra propia supervivencia humana.

⁹² Roig (1986, p. 247).

⁹³ Ibid., pp. 258-259.

CONCLUSIÓN

Es obvio que debemos concluir que el neoliberalismo ha quedado empíricamente refutado por los hechos así como por la debacle ética que ocasionó. Por supuesto, ello puso en evidencia que la sociedad democrática liberal que entroniza el libre mercado no constituye, ni puede ni debe constituir el fin de la historia. Creemos que puede y debe haber alternativas económico-políticas más afines a la realización de una humanidad en la que el mayor número posible de seres humanos viva en plenitud, acercándose al siempre vigente ideal supremo de florecimiento humano. Y para que ello sea posible, nuestro estudio propone como condición necesaria la implementación de economías alternativas cuyo éxito requiere el abandono de los presupuestos ontológicos, epistemológicos y éticos de la economía neoliberal.

Así, a nivel ontológico debemos asumir que: (i) la sociedad no está constituida por individuos cuyas preferencias, creencias y gustos son independientes de la misma. Los individuos no eligen lo que consumen sobre la base de preferencias que son independientes de su actividad económica, (ii) no existe una dicotomía entre hechos y valores, entre juicios de hecho y juicios de valor.

A nivel epistemológico, asumiremos que: (i) la racionalidad humana no se reduce a la racionalidad meramente instrumental. Es necesario siempre discutir la racionalidad de los fines, los cuales no se aceptan por mera tradición; (ii) el mercado no es el *locus* de la racionalidad humana; por el contrario, su operatividad da lugar a contradicciones, y decisiones irracionales; (iii) actuar racionalmente en el ámbito económico debe

tener en cuenta no solo cómo elegimos sino qué elegimos; (iv) la lógica formal es insuficiente para elucidar la acción racional –no reducción de racionalidad a logicalidad–; (v) la ciencia, y por ende la economía, no es valorativamente neutra; (vi) el objetivo de la economía no es meramente describir, explicar y predecir, sino también denunciar para producir cambios en el dominio estudiado; (vii) la ciencia ha de ser funcional a la emancipación del ser humano.

Entre los presupuestos éticos priorizaremos (i), el ser humano no es básicamente egoísta. Su eticidad incluye una solidaridad innegociable con el semejante; (ii) las desigualdades y la pobreza son problemas ineludibles de la ciencia económica y es responsabilidad de la sociedad humana evitarlas, disminuirlas y eliminarlas; (iii) la libertad no es meramente negativa y coercitiva; es libertad ‘para’ entendida como autonomía o capacidad de darse las propias normas de acción; (iv) la interferencia en el mercado no interfiere con la libertad; (v) a cada uno de acuerdo con sus necesidades; (vi) la justicia social es obligación innegociable de la sociedad; (vii) el mercado y su ética no están más allá de todo juicio ético; (viii) el fin no justifica los medios; (ix) la reproducción de la vida es el valor supremo al cual debe subsumirse todo otro valor.

El abandono de tales presupuestos constituye la antesala para la realizabilidad de economías alternativas críticas que pueden variar entre sí por su necesidad de adaptarse a distintos contextos geográficos, políticos y culturales y a sus tradiciones más respetables. Dichas economías alternativas son crucialmente normativas pues están plagadas, desde sus objetivos, de valores de todo tipo, pasando por sus pautas de aceptación-rechazo de propuestas hasta la priorización de sus aplicaciones. Además, cada una de ellas debe ser consistente con las pautas ético-políticas de nuestra propuesta de una filosofía funcional a una ecología radical.

Todo ello es una invitación a futuro, muestra irrefutable de que la rueda de la historia sigue girando y no ha llegado, como no lo hará jamás, a detenerse. Creer lo contrario, es asumir la locura tras-humana de que somos capaces de superar todos los límites que nos definen *qua* seres humanos.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Th., "Sobre la lógica de las ciencias sociales", en Th. Adorno y otros. *La disputa del positivismo en la sociología alemana*. México, Grijalbo, 1973.
- Agoglia, R., "The Idea of National Identity in Latin America", en R. Gómez, ed. *Humanity, Freedom and Social Justice. Recurrent Themes in Latin American Philosophy*. Los Angeles, California State University, 1985, pp. 253-269.
- Anderson, P., *Los fines de la historia*. Barcelona, Anagrama, 1996.
- Apel, K-O., "Types of Rationality Today: The Continuum of Reason between Science and Ethics", en T. Geraets, ed. *Rationality Today*. Ottawa, University of Ottawa Press, 1979, pp. 307-330.
- Arthur, J y Shaw, W., eds., *Justice and Economic Distribution*. Englewood Cliffs, N. Jersey, Prentice Hall, 1991.
- Banco Mundial, *Informe sobre el desarrollo mundial 1995. El mundo del trabajo en una economía integrada*. Washington, Banco Mundial, 1995.
- Bachrach, P., *Crítica de la teoría elitista de la democracia*. Buenos Aires, Amorrortu, 1973.
- *La globalización. Consecuencias humanas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Blaug, M., *The Methodology of Economics*. Cambridge, Cambridge University Press, 1980.
- Bookchin, M., *Toward an Ecological Society*. Montreal-Buffalo, Black Rose Books, 1995.
- Bourdieu, P., *Contrafuegos*. Barcelona, Anagrama, 1998.
- Bourdieu, P y Wacquant, L., *Las argucias de la razón imperialista*. Barcelona-Buenos Aires-México, Paidós, 2001.
- Carnap, R., *Logical Foundations of Probability*. Chicago-London, The University of Chicago Press, 1962.

- “Intellectual Autobiography”, en P. Schilpp ed., *The Philosophy of Rudolf Carnap*. La Salle, Illinois, Open Court-London, Cambridge University Press, 1963, pp. 3-86.
- Casalla, M., *América Latina en perspectiva. Dramas del pasado, huellas del presente*. Buenos Aires, Altamira, 2004.
- Darwin, Ch., *The Descent of Man*. Londres, Murria, 1871.
- Dorling, D., *Injustice. Why Social Inequality Persists*. London, Policy Press, 2012.
- Dussel, E., “Globalization Ethics and the Victims of Exclusion: From a Liberation Ethics Perspective”, en R. Gómez ed., *The Impact of Globalized Neoliberalism in Latin America. Philosophical Perspectives*. Newbury Park, California, Hansen House, 2004, pp. 11-64.
- *20 Tesis de Política*. México, Buenos Aires-Madrid, Siglo XXI, 2006.
- Feyerabend, P., *Farewell to Reason*. Londres, Verso, 1987.
- *Against Method*. Londres, Verso, 1974.
- Fisk, M., “The Concept of Primacy in Historical Explanation”, en *Analyse & Kritik* 4, 1982, pp. 182-196.
- Foley, D., *Adam's Fallacy*. Cambridge-London, The Belknap Press of Harvard University Press, 2006.
- Frank, P., “La variedad de razones para la aceptación de teorías”, en E. Klemke, R. Hollinger y D. Kline ed., *Introductory Readings in the Philosophy of Science*. Buffalo, New York, Prometheus Books, 1980, pp. 210-221.
- Friedman, M., *Capitalism and Freedom*. Chicago, University of Chicago Press, 1967.
- “The Methodology of Positive Economics”, en *Reading in The Philosophy of Social Sciences*. Nueva York, Macmillian-Collier, 1968, pp. 508-528
- Fukuyama, F., *The End of History and the Last man*. New York, Free Press, 1992.
- “The Future of History”, en *Public Affairs*, enero-febrero, 2012, pp. 53-61.
- *The End of History and the Last Man*. Free Press, Nueva York, 1992.
- “The Future of History”, en *Public Affairs*, enero-febrero, 2012, pp. 1-12.
- Gómez, R., *Neoliberalismo y Seudociencia*. Buenos Aires, Lugar Editorial, 1995.

- “¿El Fin de la Historia?”, en E. Scarano y G. Marques comp., *Epistemología de la Economía*. Buenos Aires, A-Z editora, 1999, pp. 69-83.
- *Neoliberalismo Globalizado. Refutación y Debaque*. Buenos Aires, Ediciones Macchi, 2003.
- “Hacia una racionalidad científica sin mitos”, en A. R. Pérez Ransanz y A. Velasco Gómez coord., *Racionalidad en Ciencia y Tecnología. Nuevas Perspectivas Latinoamericanas*. México, Universidad Nacional Autónoma, 2011, pp. 461-472.
- “What is That Thing Called Philosophy of Technology”, en *Encyclopedia of Life Saving Systems (EOLSS)*, Unesco, 2011.
- “Kuhn y la racionalidad científica”, en G. Klimovsky y O. Nudler ed., *La racionalidad en debate*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993, pp. 142-166.
- Goodwin, R., *Protecting the Vulnerable*. Chicago, University of Chicago Press, 1986.
- Gould, C., “Social Justice and the Limitation of Democracy”, en J. Sterba et al. ed. *Morality and Social Justice. Point-Counterpoint*. Lanham-Maryland-London, Rowman & Littlefield, 1988, pp. 193-211.
- Habermas, J., *Toward a Rational Society*. Londres, Heinemann, 1971.
- *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*. Madrid, Cátedra, 1999.
- Hayek, F., *The Road to Serfdom*. Chicago, University of Chicago Press, 1944.
- *The Constitution of Liberty*. Chicago, University of Chicago Press, 1948.
- *Studies in Philosophy, Politics and Science*. Chicago, University of Chicago Press, 1967.
- *The Mirage of Social Justice*. Chicago, University of Chicago Press, 1978.
- Hegel, G., *Elements of the Philosophy of Right*. Cambridge, Cambridge University Press, 1991.
- Hempel, C., “Science and Human Values”, en *Aspects of Scientific Explanation*. New York, Free Press. London, Collier Macmillan, 1965, pp. 81-96.
- Hinkelammert, F., *La cultura de la esperanza y sociedad sin exclusión*. Costa Rica, DEI, 1995.

- Jameson, F., "Notes on Globalization as a Philosophical Issue", en Jameson, F. y Miyoshi, M. ed., *The Cultures of Globalization*. Durham-London, Duke University Press, 1998, pp. 54-80.
- Keynes, J.M., "Posibilidades económicas para nuestros nietos," en *Ensayos de Persuasión*. Madrid, Síntesis, 2009, pp. 358-373.
- *The General Theory of Employment, Interest and Money*. Londres, Macmillan Press, 1936.
- Kitcher, Ph., *Science, Truth and Democracy*. Oxford-New York, Oxford University Press, 2001.
- Klimovsky, G. e Hidalgo, C., *La inexplicable sociedad. Cuestiones de epistemología de las ciencias sociales*. Buenos Aires, A-Z editores, 1998.
- Krugman, P., *Peddling Prosperity*. New York, W.W. Norton, 1994.
- Mandel, E., *Late Capitalism*. Londres, Verso, 1972.
- Kuhn, Th., *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago, University of Chicago Press, 1970.
- "The Road Since Structure", en A. Fine, M. Forbes y L. Wessels ed., *East Lansing, Philosophy of Science Association*. Michigan, PSA, 1990, pp. 3-13.
- *The Essential Tension*. Chicago, University of Chicago Press, 1977.
- *The Road Since Structure*. Chicago, University of Chicago Press, 2000.
- Lakatos, I., *Historia de las ciencias y sus reconstrucciones racionales*. Madrid, Tecnos, 1993.
- Levinas, E., *Totalidad e Infinito*. Salamanca, Sigueme, 1977.
- Mandel, E., *Late Capitalism*. Londres, Verso, 1972.
- Marx, K., *Grundrisse. Foundations of the Critique of Political Economy*. Harmondsworth, Penguin Books y New Left Review, 1973.
- *Capital. Volume I*. Nueva York, Vintage Books, 1977.
- Mill, J. S., *On the Logic of Moral Sciences*. Londres, Robson F., 1872.
- *Utilitarianism*. Nueva York, Liberal Arts Press, 1953.
- Naess, A., *The Rights of Nature: A History of Environmental Ethics*. Madison, University of Wisconsin Press, 1989.

- Neurath, O., *Philosophical Papers 1913-1946*. Dordrecht, Reidel, 1983.
- Nozick, R., *Anarchy, State and Utopia*. Oxford, Blackwell, 1975.
- Nussbaum, M. y Sen, A. ed., *The Quality of Life*. London, Clarendon Press, 1989.
- Oman, Ch., "Globalization, Regionalization and Inequality", en Hurrell, A. y Woods, N., ed., *Inequality, Globalization, and World Politics*. New York, Oxford University Press, 2000, pp. 36-65.
- Petras, J., *Neoliberalismo en Latinoamérica. La izquierda devuelve el golpe*. Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 1997.
- Popper, K., *Conjeturas y refutaciones. El desarrollo del conocimiento científico*. Buenos Aires, Paidós, 1967.
- *La sociedad abierta y sus enemigos*. Buenos Aires, Paidós, 1967.
- *La miseria del historicismo*. Madrid, Alianza Editorial, 1973.
- "Bernay's Plea for a Wider Notion of Rationality", en P. Schilpp ed., *The Philosophy of Karl Popper*. La Salle, Illinois, Open Court, 1974, pp. 1081-1091.
- *Conocimiento objetivo*. Madrid, Tecnos, 1974.
- "Reason or Revolution", en *The Myth of the Framework. In Defense of Science and Rationality*. London y New York, Routledge, 1994, pp. 65-81.
- "The Rationality of Scientific Revolutions", en *The Myth of the Framework. In Defense of Science and Rationality*. London y New York, Routledge, 1994, pp. 1-32.
- *In Search of a Better World and Essays from Thirty Years*. Routledge, Londres, 1992.
- *The Logic of Scientific Discovery*. Nueva York, Harper and Row, 1968.
- *Objective Knowledge*. Oxford, At the Clarendon Press, 1970.
- Putnam, H., *The Collapse of the Fact/Value Dichotomy and Other Essays*. Cambridge, MA-London, Harvard University Press, 2002.
- Rabossi, E., "Notes on Globalization, Human Rights and Violence", en R. Gómez ed., *The Impact of Globalized Neoliberalism in Latin America. Philosophical Perspectives*. Newbury Park, California, Hansen House, 2004, pp. 139-155.

- Rawls, J., *A Theory of Justice*. Cambridge, Harvard University Press, 1971.
- Rescher, N., "The Ethical Dimension of Scientific Research", en E. Klermke, R. Hollinger y D. Kline ed., *Introductory Readings in the Philosophy of Science*. Buffalo, N. York, Prometheus Books, 1980, pp. 238-253.
- Ricardo, D., *Economic Essays*. Nueva York, A. M. Kelley, 1966.
- *The Principles of Political Economy*. Londres, J. N. Deut & Sons, 1912.
- Robbins, L., *On the Nature and Significance of Economic Science*. London, Macmillan, 1932.
- Roemer, J., *Free to Loose*. Cambridge, Harvard University Press, 1988.
- Roig, A., "The Actual Function of Philosophy in Latin America", en J. Gracia ed., *Latin American Philosophy in the Twentieth Century*. New York, Prometheus Books, 1986, pp. 247-259.
- Rorty, R., *Philosophy and Social Hope*. Londres-Nueva York, Penguin Books, 1999.
- Schuster, F., *Explicación y Predicción: la validez del conocimiento en ciencias sociales*. Buenos Aires, Clasco, 1982.
- "Pluralismo metodológico en ciencias sociales", en Scarano, E. coord., *Metodología de las ciencias sociales. Lógica, lenguaje y racionalidad*. Buenos Aires-Bogotá-Caracas-México, Ediciones Macchi, 1999, pp. 57-88.
- Sen, A., *Inequality Re-examined*. Cambridge, Harvard University Press, 1992.
- Shue, H., *Basic Rights: Subsistence, Affluence and U.S. Foreign Policy*. Princeton, Princeton University Press, 1996.
- Singer, P., "Rich and Poor", en May, L., Collins, S. y Chobanian, K. ed., *Applied Ethics. A Multicultural Approach*. Princeton, Princeton University Press, 1998.
- Smith, A., *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*. Nueva York, The Modern Library, 1937.
- Stiglitz, J., *El precio de la desigualdad. El 1% de la población tiene lo que el 99% necesita*. Madrid, Taurus, 2012.
- Strange, S., *Casino Capitalism*. Oxford, Basil Blackwell, 1986.
- Taylor, Ch., "The Politics of Recognition", en A. Gutmann ed., *Multiculturalism and the Politics of Recognition*. Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1992, pp. 25-73.

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	9
CAPÍTULO I Las plagas del neoliberalismo globalizado	13
CAPÍTULO II Hayek, la legitimación del mercado y la demonización de alternativas... 29	
CAPÍTULO III Milton Friedman: libertad como fin e irrelevancia de la ética.....	57
CAPÍTULO IV El desenmascaramiento de los presupuestos de la economía neoliberal.....	73
CAPÍTULO V La defensa del fin de la historia: negaciones y falacias	105
CAPÍTULO VI El fin o el futuro de la historia: las apariencias engañan	121
CAPÍTULO VII Revolución, irracionalidad y fin de la historia	137
CAPÍTULO VIII Y después.....	151
CONCLUSIÓN.....	177
BIBLIOGRAFÍA.....	179

Esta edición se terminó de imprimir en los talleres gráficos
G y G, Udaondo 2646, Lanús Oeste,
Provincia de Buenos Aires durante el mes de Junio de 2014



Los documentos que integran la Biblioteca PLACTED fueron reunidos por la [Cátedra Libre Ciencia, Política y Sociedad \(CPS\). Contribuciones a un Pensamiento Latinoamericano](#), que depende de la Universidad Nacional de La Plata. Algunos ya se encontraban disponibles en la web y otros fueron adquiridos y digitalizados especialmente para ser incluidos aquí.

Mediante esta iniciativa ofrecemos al público de forma abierta y gratuita obras representativas de autores/as del **Pensamiento Latinoamericano en Ciencia, Tecnología, Desarrollo y Dependencia (PLACTED)** con la intención de que sean utilizadas tanto en la investigación histórica, como en el análisis teórico-metodológico y en los debates sobre políticas científicas y tecnológicas. Creemos fundamental la recuperación no solo de la dimensión conceptual de estos/as autores/as, sino también su posicionamiento ético-político y su compromiso con proyectos que hicieran posible utilizar las capacidades CyT en la resolución de las necesidades y problemas de nuestros países.

PLACTED abarca la obra de autores/as que abordaron las relaciones entre ciencia, tecnología, desarrollo y dependencia en América Latina entre las décadas de 1960 y 1980. La Biblioteca PLACTED por lo tanto busca particularmente poner a disposición la bibliografía de este período fundacional para los estudios sobre CyT en nuestra región, y también recoge la obra posterior de algunos de los exponentes más destacados del PLACTED, así como investigaciones contemporáneas sobre esta corriente de ideas, sobre alguno/a de sus integrantes o que utilizan explícitamente instrumentos analíticos elaborados por estos.

Derechos y permisos

En la Cátedra CPS creemos fervientemente en la necesidad de liberar la comunicación científica de las barreras que se le han impuesto en las últimas décadas producto del avance de diferentes formas de privatización del conocimiento.

Frente a la imposibilidad de consultar personalmente a cada uno/a de los/as autores/as, sus herederos/as o los/as editores/as de las obras aquí compartidas, pero con el convencimiento de que esta iniciativa abierta y sin fines de lucro sería del agrado de los/as pensadores/as del PLACTED, ***requerimos hacer un uso justo y respetuoso de las obras, reconociendo y citando adecuadamente los textos cada vez que se utilicen, así como no realizar obras derivadas a partir de ellos y evitar su comercialización.***

A fin de ampliar su alcance y difusión, la Biblioteca PLACTED se suma en 2021 al repositorio ESOCITE, con quien compartimos el objetivo de "recopilar y garantizar el acceso abierto a la producción académica iberoamericana en el campo de los estudios sociales de la ciencia y la tecnología".

Ante cualquier consulta en relación con los textos aportados, por favor contactar a la cátedra CPS por mail: catedra.cienciaypolitica@presi.unlp.edu.ar